AHORA QUE
YA NO ESTÁS
JOSÉ M.ª PÉREZ
COLLADOS
KAILAS

A José le llega un regalo por correo. Es una novela. Al leerla descubre, aterrado, que en aquel libro se narra su propia vida. ¿Quién se la ha enviado? ¿Con qué motivo? En el libro también se cuenta otra historia: la de su autor, Fernando.

Una tarde Fernando regresa a casa y encuentra el cuerpo inerte de su esposa, que se ha suicidado. ¿Cómo es posible que no sospechara nada? ¿Quién era ella realmente?

El recién jubilado comisario Alfonso teme la soledad. Por algún motivo que no comprende siente piedad por Fernando y decide ayudarle a descubrir los secretos de la vida de su esposa.

Ahora que ya no estás

José M.ª Pérez Collados

KAILAS

Título: Ahora que ya no estás

© 2016, José María Pérez Collados
© 2016 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy
Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-61-0

ISBN papel: 978-84-16523-43-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es
www.kailas.es
www.twitter.com/kailaseditorial
www.facebook.com/KailasEditorial

Índice

PRIMERA PARTE. VIDAS PARALELAS
1. Un regalo misterioso
2. Vidas paralelas
3. Bodas paralelas
4. Dos formas de fracaso
SEGUNDA PARTE. FERNANDO
1. Un secreto
2. Castillo interior
3. Un hombre en busca de sentido
4. Fernando, investigador privado
TERCERA PARTE. JOSÉ
1. Hurgando en la vida de los otros
2. El rostro de Arancha
3. La ciencia de los hospitales
CUARTA PARTE. TRES AMIGOS
1. La verdad de los hechos
2. Un pobre hombre
3. Tres amigos
4. Una cafetería frente a una plaza con columpios
5. Vivir
QUINTA PARTE. UN THRILLER CON TEORÍA JUDÍDICA
1. Seminarios de teoría jurídica y criminología
2. Praxis
3. La tarea del héroe
MADRE E HIJA
El autor

Para mi hija María

PRIMERA PARTE

VIDAS PARALELAS

1
Un regalo misterioso

Esta es una novela sobre el fracaso. Y, precisamente por ello, es una novela sobre la esperanza; la esperanza que tienen los hombres caídos de que la vida les conceda una segunda oportunidad.

Porque a todos los seres humanos les llega el día en que la pregunta que les define y da sentido ya no es ¿qué vas a hacer con tu vida? El cambio suele acontecer en un momento indeterminado entre los cuarenta y los cincuenta años. Puede suceder una mañana fría de domingo en la que cuesta algo más levantarse de la cama, o una tarde luminosa de primavera en la que alguien veinte años más joven corrige y humilla a un cincuentón. O cuando los hijos se van. El caso es que llega el día, el día en que la pregunta deja de ser ¿qué vas a hacer con tu vida?, y pasa a ser otra muy distinta, una pregunta durísima, una pregunta final: ¿qué has hecho con tu vida?

Fernando, José y el comisario Alfonso habían escuchado ya la pregunta fatal. Y su respuesta no podía ser muy honrosa. Por eso esperaban, como esperan todos los hombres, que algo sucediera y que del cielo bajara una oportunidad que les permitiera cambiar las cosas, redimir su historia.

Aquel día José estaba sentado en una cómoda butaca de su salón; era sábado. Le había llegado un libro por correo, parecía una novela; él no solía leer novelas. Durante el fin de semana se empapuzaba toda la prensa, toda, el *ABC*, *El País*, *El Mundo*…, con semanales incluidos. Pero, como le había llegado esa novela por correo, a su nombre (qué raro), se había puesto a leerla. Se sentía a gusto haciéndolo porque esa actividad le alejaba de su vida cotidiana, de las preocupaciones del trabajo, de su esposa. Le permitía huir sin que nadie lo percibiera.

Le gustaba leer ya desde estudiante, aunque nunca libros, se quedaba en los periódicos, las revistas y los cómics. Dejó de hacerlo en la cama porque ella siempre quería hablar de algo en ese momento de intimidad que ya era el único que les quedaba y porque, aunque le costaba reconocerlo, a partir de las diez y media se sentía agotado. A partir de aquella hora, si lograba eludir la

conversación que su esposa pretendía iniciar en el lecho (alegando cansancio, o lo dura que estaba siendo la semana), encendía bajo la almohada su pequeño transistor, poniéndolo muy bajito para que no se oyese, y se dormía al arrullo de las tertulias políticas o de algún programa deportivo. El sexo ni se planteaba entre ellos.

Era sábado y estaba solo porque su mujer se había llevado a la niña al cumpleaños de un amiguito del colegio, uno de esos cumpleaños que se celebran en un local preparado para que los niños jueguen. Libera mucho a los padres este tipo de locales, porque meter en casa a diez o doce críos y prepararles una fiesta llevaría mucho trabajo y además arruinaría el sábado por la tarde. El sábado por la tarde era el último espacio de sí mismo que todavía sobrevivía. Por eso lo protegía con tanta determinación, hasta con rabia.

Se había puesto un whisky corto, sin hielo, cien por cien malta. Hoy, José podía leer. Y, no muy lejos de allí, el autor de la novela que le había llegado por correo sabía que él estaba leyendo o, mejor dicho, sabía que le estaba leyendo. En silencio.

De un tiempo a esta parte a José le venía a la mente la imagen del niño que fue, y sentía la mirada fija de aquel crío sobre sí. Sus grandes ojos redondos, inocentes y atemorizados, mirándole.

Se levantó del sillón algo inquieto. Dejó aquel libro en la mesita y salió al jardín con el whisky en la mano. Le había costado mucho esfuerzo hacerse con una casa así. Y todavía le quedaban veinte años de hipoteca; pero la cuota mensual había ido depreciándose y ya no constituía un baldón en su vida. Se sobrellevaba con cierta soltura. Era una gran casa. José pensaba que había logrado muchas cosas en la vida.

Caminaba alrededor de la piscina meditando sobre estos asuntos cuando divisó a su vecina por encima de los arbustos que marcaban la linde del jardín. Estaba tumbada en bikini tomando el sol. En un segundo recorrió con la mirada aquel precioso cuerpo, moreno, terso. ¿Qué edad tendrá?, pensó, es más joven que yo, pero no mucho más joven. La chica era un poco bizca, o quizás estrábica, lo que por algún extraño motivo le excitaba enormemente.

Al girar en su paseo y dar la espalda al seto le sobrevino una pregunta absurda, ¿cuántas veces me habré masturbado durante estos años pensando en ella? Sintió vergüenza al hacer las cuentas: ¿veinte?, ¿cincuenta?, ¿cien veces?, ¿más? Vamos a ver, llevo cuatro años y medio viviendo en esta casa y ha habido épocas en que lo hacía casi todos los días… ¿setenta y cinco veces al año?, por cuatro, serían unas ¡trescientas pajas!, calculó sobresaltado al tiempo que un humillante sentimiento de bochorno le recorría el alma.

Regresó dentro de casa, al salón, y miró aquel libro con cierto recelo, con incomodidad. Había quedado abierto sobre la mesa baja que se encontraba al costado del sillón. Era un libro extraño. ¿Quién se lo habría enviado? No había encontrado ninguna nota en el paquete, ningún remite. El libro parecía hablarle, contaba la vida de un tal Fernando, el autor, y se dirigía

de vez en cuando al lector como si lo conociera bien, hasta el punto de que José se sentía aludido directamente, interpelado, zarandeado.

Miró el imponente carrillón que había al otro extremo de la sala: eran poco más de las cinco de la tarde. Su esposa había dicho que regresaría a eso de las siete, de modo que le quedaban solo dos horas de solaz, de lectura, dos horas para escuchar música, o para ver una buena película en DVD. Sintió la íntima necesidad de aprovechar el tiempo, de explotar todas las posibilidades de felicidad que le ofrecía la soledad ociosa del fin de semana. Pero decidió seguir leyendo aquel libro extraño. Un oscuro sentido del deber se lo exigía.

Conforme iba pasando las páginas crecía su interés en la trama; la vida del que parecía ser el autor de la novela, un desorientado estudiante universitario llamado Fernando, le resultaba enormemente familiar. Pero había algo en su lectura que le incomodaba profundamente: cuando el narrador del libro se dirigía al lector, sentía que se refería directamente a él, no a un lector indeterminado, sino a él, a José.

Es normal sentirse aludido, pensó intentando racionalizar sus malas sensaciones, las vidas de los chicos de clase media que estudiamos una carrera tan socorrida como Derecho en los años ochenta se asemejan mucho, concluyó.

Pero dos capítulos después José estaba literalmente aterrado, la novela narraba sucesos inconfesables de su vida, ofrecía datos ocultos de su biografía, contaba anécdotas vergonzantes de su historia. Una corriente eléctrica había recorrido su columna vertebral al sentirse aludido de una manera tan íntima y secreta. Se sentía amenazado, pero no sabía por quién ni por qué. Dejó el libro sobre la mesita como quien deja una bomba que pudiese explotar al más mínimo roce y miró a su alrededor con temor. ¿Alguien le observaba?

Le sobresaltó el sonido de una llave introduciéndose y girando en la cerradura de la puerta principal. ¡Ya estamos aquí!, se escuchó, y casi inmediatamente sonó un portazo y apareció en la puerta del salón su pequeña hija, disfrazada de hada, de vuelta del cumpleaños.

* * *

El lunes por la mañana, bien temprano, José fue a una comisaría de policía. El libro lo tenía bien escondido en casa, no quería que nadie lo viera. Había pasado el domingo preocupado y ausente, pero su esposa apenas lo notó.

No recordaba haber estado en una comisaría de policía desde el lejano día en que había ido a denunciar el robo de su cartera hacía más de veinte años. Tenía en su cabeza el recuerdo de un cuchitril en el que un avejentado policía había rellenado unos formularios con una decrépita máquina de

escribir, entregándole, al final del lento proceso, una copia en papel sepia que serviría para que no le cobrasen al solicitar un nuevo DNI. Lo de encontrar al ladrón o recuperar el dinero eran quimeras.

Al entrar por la puerta de la comisaría se topó con un arco detector de metales y una cinta con escáner por donde tuvo que pasar su maletín. Era evidente que las cosas habían cambiado. Tras ese primer trámite se dirigió a un mostrador en el que atendía un policía gordo y tranquilo.

—Buenos días —le dijo—, quisiera hablar con un comisario de policía para plantearle una cuestión personal que me preocupa. ¿Sería esto posible?

El policía gordo le miró con sus ojos redondos de vaca y le preguntó: ¿a qué se refiere cuando dice «una cuestión personal»?

—Bueno —respondió José—, me refiero a que, en mi opinión, estoy sufriendo un tipo de acoso muy particular, algo difícil de explicar, y quisiera, por ello, tener la ocasión de exponerlo de manera reservada a un comisario de policía para que me asesore. No sé si ello sería posible.

El policía le miró durante unos segundos y con cierta parsimonia descolgó un teléfono que tenía bajo el mostrador. Marcó unos números y esperó a que alguien le contestara. Se trata de una denuncia, dijo, particular, sí…, no me queda claro…, no estoy seguro. Sí. Sí. ¿Le digo que suba? Perfecto. Y colgó el teléfono.

—Mire, suba esas escaleras del fondo y en la segunda planta pregunte por el comisario Peláez. Él le atenderá.

Mientras subía las escaleras, José iba perdiendo seguridad. ¿Qué estoy haciendo aquí?, pensaba, porque, ¿qué delito es este que se ha cometido contra mí?, ¿contar mi vida en un libro y enviármelo?

Denunciar aquello implicaba reconocer la veracidad de la historia que se narraba en aquel volumen, y José no estaba para semejante acto de hombría. Quiero decir que no lo estaba entonces. Y las escaleras fueron haciéndose más y más empinadas, hasta que se detuvo en un descansillo mirando a un punto fijo de la pared sin saber qué hacer. Porque las cosas que se decían de él en el libro eran rigurosamente ciertas, y era comprensible que le diera vergüenza reconocerlo, dado que, en honor a la verdad, no eran sucesos demasiado edificantes los que allí se recogían.

Poco a poco terminó llegando al segundo piso. Se trataba de un espacio diáfano con mesas, archivadores y pequeñas mamparas que daban cierta independencia a cada trabajador. Alrededor del recinto había despachos acristalados que protegían la intimidad de su interior con persianas venecianas. Fue caminando por el perímetro de la sala, leyendo en la puerta de cada despacho el nombre que constaba en su respectiva placa metálica, hasta que llegó a una que decía *Comisario Peláez.*

Desde fuera y a través de las persianas se podía ver a un hombre joven enfundado en una chaqueta de pana sobre un jersey de cuello alto. José llamó a la puerta y a los pocos segundos esta se abrió.

Allí en aquel despacho y a solas con el comisario Peláez se tranquilizó

un poco. El comisario era un chico bastante más joven que él que, además y por algún motivo, le inspiraba confianza, le resultaba familiar. Así que le fue contando el extraño suceso, aquel libro que le había llegado por correo, su sorprendente contenido.

—Y ¿no puede tratarse de una mera broma? —sugirió el comisario en un intento de quitarle importancia al asunto.

—Pues no lo creo. ¿Usted sabe lo que le ha tenido que costar al gilipollas que haya hecho esto escribir el libro? Son más de doscientas páginas, y está impreso perfectamente, que parece un libro de verdad, de los que se compran en las librerías. El que haya hecho esto se ha tomado muchas molestias, demasiadas, y vaya usted a saber por qué. Me da miedo, la verdad, me da miedo.

—Pero lo que dice el libro, ¿es *todo* verdad? —inquirió el comisario Peláez.

—No, no, para nada, qué va a ser verdad, pero da datos, ¿sabe?, cuenta anécdotas que no sé cómo ha podido saber, tiene que ser alguien muy cercano, si no, no habría podido averiguar ciertas cosas.

—No lo entiendo bien, José, a ver: le llega un regalo por correo, es un libro, comienza a leerlo ¿y resulta que es usted el protagonista?

—Bueno, no es que sea yo el protagonista, el protagonista es un tal Fernando, que parece ser el autor del libro, y cuenta su vida, pero también se dirige a mí, y cuenta mi vida también, da datos que no resultan fáciles de averiguar, y hace valoraciones que no comparto, pero que exigen tener un profundo conocimiento de mi vida; el que ha hecho esto se ha tomado muchísimo tiempo para investigarme y debe tener un motivo importante para ello. Eso es lo que me da miedo.

—O quizás sea alguien que lo conozca muy bien y que, por lo tanto, no tenga que investigar mucho para saber de su vida, ¿no se le ocurre nadie?

—Pues…, no, la verdad es que no —contestó José preocupado.

—Bueno, José, por lo que veo, lo único que tenemos de momento es el libro del que me habla. ¿Lo ha traído consigo?

—No.

—Pues debería haberlo hecho. Lo leeremos y buscaremos en él cualquier pista acerca de su autoría. Se me ocurre que quizás podamos detectar el lugar en el que se editó y a partir de ahí encontrar al autor. ¿Cuándo me trae el libro?

—Mire, comisario, no se lo tome a mal, pero no quisiera entregarles el libro.

—¿Cómo? —exclamó Peláez desorientado.

—Fíjese que en él se detallan asuntos muy íntimos de mí mismo y…, mire, la verdad es que no me sentiría cómodo sabiendo que el libro va de mano en mano y puede leerlo cualquiera, compréndame. Quizás haya cometido un error viniendo a verle, discúlpeme, por favor, discúlpeme —dijo mientras se levantaba y casi sin despedirse salía de aquel despacho bajo la

mirada atónita del comisario Peláez.

Bajó rápidamente las escaleras y salió de la comisaría con la urgencia que cualquier otro lunes hubiera sentido al ser las diez y no haber llegado aún al trabajo.

Pero aquel lunes no se debía a eso su urgencia: tenía auténtica necesidad de retomar la lectura del libro.

2
Vidas paralelas

Como en la conocida obra de Plutarco, la novela que esperaba en casa a José describía dos vidas paralelas, la suya y la de otro personaje, un tal Fernando, el autor del libro.

Pero en este remedo del texto clásico no se comparaban actitudes morales, ni comportamientos edificantes entre un griego y un romano, sino más bien anécdotas lacerantes de dos vidas vulgares que a nadie habrían debido interesar.

José no se presentó en el trabajo aquel lunes, regresó a media mañana a su casa vacía y subió apresuradamente a su despacho para sacar del fondo del cajón de su escritorio aquella novela. No podía evitarlo, tenía que retomar la lectura. El capítulo que entonces comenzó decía así:

Como tú ahora, yo ganaba no poco dinero. Tuve un buen trabajo que, básicamente, consistía en vender. Yo vendía productos farmacéuticos. Tú vendes viajes-aventura. No voy a entrar en cuál de los dos objetos de venta constituye un fraude de mayor envergadura; sinceramente, creo que el mío, pero la justificación de esta afirmación requeriría una digresión que nos alejaría mucho de lo que estamos hablando. Lo realmente importante es que ambos somos vendedores y que, en cierta medida, y por lo mismo, ambos estamos inmersos en una rueda de fraudes y engaños.

De jóvenes, ambos estudiamos Derecho, como podríamos haber estudiado cualquier otra cosa. De jóvenes, ambos acariciamos, en algún momento, dedicarnos a la abogacía y luchar por la justicia. Pero aquel trabajo en la empresa nada más acabar la carrera nos dio la oportunidad de comprarnos un coche bastante espectacular, y había que pagar los plazos (ocho años). Ambos nos follamos a nuestras novias de entonces en el asiento de atrás en un parque, la noche del estreno (del coche), pero yo no dejé una mancha imborrable en la tapicería (la tuya era blanca, más delicada, la mía negra, mucho más sufrida).

Todavía recuerdas aquellos años: sin responsabilidades, con dinero,

viviendo en casa de tus padres, que estaban orgullosos porque habías acabado la carrera y tenías trabajo. No ahorrabas ni un euro (ni un duro de entonces), todo se iba en la letra del coche y salir todos los días, sobre todo los fines de semana, que empezaban muchas veces la noche del jueves. Impresionante.

Como yo, comenzaste a salir con tu esposa cuando ya tenías treinta y tantos años y la vida empezaba a pasarte factura: te sentías solo, tu madre te miraba con creciente preocupación, tenías miedo. Y lo cierto es que no te faltaban motivos. Sabías que los éxitos que habían cimentado tus últimos años eran como los «paquetes aventura» que vendías: un auténtico fraude. Licenciado en Derecho y director de una agencia de viajes, ponía en tus tarjetas. La verdad es que habías pasado unos años en una facultad masificada, estudiando a mata caballo los apuntes que comprabas en una copistería, y que trabajabas de «encargado» en una sucursal de la Agencia de Viajes Colosal S. A. Lo cierto es que a los treinta y tantos años vivías todavía en casa de tus padres y eras un pobre hombre que se pasaba de lunes a viernes vendiendo paquetes turísticos y de viernes a domingo poniéndose hasta el culo de alcohol, yendo de bar en bar hasta la madrugada, aguardando esa maravillosa historia de amor que nunca llegaba.

El domingo al mediodía participabas, como tantas veces yo, en la sempiterna comida familiar en casa de tus padres. Te levantabas de la cama arrastrando la resaca de dos noches seguidas que prometían mucho, pero que, como siempre, habían quedado en nada. Canelones y pollo asado era el menú habitual. Con cava. El cava lo llevaban tu hermana y su marido. El postre tu hermano y su mujer. Tú nunca aportabas cosa alguna.

Sé que el tono que utilizo para describir tu vida no te gusta, que es desagradable, duro, cruel. Lo sé, pero es el tono que merecen tu historia y la mía. La historia de unos hombres mediocres, cobardes, egoístas.

José se sentía ultrajado, ofendido, humillado. Pensaba que no debía continuar con aquella lectura que le deparaba ansiedad y miedo, pero no podía parar. Además, el libro parecía relatar ahora ¡el noviazgo con su esposa!

Se había reencontrado con Arancha una tarde de domingo. Había decidido ir solo al cine, venciendo el dolor de cabeza de la resaca y la pequeña depresión que le asaltaba siempre durante aquel día familiar y vacío. A la salida del cine, a eso de las nueve, todavía era de día, porque el verano se echaba encima, los árboles de la calle estaban exuberantes y el aire quieto detenía el tiempo. Se miraron, se saludaron. José la conocía de la biblioteca de la facultad, en aquella época era la novia de un compañero de clase, un tal Martín, al que hacía mucho que no veía. Hola, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo te va?

Ella era más joven; estudiaba primero de empresariales cuando José hacía el último año de Derecho. Él conservaba perfectamente su imagen en el recuerdo, la de una chica sencilla que llevaba a la facultad un sándwich de casa envuelto en papel albal.

Le contó a José que con Martín se había acabado hacía algunos años.

—No terminé la carrera —explicó como disculpándose—, no valgo para estudiar. Abrí una pequeña *boutique,* en el Centro Comercial de Independencia, sí, ¿la conoces? Es un trabajo muy sacrificado, yo estoy siempre allí metida…, no es que vaya muy bien, pero bueno, estoy contenta.

Él sintió que la vida le daba una oportunidad, una chica así, buena, sencilla, trabajadora, ¡no como las que encontraba en la selva nocturna de los fines de semana!

José siguió leyendo su propia historia, estaba conmocionado, pero no podía dejar de hacerlo. En ese punto de la narración, Fernando, el autor de la novela, se comparaba con él. La verdad es que lo hacía constantemente:

Yo también conocí a mi mujer cuando sentía que estaba al borde del fracaso. Ahí comenzó el error, el tuyo y el mío: el matrimonio entendido como redención. Otra cosa hubiera sido el amor entendido como redención. Enamorarse de verdad, de la luz de unos ojos que se ven desde una vida oscura, y luchar por seguir ese faro, esa señal. Eso sí, por supuesto que sí. Pero tú, como yo, no te casaste enamorado; aquí nadie habla de amor, aquí estamos hablando de matrimonio. Tú, como yo, estabas agotado de esperar algo que no llegaba y buscabas, como yo, un refugio, una salvación, un sentido, el orden que habías perdido. Tú, como yo, no encontraste el amor; tú, como yo, buscaste y encontraste el matrimonio.

Fernando contaba que a su misma edad, los treinta y tantos, vivía en la ciudad en un piso de alquiler que pagaban sus padres y compartía con una hermana mayor soltera, que lo cuidaba como una madre. Nada más terminar la carrera había pasado a trabajar como comercial en una multinacional farmacéutica por recomendación de un prestigioso médico para el que trabajaba su hermana. En principio, aquel empleo era algo temporal, alejado del Derecho, una ocupación de transición que se convirtió, poco a poco, en defintiva, porque le garantizaba el tipo de vida cómoda en la que se sentía bien: un coche deportivo de segunda mano pagado con un cómodo crédito a ocho años y dinero de sobra para frecuentar los pubs y los restaurantes de moda de la época.

Todos los días, a eso de las ocho de la tarde, Fernando aparcaba su deportivo en doble fila en la puerta del White Horse y se relajaba mediante un par de whiskies con coca-cola junto con su grupo de conocidos, no podía decirse que de amigos: los nudos de la corbata aflojados, poses estudiadas, hablaban de su trabajo del día como si hubiera consistido en una actividad importante e interesante. Llegaba a casa a eso de las once y allí encontraba la cena caliente que le había preparado su hermana, que las más de las veces a esa hora ya se había acostado.

Durante los veranos pasaba algunos días en el pueblo (nunca más de cinco o seis), para ver a sus padres. El calor seco y las moscas se le hacían insorpotables. Sus padres estaban orgullosísimos de su hijo «el abogao», que

era «director de una multinacional». Su visita era celebradísima, todos los días comida y cena por todo lo alto: cochinillo, cabrito, lechazo, paella de liebre, un pollo del corral, vino de la cuba buena y champán (léase, sidra El Gaitero). Se levantaba de la siesta empapado en sudor tras la tripada del mediodía, se duchaba en el caño del baño y para cuando bajaba a la cocina ya estaba su madre pasando la bayeta por el hule de la mesa y poniendo los platos para cenar.

—Ya verás qué bueno está el pollo —le decía—, lo he hecho como te gusta a ti, hijo mío, a la chilindrón, a ver si tu padre viene pronto; fíjate qué hogaza —decía cortando las rebanadas de pan—, seguro que no comes pan así en la ciudad, ¡pobre hijo mío!

Una de aquellas tardes oyó en la cocina una voz femenina que no le resultaba familiar. Aquel día no hacía tanto calor, el cielo estaba nublado y parecía que iba a llover. Hasta corría el aire y se movían dulcemente los visillos de las ventanas. Entró en la cocina y allí estaba ella, sentada en la gran mesa, hablando con su madre y con su hermana. Era la maestra. Una chica bonita y sencilla. Se ruborizó nada más verle. Fernando pensaba irse al día siguiente, pero aquel mes de agosto se lo pasó entero en el pueblo. Hicieron excursiones: al pantano, la ruta judía, la ruta mudéjar. Ella era de Badajoz, había pedido un destino tan lejos de su tierra para poder olvidar más fácilmente a su novio de toda la vida, que la había dejado por otra. Se había integrado muy bien en el pueblo, le gustaba el campo, madrugar, los niños.

El final de aquel capítulo dejó impresionado a José. Decía así:

Como tú, sentí que había sabido dar un bandazo a mi vida en el momento oportuno; igual que tú, dejé a mis amigos ahí tirados, en el puto bar de todos los días. Ni les presenté a Miranda, no tenía sentido, con ella lo que pretendía era salir para siempre de aquella mediocridad, de aquellas noches de fin de semana que nunca deparaban otra cosa que soledad.

En el fondo, creo que lo que verdaderamente pretendía no era otra cosa que huir para siempre de los domingos por la tarde. Sé que sabes a lo que me refiero.

3
Bodas paralelas

En aquel libro se narraban, también, el noviazgo y la boda de José y de Fernando, de nuevo unas historias paralelas.

El noviazgo entre José y Arancha había comenzado formalmente un par de meses después de aquel domingo de junio, más o menos en septiembre. Y tres meses después, en Navidades, ya estaban preparando la boda.

En un principio, José temió que su suegro fuera un problema, porque resultaba evidente que le miraba con un atisbo de desprecio mal disimulado. Eso le hizo pensar que le consideraba un chico mediocre, carente del carácter necesario para sacar adelante una familia.

Había sido propietario de una pequeña inmobiliaria dedicada fundamentalmente a la venta y alquiler, aunque durante los últimos años también se había aventurado a promover algunas construcciones de pisos baratos en pequeñas localidades de las afueras de la ciudad. A sus sesenta años había logrado amasar un importante capital que le garantizaba poder vivir el resto de su vida muy holgadamente. Llegado ese momento, decidió vender la empresa y dedicarse a jugar al golf para poder cultivar aquello que más le enorgullecía: la amistad del grupo de constructores y empresarios de que había sabido rodearse a lo largo de sus últimos años de trabajo como «promotor inmobiliario».

Un sábado de diciembre José y Arancha fueron con los padres de ella a cenar al restaurante de su Club de Golf y planificar la boda. Por allí, el padre de Arancha caminaba henchido, saludando a amigos de los que luego, en voz baja, daba la referencia: Pepe Montes, notario, juego con él mañana. Manolo Cifuentes, este es constructor, no te puedes hacer ni idea…

En la cena se emocionó recordando sus difíciles comienzos como comercial, con tan solo dieciséis años; a él sus padres no le habían podido ayudar en nada, de modo que había tenido que venir a la ciudad a casa de su tía, a ganarse el pan enseñando pisos de aquí para allá.

Estaba plenamente convencido de que había triunfado en la vida y de

que no le debía nada a nadie, salvo a su esposa, porque todo había cambiado a partir del día en que la conoció.

—Ella me introdujo en este mundo —dijo señalando a su alrededor y haciéndolos conscientes de la belleza de los muebles de aquel lujoso restaurante.

José miró a su suegra, que, en esos momentos, se besaba con su esposo ligera y púdicamente.

Aquella mujer era la propietaria de Sancy, una conocida tienda de carísima bisutería y complementos ubicada en la principal arteria comercial del centro de la ciudad. A su edad todavía hacía volver la cabeza a los hombres: con el pelo cuidadísimo plagado de mechas rubias, delgada, impecablemente vestida con esa costosísima elegancia de las mujeres maduras de la alta sociedad, tenía una mirada fría y jamás levantaba la voz.

Después de la cena decidieron ir a casa a tomar una copa. Dado que Valentina y Arancha, madre e hija, eran muy prudentes, y que Antonio, su suegro, debía conducir, José había dado buena cuenta de la mayor parte de la botella de cava y de vino de la cena y, además, confiado por el ambiente familiar que se había creado, solicitó del amable camarero una copa «generosa» de coñac con el café. ¡Pero si vamos ahora a casa a tomar algo!, le dijo dulcemente Arancha con la alegría de verle integrado y feliz entre los suyos. Su suegra le miraba con su característica sonrisa perenne.

A la mañana siguiente José lo pasó fatal. No solo por la resaca, espantosa, consecuencia de la mezcla de cantidades importantes de vino, cava y coñac, sino porque no podía recordar nada de lo sucedido en casa de Arancha, ni cómo ni cuándo había llegado él a la suya. ¿Habría cometido alguna indiscreción, algún exceso, habría perdido los papeles en algún momento? ¡Oh, Dios mío!, ¡cómo me pasan a mí estas cosas!, se lamentaba bajo el tremendo dolor de cabeza. Lo único que podía recordar, y no podía apartar de su mente, era el rostro de su suegra mirándolo con su sonrisa permanente, esa mirada inexpresiva que apenas ocultaba (a José le parecía evidente) su más absoluto desprecio.

También Fernando fue en Navidades a la casa de los padres de Miranda, para comunicarles que habían decidido casarse y arreglar los preparativos de boda.

Desde el verano, Fernando no había dejado de ir ni un solo fin de semana al pueblo, para alegría de su madre, que lo veía por fin sentando la cabeza ¡y con una chica como las de antes! Una chica que iba a verla a ella entresemana para hablar de su hijo, compartiendo intimidades, sueños, y el afán de cuidarle.

Y así llegaron las Navidades y tocó ir a Extremadura a conocer a los padres de Miranda, que vivían en un pueblo perdido de Badajoz. Fueron en coche, un día de viaje parando a comer en un parador precioso. Miranda tenía la definición de la ilusión en los ojos, con un fondo triste que Fernando no entendía y no se preocupó en desentrañar. Cosas de mujeres, vete a saber,

pensaba.

Fernando la quería porque sentía que no podía no hacerlo, ella era lo que se suponía que debía ser una esposa: una chica inocente, bonita, que estaba enamorada de él. Quererla era lo lógico, lo inteligente, estaba obligado, vamos.

Además, se daba cuenta de que nunca antes le habían querido así, con esa ternura. A pesar de toda su trayectoria de juerguista y mujeriego, la verdad es que apenas había tenido eso por lo que vagaba tantas noches de bar en bar: una auténtica historia de amor.

Llevaba cinco meses saliendo con ella y no se la había llevado a la cama. Lo cierto es que no tenía ese deseo. De alguna manera sentía que el cuerpo de Miranda era de algodón, que debajo de sus blusas y jerséis siempre anchos y más allá de su falda larga y estampada, se escondía un mundo de tejidos blancos, blandos, limpios. Su cuerpo era para él un lugar donde descansar y soñar, como el cuarto de la infancia. La consecuencia era evidente: se acostaba con otras.

El pueblo de Miranda estaba plantado en medio de un enorme bosque. Cuando llegaron ya era de noche y hacía un frío seco y duro. Anduvieron cargados con las maletas por una calle desierta, estrecha y empinada, mal iluminada por unos faroles antiguos que colgaban cada tantos metros de las fachadas de adobe encaladas; así hasta llegar a una puerta de madera enorme y chirriante, ¡aquí es!, dijo Miranda mirándole con alegría, y pasaron a un portal helado y oscuro. Subieron en penumbra hasta la segunda y última planta por unas escaleras que a Fernando le parecieron bonitas, con una moldura de madera desgastada en cada escalón y las celosías de diversos colores. Llamaron al timbre y, tras abrirse una mirilla de latón dorado que dejó salir un rayo de luz, se abrió la puerta iluminándolos; y allí estaba su suegra, en el centro del resplandor.

Abrazó a su hija entre sollozos y, al desprenderse de ella, miró a Fernando, y adoptando una pose altanera, le dijo: bienvenido.

Francisca, la madre de Miranda, era gorda, egocéntrica e hipocondríaca; no podía soportar no ser el centro de atención en todo momento. Su hija había sufrido su presencia invasiva y dominante desde la más tierna infancia, y eso la había convertido en un ser discreto y sensible.

El piso tenía un larguísimo pasillo lleno de marcos dorados, santos y fotografías. Se detuvieron ante la puerta que daba al cuarto que sería de Fernando. Le dejaron solo un rato para que pudiera deshacer la maleta. Una vez allí se planteó la idea de masturbarse, le gustaba hacerlo en los aseos de los hoteles o cuartos de huéspedes, porque, de ese modo, aquellas habitaciones se humanizaban, dejaban de ser lugares impersonales y alcanzaban cierto calor de hogar. Pero hacía demasiado frío, así que abandonó la idea. Echó una cabezada, se cambió de ropa y a la media hora o quizás algo más salió de allí y caminó el resto del pasillo hasta desembocar en el salón.

Allí estaba Miranda con sus padres. Se dirigió al padre de Miranda para

darle la mano, era un hombre mayor, casi viejo, con boina, que miró a Fernando con una sonrisa triste y apenas dijo nada. Miranda estaba feliz, y su madre, nerviosa y afectada, no paraba de hablar.

La mesa estaba puesta con toda la apoteosis que permitía el ajuar de Francisca, llámame Paqui, le había dicho. El mantel un poco amarillento hacía suponer que aquella familia no había tenido ocasión de abrir los viejos baúles desde hacía muchos años.

La cena fue abundante, jamón, quesos, patés, luego se sirvió un buen caldo y más tarde un asado de jabalí. Aquí hay mucha caza, ¿te gusta la caza? Fernando observó que ante esa pregunta de Paqui su futuro suegro fijó su atención, era para él la prueba de fuego.

—Lo cierto —dijo—, es que no la he practicado nunca, pero me gustaría mucho poder madrugar y pasar una jornada de caza en el monte —afirmó intentando agradar.

—La tendrás —le dijo aquel viejo triste mirándole noblemente a los ojos.

Y en aquel instante, Fernando sintió que podría haber sido otro tipo de ser humano, pero que no lo era, y ya no podría serlo nunca.

Aquellos días de Navidad los dedicaron a pasear por el pueblo y a hacer alguna excursión. Su suegro no les acompañaba; no faltaba a la cena ni a la comida en casa, pero hasta ahí. Parece que madrugaba mucho, daba largos paseos por el monte, tenía a la tarde una tertulia de amigos en el café (lo de tertulia es un decir, se trataba de tomar un vino durante un largo silencio de dos horas, como mucho con unas fichas de dominó sobre la mesa).

El pueblo era pequeño, pasear era dar dos pasos y parar a saludar a alguien que se cruzaban en el camino, o que estaba acodado en el alféizar de una ventana. Fernando se dio cuenta de que aquellos paseos constituían el protocolo mediante el cual esa familia lo presentaba en sociedad. Miranda en el centro, él a su izquierda y su madre a su derecha.

Caminaban despacio los tres, de conversación en conversación, saludando a este, a aquel, Paqui feliz, Miranda a veces no tanto. Y es que el pasado de Miranda, que a Fernando jamás le interesó conocer, sobrevivía en aquel pueblo, agazapado en los rincones, y la saludaba constantemente, aunque ella no se detuviera a responderle.

Había un pequeño bar que servía de lugar de encuentro para la gente joven del lugar. Fernando fue con Miranda alguna tarde allí, a esperar la hora de cenar y a imaginar cómo sería su vida cuando la hiciesen juntos. Pensar dónde vivirían, si era mejor alquilar primero y ya se verá si podemos comprar más adelante un piso, si tendrían hijos pronto, dónde se casarían, si harían una boda grande o no, mejor solo los más allegados, decía ella.

Fernando notó la mirada de una joven desde una mesa al otro extremo del bar. Pensó que le observaba con algún tipo de interés y, claro está, respondió a hurtadillas con miradas llenas de deseo cada vez que le fue posible. Quizás encontrara algún hueco para ella, si no estos días, difícil,

probablemente en otra ocasión.

¡Qué poco inteligente es creerse siempre el centro del mundo! Fernando debería haber pensado que Miranda tenía que conocer, necesariamente, a varios de aquellos jóvenes de su edad, llevaba días comprobando que todo el mundo se conocía en aquel pueblo. Debería haberse preguntado por qué no se saludaban, debería haber imaginado que era a ella a quien observaba aquella chica.

Pero lo cierto es que nunca le interesó la historia de la vida de Miranda antes de que él llegara a ella. En el fondo, estaba tan acostumbrado a que le quisieran por nada, a que se lo dieran todo porque sí, que daba por hecho que Miranda era la mujer que ahora debía desempeñar ese papel.

Aquella historia del chico que la había dejado, su huida de Extremadura, su pasado en general, no tenía ninguna importancia, porque una vez que Miranda le había conocido, aquel conjunto de pasajes de su vida pasarían a ser meras anécdotas menores que ella echaría en el olvido ahora que comenzaba, de verdad, su auténtica vida, la que viviría con él, con Fernando.

* * *

José hizo la típica boda a lo grande, metiendo a sus padres en un crédito personal al catorce por ciento que les costó pagar cuatro años. Para vivir compró con Arancha un piso a medias en una buena zona, no del centro, pero muy bien comunicada, y casa de nueva construcción, de un promotor de confianza, gente de mucha categoría, amigo de su suegro.

A Arancha sus padres le regalaron por la boda la mitad del precio del piso. José pidió un préstamo hipotecario para sufragar la totalidad de la otra mitad. Pero ¿no tienes nada ahorrado?, le preguntó muy sorprendido su suegro, que se había empeñado en acompañarle a la sucursal del Banco del Comercio para que le trataran mejor.

—Conozco al director de esta sucursal, hicimos en mi época cosas juntos, no te preocupes —le dijo.

El padre de José era un oficinista gris, contable, cuarenta años en la misma empresa, de nueve a dos y de cuatro a siete, todos y cada uno de esos años en el mismo cubículo. Durante ese tiempo le cambiaron una vez la mesa y dos veces la silla. Entregaba su sueldo íntegro cada día 1 a su esposa, a la que le tocaba hacer los clásicos equilibrios financieros para llegar a fin de mes; José la recordaba siempre trabajando, zurciendo la ropa, manejando los peroles en la cocina, sola y reconcentrada en el pasillo de casa mientras pasaba la mopa. José no les oyó gritarse jamás, acaso algún enfado silencioso, algún leve reproche. En verano no había viaje de vacaciones; eran socios de una piscina municipal y allí pasaba toda la familia esas semanas de calor con sus amigos los Reguera, un matrimonio muy parecido a ellos.

La verdad es que sus padres no se parecían mucho a los de Arancha. Para ir a la cena en el Club de Golf y decidir el menú de la boda su padre se puso uno de sus perennes trajes de oficinista y su madre el vestido de los domingos de invierno. Muchos años después, cuando ya no estaban en el mundo, los recordaría diciendo a todo que sí, mientras su suegro hablaba y hablaba y su suegra sonreía con los ojos vigilantes, por si hubiera que reconducir alguna cosa al lugar oportuno.

Sus padres vivían de alquiler en un piso de renta antigua. No le resultó fácil decirles que él se compraba uno. Esa fue siempre la ilusión de su madre.

Se iba, los dejaba allí, en el piso que le había visto nacer, después de treinta y cinco años. Lo más triste era que la ceremonia de despedida sería un banquete en el Club de Golf de su suegro, no precisamente en su ambiente, y sin ninguna intimidad, porque no la hubo entonces ni la había habido antes. No les consultó nada, las cosas se decidían en la familia de Arancha y cuando ellos le preguntaban si a sus padres les gustaría o les parecería bien así, él se apresuraba a decir que sí, que por supuesto, que claro. Y no se equivocaba.

Toda sociedad se mantiene sobre la ruptura de la familia. La frase «dejarás a tu padre y a tu madre» constituye un precepto bíblico, y un imperativo social; todos debemos tener la experiencia del abandono, todos debemos romper nuestra familia de origen para crear otra; esa es la razón del tabú universal del incesto: no está permitido contraer matrimonio dentro de la propia familia. Así se sostiene el orden social en el que vivimos. Un libro que explica esto muy detenidamente es el de Claude Lévi-Strauss, *Les structures élémentaires de la parenté,* París, PUF, 1949.

Así que lo que hizo José lo hacemos todos; el sentimiento de culpa que queda en el alma tras el abandono de los que nos han entregado su vida lo llevamos todos a cuestas. José no fue diferente en eso. Su particularidad vino definida por la circunstancia de que no solo fue enormemente egoísta, sino también un cobarde: no fue capaz de mirar a los ojos a su pasado y se fue de casa de sus padres casi sin despedirse, con la misma desconsideración con la que había vivido con ellos treinta y cinco años.

Fernando también se casó. La tradición dice que la boda debe celebrarse en el pueblo de la novia, y en su familia se daba eso por descontado, pero Miranda, por lo que fuera, deseaba casarse en el pueblo de Fernando, donde trabajaba como maestra. A él le daba lo mismo, ya que partía de la base de que entre su madre y Miranda se iban a ocupar de todo. En ese punto terció su suegra.

—A ver por qué no te has de casar en tu iglesia y pasar la última noche en tu casa, con tu madre, ¡lo que faltaba!, ya te has ido a trabajar al otro extremo de España, pero la boda, hija mía, a ver por qué no la vas a hacer en tu pueblo, y que tu padre te saque de casa vestida de novia. ¡Faltaría más!

Ya digo que a Fernando todo aquello le daba lo mismo, de modo que ni se enteró del sufrimiento que producía en Miranda tomar esa decisión.

El egoísmo nos impide ver el rostro del otro. Pero es al rostro del otro al

que debemos la vida. Emmanuel Lévinas nos legó esa intuición en un libro memorable: *Totalité et infini: Essai sur l'extériorité,* La Haye, Martinus Nijhoff, 1961.

El caso es que sí, tal y como sentenció su suegra, se casaron en el pueblo de Miranda. El menú, una salvajada: aperitivos de todo tipo antes de que los invitados se sentaran propiamente a comer, y luego, ya en la mesa, entremeses, lomos de merluza, sorbete para ir facilitando la digestión, chuletones de ternera… A sus padres los llevó hasta allí su hermana en coche, y se lo pasaron muy bien, según parece; no invitaron a mucha gente, fue una boda pequeña. La madre de Fernando estaba feliz porque consideraba que Miranda le cuidaría igual que lo había hecho ella. Él estaba de acuerdo.

De lo que sí se ocupó Fernando fue de buscar un piso para vivir. A Miranda le hubiera gustado seguir trabajando en la escuela y conseguir una vivienda equidistante entre el pueblo y la ciudad. Mucha gente lo hace, solo hay que acostumbrarse a tener que desplazarse, y eso nos dará la oportunidad de poder comprar una casa grande, porque en el extrarradio son mucho más baratas, ¡una casa con jardín! Alquilar es tirar el dinero.

Pero a Fernando le asustaban las casas de campo, le recordaban el insoportable aburrimiento de los pueblos y las perentorias obligaciones de ese tipo de vida: regar, podar, abonar, sulfatar… Expuso a Miranda todas y cada una de las razones que hacían de un piso céntrico la más cómoda, sencilla y eficaz de las soluciones, porque ahora lo primero eran ellos, tener tiempo para estar juntos sin complicaciones. Ya llegaría el momento de hacer otro tipo de vida, quizás cuando pensaran en tener hijos.

Miranda acabó pidiendo una plaza de maestra en la ciudad y Fernando encontró un piso céntrico de alquiler, con mucha luz y un buen despacho para él. Miranda no quiso tener una habitación propia en casa. Fernando le insistió mucho, eso es verdad, pero ella no quería. Si estaba sola, se sentaba en la cocina, y allí leía, escuchaba la radio, escribía sus largas cartas y pasaba las horas.

Su vida conyugal, tanto la de Fernando como la de José, siempre fue inexistente.

Fernando había recibido una educación sexual basada en el silencio familiar sobre el asunto y las conversaciones de colegio con amigos. Tenía uno que contaba que se metía debajo de la cama de sus padres para escucharlos hacer el amor, y como nadie le daba crédito, decidió aportar pruebas y llevó al colegio una casete, pero no logró despejar todas las dudas, porque entre los jadeos se escuchaban claramente insultos, de modo que era difícil aceptar que aquellos fueran realmente los padres de aquel chico.

Más adelante, Fernando completó su formación sexual mediante un programa teórico basado en la visualización de películas pornográficas *hardcore*, y un complemento práctico realizado con prostitutas de la calle, que eran las que más se adecuaban a su presupuesto.

En su descargo podría argüirse que tuvo mala suerte, y es que nunca fue

correspondido cuando la feniletilamina inundó su cerebro dando lugar a importantes secreciones de dopamina, norepinefrina y oxitocina, de forma que sus enamoramientos no propiciaron ninguna historia de amor. Fernando no tuvo eso. Me gustaría saber por qué. José, por cierto, tampoco tuvo esa suerte. En su caso se debió, sin duda, a una excesiva timidez adolescente que le hacía retraerse ante las chicas por las que sentía auténtica atracción. En el caso de Fernando, ya digo que no encuentro la razón.

Superada su adolescencia y cuando ambos llegaron a tener novia, la cosa fue más bien patética. En ambos casos se trataba siempre de una chica que, consideraban, «se podía enseñar»: con clase, mona, y que sabía vestirse con un cierto aire sexy (pero sin pasarse, claro, estamos hablando de una chica con clase). Al igual que ellos, se trataba de chicas que perdían mucho tras el maquillaje. Al igual que ellos, eran chicas cargadas de escepticismo. Al igual que ellos, eran chicas que sentían cierta frustración tras el orgasmo, ese tipo de tristeza que quiere generalizar el neoplatonismo cristiano con la afirmación medieval: *post coitum omnia animal triste est.*

La educación sexual de José, construida también sobre la contemplación de películas porno, le había hecho desarrollar una serie de hábitos que no siempre fueron entendidos por sus parejas. Especialmente fue mal entendida su obsesión por eyacular en la cara de sus novias, que no intentaba la primera vez, ni la segunda, pero ya sí la tercera, y que, normalmente, no era bien recibida.

José tuvo claro desde el principio que no podría hacer eso jamás con Arancha. Lo de mantener conversaciones subidas de tono mientras practicaba sexo sí lo intentó, sí, ni más ni menos que en la noche de bodas, en la *suite* que les había correspondido en el hotel del club de golf de su suegro.

Apenas habían pasado de los besos y las caricias en el coche. La suya era una relación fría, aunque él la interpretaba como una relación tradicional, lo normal al tratarse de una chica de esas que están en peligro de extinción. De las que ya no quedan.

La noche de bodas fue la primera que durmieron juntos, él estaba bastante borracho y ella salió con un pijama absolutamente cursi de lencería transparente, rosa y con lacitos. José pensó que aquella era su manera de decir que tocaba hacer el amor. Claro, lo suyo, en la noche de bodas, tradicional a más no poder. Y estaba a lo que estaba cuando se le fue la mano con aquel «ven que te voy a comer el coño». Fue decir aquello y escuchar su grito, su retirada al cuarto de baño entre sollozos. José no sabía dónde meterse. ¡Qué bestia!, ¿cómo he podido?, con ella no, hombre, con ella no, que no estás de putas, ¡animal! Dios mío, qué desastre, ¿cómo podría arreglar algo así, qué le podría decir? ¡Dios mío!

Acabaron durmiendo cada uno en una esquina de la cama, acurrucados y en silencio. Y, ciertamente, aquello determinó el tono de su relación sexual, que sería siempre escasa, frugal y escueta.

Por su parte, Fernando no concebía el sexo con Miranda. No sentía

ningún deseo sexual hacia ella. Para él, ella simbolizaba la ternura, la afección maternal, la seguridad. Ya dije que tenía el sentimiento de que, debajo de su ropa, todo su cuerpo era de algodón, tejidos blancos, limpios, blandos, y un corazón que latía solo para él.

Pero no era verdad, ni lo uno ni lo otro. Él se creía el protagonista de la vida de Miranda, pero nunca pasó de ser un actor secundario.

En todo caso, Fernando pensó que debían hacerlo. No era normal no hacerlo, había que hacerlo.

Así que, antes de casarse, aprovechando un fin de semana que su hermana se había ido a hacer una excursión cultural al Monasterio de Piedra, la invitó a cenar a casa: velas, música bajita bien elegida (Alejandro Fernández, Luis Miguel), *delicatessen* adquiridas en el supermercado de El Corte Inglés, vino rosado, que entra mejor. En fin, el programa completo.

Ya en el sofá, y cuando se empeñaba en la difícil tarea de desabrochar su sujetador, se dio cuenta de que Miranda estaba llorando.

—Pero ¿qué te pasa? No te preocupes, que no tenemos por qué hacer nada, ¡si nos vamos a casar enseguida, mujer!

Ella decía que no, que no podía, muy bajito, como todo en ella, sin hacer ruido.

Fernando seguía con las mujeres una máxima fundamental: nada de intentar entenderlas abordando temas o cuestiones más o menos profundos. Ante cualquier dificultad, la solución estaba siempre en hacerlas reír. Y a eso se dedicó aquella noche, a intentar hacer reír a Miranda. Al final lo consiguió, y terminaron viendo una película en el DVD y luego se fueron a dormir al cuarto de su hermana, que tenía la cama hecha y parecía más acogedor.

Después de casados no mejoró mucho su relación sexual. Él no echaba de menos el sexo con su esposa, porque nunca lo hubo y porque nunca la deseó, y porque siempre que se le presentaba la ocasión tenía una aventura, o se iba de putas. Cuando recurría a las prostitutas era importante para él lograr excitarlas, conseguir que para ellas no fuera un mero trabajo acostarse con él. Se empleaba en ello con mucha dedicación, hasta el extremo de que a muchas de aquellas mujeres las sorprendía, a algunas incluso las molestaba, porque sentían que aquel hombre no se conformaba solamente con su cuerpo. Fernando no era consciente de ello, pero esa era la forma que él tenía de buscar el amor que le faltaba.

Si pasaba mucho tiempo sin que entre Miranda y él hubiese relación sexual alguna, ella ponía algo de su parte para que ese silencio se interrumpiese. Fernando no solía percibir sus esfuerzos, que consistían en abrazarle en la cama, o ponerle la mano en el vientre. Como por la noche llegaba muy cansado al dormitorio, aquellos gestos incluso le importunaban, porque no le permitían coger el sueño.

Lo cierto es que le costaba mucho hacer el amor con Miranda. Debía cerrar los ojos y pensar en aquellas mujeres de la calle para excitarse. Ella se asía a él con mucha fuerza y siempre lloraba muy quedo al final. No sé si

también lloraba mientras hacían el amor. Si era así, Fernando nunca se dio cuenta.

4
Dos formas de fracaso

José no tardó mucho en darse cuenta de que todo iba mal.

A los seis meses de casados se produjo la primera actualización del tipo de interés de su hipoteca. La cuota se multiplicó casi por dos. Eso, más el aporte mensual que transfería a la cuenta de gastos comunes que tenía con Arancha, constituía casi todo su sueldo.

Para sobrevivir debió suprimir los gastos superfluos, incluido el almuerzo de las once en el Ejecutivos, un bar que le encantaba; comenzó a ir al trabajo en autobús para poder prescindir de la plaza de parking que tenía alquilada cerca de la oficina de Viajes Colosal. Además, había que ahorrar como fuera alguna cantidad para cuando llegaran gastos extraordinarios, el seguro del coche, los impuestos… Súbitamente, se había visto sometido a una disciplina de vida espartana, y se vio abocado a utilizar tarjetas de crédito que permitían la posibilidad de pagar a plazos la deuda para poder afrontar ciertos gastos, como salir a cenar un sábado, o pasar un fin de semana fuera con Arancha.

Al lado de sus estrecheces, Arancha nadaba en la abundancia. La boutique iba muy bien, cada día mejor, sus padres le regalaron un coche las primeras Navidades, un modelo pequeño de Mercedes, precioso, descapotable. Teniendo una boutique, era normal que fuera siempre elegantísima, mientras que él no tenía dinero para comprarse ropa, y mucho menos acorde a como iba vestida su mujer.

José nunca había utilizado los trajes que llevaba al trabajo para salir las noches de los sábados, pero era lo único que tenía diríamos que «elegante» para acompañar a cenar a Arancha. Los pantalones vaqueros y la americana *sport* ya no eran apropiados para el tipo de restaurante que ahora frecuentaban.

Casi todos los sábados por la noche salían con un matrimonio de amigos, Concha y Pepe. Él era representante de moda; según Arancha, tenía las mejores colecciones que había vendido en su vida. Era moreno, de los que

llevan el pelo peinado hacia atrás y con gomina. Según Arancha, era guapísimo y, por supuesto, sabía perfectamente lo que había que ponerse en cada ocasión (esto también lo decía Arancha): si un día abro una boutique de moda masculina, lo contrato para que me lo haga todo, todo, todo.

Aquel sábado en que José cumplía treinta y siete años su suegra le regaló una americana magnífica, de lino, de un color atrevido, primaveral. Y Arancha unos pantalones que combinaban muy bien. Por la noche, Concha y Pepe le regalaron una camisa también a juego, preciosa. Días antes, Arancha le había comprado unos zapatos muy bonitos que había visto en una tienda del centro, casi regalados. El caso es que el sábado siguiente, cuando se puso todo aquello para salir a cenar con Concha y Pepe, algo le decía que había sido derrotado, se sentía avergonzado, fuera de sitio. Ya en casa, por la noche, cuando colocaba cuidadosamente su ropa en el vestidor, se acordó de su padre y, por primera vez en su vida, se sintió enormemente orgulloso de él, tenía unas incontenibles ganas de llorar.

Enfrentarse con la vida requiere valentía, y José, por aquel entonces, era un cobarde. Su desamparo tenía fundamento, su esposa no era su compañera, no compartía con él ni sus penurias, ni sus sueños, ni sus frustraciones. Pero no era capaz de asumir las decisiones que, honradamente, hubiera debido adoptar en consecuencia.

Sin duda, lo más duro era soportar sus reproches. Antes de casarse nunca hubiera sospechado que Arancha pudiera llegar a tratarle así. Pero ¿cómo puedes ponerte esa corbata? ¿No sabes que hay que llevarlas de vez en cuando a la tintorería? Vaya pantalones que traes, a mí me daría vergüenza. Si decides invitar, la próxima vez procura hacerlo de manera discreta, en estas cosas hay que tener cierta clase. Si no vas a saber llegar por ti mismo, mejor coges un taxi, no quiero tener que esperarte.

Poco a poco fue sumergiéndose dentro de sí. Tenía la sensación de que Arancha le dejaría en cualquier momento; sentía que le faltaba la fuerza necesaria para llevar el tipo de vida que hubiese querido tener, pensaba que había ocupado un lugar que no le correspondía al lado de una mujer de la altura social de Arancha, o con amigos como Pepe. Sentía que aquel no era su sitio y le resultaba evidente que todos se daban cuenta.

Desde su reclusión interior observaba el comportamiento de los que sí merecían su posición. Intentaba parecerse a Pepe, sentía cierto rencor hacia él, envidia, resentimiento, pero procuraba actuar con inteligencia y aprender de él. Se fijaba en cómo se sentaba, siempre con la espalda recta, sus ademanes tan elegantes, sus manos tan cuidadas. Fue adquiriendo algunos de sus detalles: ocuparse sin apenas demostrarlo de las personas de su alrededor, llenarles la copa, posar la mano sobre su hombro un segundo, sin siquiera mirarles. Eran pequeños detalles que, había observado, tenía sobre todo con Concha, su esposa, y con Arancha.

José observaba, pero no entendía, y es que Pepe tenía esos detalles con su mujer para que José no pensara que cortejaba a Arancha, además de que,

con ello, lograba que Arancha no se sintiese incómoda y se dejase hacer. Un maestro, Pepe, aunque nada original; digamos que hacía su trabajo de manera aseada.

No puedo evitar en este punto recomendar otro libro, de alguien que sí era original: Frank Harris, *My Life and Loves,* privately printed (no podía ser de otra manera), París, 1922. Hay más tomos que continúan su autobiografía, tres publicados en 1925 y 1927, y un quinto tardío, que Harris no llegó a terminar en vida y que se publicó de manera póstuma en una edición de 1954 nada recomendable, porque tiene su origen en la venta de las notas de Harris por su mujer, Nelli, que padecía graves problemas económicos. Esta edición está muy alterada en relación con las notas del autor. Si alguien quisiera leer este volumen en una edición de confianza, recomendaría la de 1963 de Grove Press.

En cuanto a Fernando, en aquella época inicial de su matrimonio era feliz. Lo cierto es que su vida había mejorado ostensiblemente. Miranda era una joya, vivía para cuidarle.

No solía acudir a casa al mediodía, dado que era muy habitual que tuviera comidas de trabajo (los negocios, con mantel de por medio), o citas románticas. Para estas utilizaba un hotel pequeño del centro que tenía un restaurante precioso, y a él siempre se le ocurría (espontáneamente al final de la comida y si la compañía femenina había aceptado el segundo chupito de licor) subir a una habitación que tenía allí siempre a su disposición para tomar una botella de champán.

—¿Qué te parece?, tiene unas vistas preciosas —les decía corriendo las cortinas para eliminar hipotéticas suspicacias—, y hasta podemos tumbarnos un rato en la cama para descansar…

Había dejado de salir por las noches; le gustaba cenar con Miranda (que cocinaba muy bien), hablar de sus cosas con ella y acostarse temprano. Ya digo que su vida había mejorado ostensiblemente.

Su único motivo de fricción tenía lugar cada fin de semana. Ella prefería quedarse en casa, y él no concebía un sábado por la noche sin salir. Hubiera podido irse solo, a ella no le hubiera importando que lo hiciera de vez en cuando, pero a él eso le parecía inconcebible: el sábado por la noche un marido debía salir con su mujer.

Miranda pasaba mucho tiempo en la cocina. Le hacía pasteles, bizcochos, magdalenas, guisos exquisitos. Tenía pequeñas macetas con plantas por toda la casa. En el recuerdo de Fernando, Miranda estaba casi siempre envuelta en la luz amarilla de la cocina, el horno encendido, iluminado, con una promesa de cena maravillosa en su seno, sentada en un banquito y escribiendo en la tabla basculante que hacía de mesita en aquella estrecha habitación. La veía hacerlo muchas veces.

—¿Qué escribes?

—Una carta a mi madre.

—¿Y por qué no la llamas por teléfono?

Pero Miranda no dejaba de escribir aquellas cartas, y es que las cartas constituyen la forma de diálogo más esencial del ser humano. Fernando todavía no sabía eso entonces. En las cartas se habla al futuro, para que te escuchen más adelante, como habla una madre a su hijo recién nacido. En las cartas se habla en soledad, con esperanza, como se habla con Dios. En las cartas el tiempo viaja al revés, porque las cartas nos deparan el pasado, por eso nos traen y nos llevan a nosotros mismos.

Fernando, José y el comisario Alfonso llegaron a saber eso. Ese fue el motivo por el que Fernando escribió aquel libro a José y por el que se enviaba a menudo cartas a sí mismo. Se escribía, se hablaba, y luego metía la carta en un sobre, la franqueaba y la echaba al correo. La carta tardaba un par de días en llegar a su buzón y, cuando la abría, comprobaba cómo el tiempo puede dejar de ser un camino por el que alejarse y convertirse en una forma de devolvernos a nosotros mismos.

Pero en aquella época primera, Fernando estaba muy lejos aún de saber estas cosas. Si estaba casado con Miranda era, en el fondo, por cumplir con un requisito imprescindible de nuestra sociedad, porque el matrimonio otorga un estatus de madurez y estabilidad del todo necesario para ofrecer confianza. Un soltero es un tipo inestable, carente de solidez, débil, incompleto. Ir con Miranda a algunos eventos de la empresa le permitió adquirir un nivel de familiaridad con algunos directivos que nunca hubiera podido alcanzar de otra manera. Además, Miranda irradiaba serenidad, templanza, equilibrio. No es falso, en modo alguno, decir que le ascendieron en la farmacéutica por haberse casado con ella.

A partir de aquel ascenso comenzó a viajar a América Latina. Era raro el mes que no pasaba una semana o dos fuera de casa. Se sentía el rey del mundo, viajar en primera clase, hoteles de cinco estrellas, tarjeta de crédito de la empresa, ser agasajado en los mejores restaurantes. Se compró una pluma de oro Mont Blanc que llevaba siempre en el bolsillo de la camisa y que utilizaba exclusivamente para firmar el contrato el penúltimo día, al final del viaje. Sus clientes ya no eran médicos, sino otras empresas farmacéuticas a las que facilitaban fórmulas o medicamentos en grandes cantidades; también, a veces, eran compañías de seguros, hospitales o administraciones públicas.

Los fines de semana que pasaba en casa solían salir con el director de marketing de la farmacéutica y con su esposa. Fernando se sentía a gusto con él, ambos tenían obsesión por el trabajo y consideraban la empresa como algo propio; además, les unía el secreto compartido de sus aventuras extramatrimoniales, su segunda gran pasión, y llegaron, incluso, a pasarse información reservada de manera que cada uno pudiera tener más fácil acceso a la última chica que el otro hubiera conquistado. Fernando, secretamente, se quería acostar con su mujer.

Así era su vida, y así pasaron cuatro años. Se cambiaron de piso, a uno más grande y de su propiedad. Allí, Miranda tampoco quiso tener una habitación propia. Ni contratar a alguien para que le ayudase en las labores del

hogar. Fue de las pocas veces que discutieron. No lo racionalizó entonces, pero sintió que ella defendía algo muy íntimo, un refugio, una función esencial. Al colegio iba solo por la mañana, y las tardes las pasaba en casa limpiando, cocinando y escribiendo aquellas largas cartas en la cocina.

Nuestra vida pende de un hilo. La porcelana de la prosperidad y el cristal de la felicidad son piezas muy frágiles. Es difícil ser consciente de ello. Solo nos damos cuenta de esta caducidad cuando todo el edificio de nuestra existencia, aquello que creíamos sólido y duradero, se derrumba ante nuestros ojos en un solo segundo, sin dejar alrededor ni tan siquiera escombros, ni polvo, nada que recuerde un pasado que se ha ido súbitamente y para siempre.

Lo que más sorprende es, quizás, eso, la eficacia de la destrucción, la despiadada crueldad del tiempo.

Miranda se quitó la vida en su casa una noche de verano. Fernando estaba en Buenos Aires y descubrió su cuerpo en la cama del dormitorio, cuando regresó al día siguiente.

Durante un tiempo le atormentaría enormemente pensar en lo que estaba haciendo precisamente entonces, la noche de aquel viernes en que Miranda se quitaba la vida.

En Buenos Aires es habitual que la gente joven se cite a eso de las doce de la noche, lo que para nosotros sería muy tarde. Fernando había quedado a esa hora en una discoteca con una de las limpiadoras del hotel a la que llevaba tirando los tejos toda la semana. El último día en Buenos Aires había sido complicado, acordando contra reloj los últimos flecos del contrato. Casi no había comido y rechazó la cena que le propuso el director del hospital, alegando cansancio. Una vez en la habitación del hotel, se quedó dormido y despertó con el tiempo justo para llegar a su cita, así que sin haber cenado ni comido pasó directamente a las copas con aquella morena (morocha, dicen en Argentina) que le tenía completamente obsesionado. A partir del tercer vodka con naranja apenas recordaría nada, pero parece que hizo el más espantoso de los ridículos; aquella chica terminó dejándolo tirado en la discoteca y él acabó regresando en taxi al hotel al filo de la madrugada, con el tiempo justo para tomar el avión de regreso.

Al llegar a casa, el absoluto silencio le hizo pensar que Miranda no estaba. Se sentó en la cocina tras dejar las maletas en el suelo. Estaba muy fatigado y tenía un dolor de cabeza infernal. Decidió acostarse. Al verla en la cama creyó que estaba dormida. Su rostro reflejaba paz, descanso.

Cuando se dio cuenta de que estaba muerta, un relámpago frío recorrió su cuerpo. Supongo que era desesperación. Telefoneó a un servicio de urgencias, pero no pudo soportar el interrogatorio lento al que comenzó a someterle una voz impersonal y casi impertinente: a ver, por favor, dígame su documento nacional de identidad; colgó totalmente histérico. Llamó a su hermana, que estaba en el hospital. Ella se encargó de todo. En pocos minutos estaba en casa la policía y un médico confirmaba que Miranda había muerto.

No llamó a sus suegros hasta la tarde del día siguiente. Se acostó pasada

la medianoche y no se despertó hasta el mediodía. Su hermana siguió ocupándose de todo, encargar el féretro, reservar el tanatorio, organizar el funeral. Se quedó a dormir en su casa toda aquella semana y la siguiente.

El entierro hubo de retrasarse varios días porque debían practicarle una autopsia a Miranda. Pensaban que había sido un fallo del corazón o un problema respiratorio.

Cuando les dieron el resultado, intuyó, por primera vez, que Miranda era mucho más de lo que él había sabido ver, intuyó la existencia de todo un universo que quedaba al otro lado de sus ojos, allá a donde él nunca había ido a pesar de tenerlo tan cerca, un paraíso que ahora le quedaba vedado ya para siempre.

La enterraron en el pueblo de Fernando y al sepelio fueron muchos niños de la escuela. Ella no hubiera querido que la enterrasen en su pueblo; por alguna razón, eso Fernando lo sabía. Su madre lloró desesperadamente, golpeándose, abrazándose al féretro. Su suegro, delgadísimo, la sujetaba en silencio con la mirada hundida, sacando fuerzas de algún lugar recóndito.

La vergüenza no le dejaba levantar la vista del suelo. Le resultaba evidente que él era el culpable de las desdichas que habían conducido a Miranda a quitarse la vida. Temía que su suegra le insultara, histérica, en cualquier momento. Presentía miradas de desprecio sobre él; no se había atrevido a acercarse a sus suegros.

Esa fue la razón de que agradeciera tanto la despedida que le dispensó el padre de Miranda. Ellos se fueron la tarde del funeral, tenían que coger el tren. Comieron en casa de sus padres y cuando se levantaron para ir a la estación aquel hombre se le acercó. Fernando no era capaz de mirarle a la cara, pero escuchó que dijo: «Espero que ella nos perdone, y también tú».

No supo qué contestar.

SEGUNDA PARTE

FERNANDO

1
Un secreto

Habían pasado dos semanas tras la muerte de Miranda. Era sábado y Fernando estaba solo en casa, hacía calor y un silencio profundo reinaba en todas las estancias. Pensó que había llegado el momento de recoger las pertenencias de Miranda. Le incomodaba la idea de que debía telefonear a su suegra para preguntarle si deseaba que le enviase algún recuerdo de su hija.

Abrió el armario en el que ella guardaba su ropa y, al mirar dentro, sintió que allí se mantenía, escondido y tembloroso, algo de su alma. De unas pocas perchas colgaban sus tres vestidos para ir a la escuela, varias faldas largas, los pantalones vaqueros que se ponía algunos fines de semana y dos o tres blusas. Eso era todo. En un cajón estaba su ropa interior, muy ordenada. Sus braguitas, sus medias, sus sujetadores. Abajo, en el suelo del armario, dos pares de zapatos planos, no le gustaba llevar tacón, y unas botas muy bonitas de cuero negro. Estaba muy guapa con las botas porque la hacían más alta y, como tenían algo de tacón, le realzaban la figura.

Su ropa de invierno se encontraba en el altillo del armario, en una caja grande, junto a dos cajas de zapatos que guardaban el calzado. En el armario de la entrada tenía su abrigo. Y nada más. Eso era todo.

Qué pobre era, pensó Fernando, apenas tenía nada. Y se sorprendió a sí mismo descubriendo a una mujer distinta a la que él había creído tener cerca. Qué pobre era, se repitió conmovido. Qué pobre era en medio de esta casa.

Introdujo las prendas de verano en la caja en la que guardaba las de invierno, junto con su ropa interior; un poco apretado, cupo todo allí. Puso sus zapatos dentro de cajas encima y lo volvió a subir todo al altillo. Seguro que su madre quiere conservar alguna prenda. Le daba cierto apuro entregar su ropa, sin más, a los pobres. Su hermana le había dicho que en una iglesia cercana se harían cargo de las cosas.

Debían de ser las cuatro de la tarde y estaba solo por primera vez en mucho tiempo. Pensó que Miranda no tenía nada, ni siquiera una habitación propia en su propia casa. Ella guardaba sus libros en las estanterías del

despacho de Fernando. Fue allí a verlos. Tenía varios de Stephen Zweig, había también libros de Miguel Delibes, de Ana María Matute, poesía. Reconoció un libro que llevaba muy a menudo con ella, estaba forrado con un papel blanco y azul, lo tomó, era de Gabriela Mistral, estaba muy subrayado, había poesías infantiles. Leyó en una solapa de aquel libro que aquella poeta también era maestra.

Recordó entonces que Miranda tenía un joyero. Creía haberla visto guardarlo en el fondo de uno de los cajones de su armario del vestidor. Regresó allí y abrió del todo los cajones ya vacíos de los que había sacado su ropa interior; efectivamente, en el fondo de uno de ellos estaba el joyero. Se fue con él a la cocina y lo abrió. Allí estaba el reloj negro y pequeño que le había regalado al poco de comenzar a salir juntos, y algunas joyas familiares que le había dado su madre: pendientes, pulseras. Cosas que no se ponía jamás. Le pareció que el joyero tenía doble fondo, pero no fue capaz de hallar la forma de levantar la tapa. Estaba seguro de que el fondo del joyero tenía que poderse levantar y que debajo se esconderían más cosas. Resultaba evidente por la anchura de la caja. Tiró y tiró, pero no había manera.

Decidió romper el joyero; como tal no tenía ningún valor, pero quizás sí los objetos que escondiera. No le quedaba otro remedio que comprobar qué es lo que se ocultaba allí. Con un cuchillo de cocina intentó despegar el fondo de la caja. El cuchillo se podía hundir un buen trozo, de manera que ganó en seguridad: allí había un compartimento destinado a esconder objetos de valor. Pero no había manera de despegar el falso fondo.

Tenía una caja de herramientas en la pequeña terraza cubierta de la cocina. Regresó de allí con unas tenazas, un martillo, unos alicates y una sierra. El maldito joyero no se me va a resistir, pensó.

Con las tenazas y los alicates intentó desplazar el fondo del joyero de la pared lateral, y lo logró mínimamente, pero la cosa no era fácil, porque, se dio cuenta entonces, bajo el cuero y la tela todo el joyero constituía una carcasa metálica muy sólida. El caso es que el falso fondo no podía abrirse de cualquier manera, destrozando el joyero a martillazos, porque no sabía lo que había dentro y temía romper algo de valor.

De tanto manipular el joyero, en un momento dado cayó al suelo una pequeña tapita de su interior, dejando al descubierto lo que parecía una minúscula cerradura que, sin duda, debía permitir abrir el compartimento secreto.

Estaba claro, había que encontrar la llave.

Era sábado, ya lo he dicho, y pleno verano. Llevaba dos semanas rodeado de gente y, de pronto, se había quedado completamente solo y sin nada que hacer. En el trabajo le habían recomendado que tomase ya sus vacaciones para que pudiera recuperarse. Él creia que no las necesitaba, pero le pareció que no seguir aquel consejo daría una imagen poco humana de sí mismo, así que lo aceptó. La desocupación le hacía sentirse desorientado.

Se dio cuenta de que Miranda ocupaba el espacio que ahora llenaba su

soledad. Las tardes en casa, los paseos de los sábados por la mañana, los domingos. Todo ese tiempo en calma que ahora, en su ausencia, se hacía eterno, angustioso, triste.

Salió a caminar, pensó en llamar a su hermana, pero no lo hizo. Se ha pasado dos semanas conmigo, durmiendo en casa, ocupándose de todo, se dijo. Quizás quiera descansar.

Anduvo entre el piélago de la luz pastosa del verano, las calles desiertas, el tiempo que parecía detenido. No conocía aquel puticlub, Princesas; tenía la típica puerta negra y blindada con un ojo de buey, tras la cual se abría un pequeño vestíbulo y una cortina que daba paso a una barra americana con varias chicas sentadas en sillas altas, acodadas en el mostrador. El local, al margen de las chicas, estaba desierto.

La verdad es que no tenía ganas de echar un polvo, simplemente pretendía acelerar el tiempo.

—Una cerveza bien fría, gracias —dijo al camarero que se le acercó, y se apoyó en la barra esperando a que viniera alguna de las chicas sin mirar a ninguna directamente.

—Hola, guapo, ¿que haces por aquí?, no te he visto nunca —le preguntó una de las chicas sentándose en un taburete a su lado.

Ahora le tocaba a él inventar que estaba en la ciudad de viaje de negocios, afirmar que no era de aquí, sino de, por decir algo, Almería, y preguntarle a ella de dónde venía.

—Soy rumana.

—¿Sí?, pues qué guapas son la rumanas.

—Unas más que otras; qué, ¿subimos?

—Pues no sé, lo cierto es que no lo tenía pensado, he entrado solo porque hace un calor tremendo fuera. Si quieres, te invito a una copa.

Y mientras lo decía se daba cuenta de que era la primera vez que entraba en un bar de alterne para alternar. Con anterioridad, siempre que había cruzado la puerta de uno de aquellos locales había sido con la intención de echar un polvo rápido. Antes de acabarse la cerveza, ya había lanzado una mirada alrededor y elegido a la chica más apetecible. En total, no invertía ni una hora. Era una buena manera de desfogarse.

—Y, dime, ¿de qué parte de Rumanía eres?

—¿Conoces Rumanía?

—No.

—Bueno, pues de Bucarest.

—¿Es bonito?

—No mucho, la verdad, pero a mí me gusta.

—¿Vas mucho?

—Siempre que puedo, a ver a mi hijo.

—¿Está allí tu hijo? Y ¿qué edad tiene?

—Cinco años, está con mi madre, es muy listo, hablo con él todos los días por Internet.

—Así que lo ves todos los días.

—Sí, claro, todos los días.

—Debes de ser una buena madre, haces esto para pagarle una buena educación, claro.

Lo dijo de verdad, pero las prostitutas no creen en las palabras, han oído demasiadas mentiras; muchos de los que se acuestan con ellas (Fernando, sin ir más lejos), les dicen que las quieren cuando están alcanzando el orgasmo. Y eso un día tras otro. A pesar de ello, Fernando pudo ver en los ojos de aquella chica un relámpago de emoción casi imperceptible durante un segundo.

Se apretó a él con una sonrisa vanidosa; tenía cara de niña; lo que más resaltaba de ella era su mirada verde y brillante; llevaba unos pantalones vaqueros cortos, botas negras con mucho tacón y un sujetador blanco. Era rubia con el pelo cortado a lo chico, tenía un cuerpo precioso, delgado y esbelto, y los pechos pequeños, lo que acentuaba su aspecto adolescente. Le metió la mano entre las piernas y Fernando sintió que la sangre comenzaba a circular a toda velocidad por sus venas.

—¿Y esto de subir…, cuánto cuesta?

—Media hora, sesenta, una hora cien.

Se dejó llevar absurdamente, porque anímicamente no estaba para eso. Una vez arriba fue consciente de que, hiciera lo que hiciera, no tendría una erección, así que, tras unos escarceos preparatorios de lo que no iba a llegar, le propuso pasar la hora charlando desnudos en la cama, había aire acondicionado, se estaba bien.

—Tú pagas, así descanso —dijo con una sonrisa que no ocultaba cierta incomodidad—. Te habría salido más barato invitarme a otra copa.

—No pasa nada —repuso Fernando—, aquí estamos muy tranquilos, solo quiero descansar y hablar un rato con una chica guapa.

Le habló de su trabajo, le contó que era de un pueblo a unos cien kilómetros, pero que había vivido aquí desde la universidad. No le importó que su historia de ahora fuese totalmente incompatible con la que le había contado media hora antes, al conocerla en la barra del bar. ¿Cuál de las dos creería ella? Le contó su vida y, al hacerlo, se iba dando cuenta de que la suya era una vida triste, vulgar y vacía.

—Si tuvieras un secreto y lo guardaras bajo llave, ¿dónde la esconderías? —le preguntó.

—En ningún sitio —contestó ella rápidamente—, la llevaría siempre conmigo. En una cadena en el cuello, o en mi cartera, siempre conmigo.

Oscurecía cuando Fernando caminaba de vuelta a casa. Las calles desiertas de la ciudad en agosto. Pensó que, quizás, la pequeña llave que buscaba estaba confundida entre las cenizas de Miranda. Quizás.

Al llegar a casa escuchó el contestador automático, tenía grabada la voz de su hermana. Le invitaba a ir al cine. También le proponía ir a comer el domingo a casa de sus padres. Su hermana nunca fallaba; había llamado, solo tenía que haber esperado en casa una hora más. Se habría ahorrado los ciento

cincuenta euros que se había dejado en el puticlub. Por lo menos no había estado follando. Eso le daba cierta sensación agradable de limpieza.

«La llevaría siempre conmigo», había dicho ella. Y recordó a Miranda en la cocina, escribiendo las cartas a su madre, comprobando el estado de lo que hubiera en el horno, con aquel libro de poesía forrado para que no se le estropearan las tapas.

Tuvo una intuición poco definida, pero algo le dijo que debía regresar a su despacho, a la estantería en la que descansaban los libros de Miranda. Volvió a tomar del anaquel el de Gabriela Mistral. Lo abrió por una página cualquiera y leyó un verso subrayado:

¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

El forro era de plástico. Lo quitó y vio que en su interior escondía un pequeño bolsillito cerrado con velcro. Lo abrió y ahí estaba la minúscula llave.

Se sentía muy extraño, era como si la existencia de un secreto sospechado cobrara de pronto realidad. ¡Un secreto! ¿Y qué podía ser lo que ocultaba?

Puso el joyero sobre la cama del dormitorio, introdujo la llavecita en la cerradura de su interior y la giró. Un oculto mecanismo crujió y liberó el fondo del joyero, que ahora podía levantarse dejando al descubierto un montón de papeles manuscritos.

Sentado en la cama y a la luz escasa de la lámpara de la mesilla, se puso a ojear aquellos papeles. Era, sin duda, la letra de Miranda. Eran cartas, y todas parecían comenzar de la misma manera: *Querida hija mía.* ¿A quién iban dirigidas? ¿A alguna niña del colegio? Le pareció reconocer las hojas cuadriculadas que Miranda utilizaba para escribir en la cocina las cartas a su madre. Qué extraño. ¿Por qué las ocultaba allí?

Querida hija mía:

Hubo ayer eclipse de luna. Esta mañana todos los niños de la clase han hablado de ello. Ha sido precioso escuchar sus explicaciones del fenómeno, sentir lo que en su imaginación son la luna, la tierra y el sol.

¿Habrás podido verlo tú? No sé si en la región que habites habrá sido visible esa maravilla.

Ya debes de saber decir algunas palabras. Quizás hoy, si pudiste ver el eclipse, te hayan enseñado la palabra luna, y la palabra sol. Son seres que están muy lejos, de los que solo vemos su fulgor, pero que nos protegen.

Del sol contemplamos su fulgor antiguo, lo que nos llega de él es lo que nos regaló hace mucho tiempo, su amor viejo y desvanecido, pero eterno, eterno.

Tú nunca me llamarás mamá, porque otra mujer se ha hecho merecedora de tan grande alegría.

Escuchar que te llamen ¡mamá! Y un ser que camina tembloroso corre

hacia ti. Nunca me llamarás mamá, no tendré esa alegría.

No temas, jamás pretendería yo quitarte la seguridad y el amor que tienes con la que es de verdad tu madre, pese al dolor que siento por no haber sido capaz de retenerte conmigo, por mi debilidad y pobreza.

Sé que tienes una madre que te quiere, estoy segura de ello. Es lo único que me consuela.

Yo quisiera ser para ti como el sol, quererte desde lejos, enviarte mucho calor, irradiarte luz, darte la vida. Y que todo eso llegue hasta ti dentro de mucho tiempo, quizás cuando yo ya no esté, porque yo no soy importante, lo importante es lo que siento por ti, que es tuyo, que te pertenece y que te iluminará un día.

Hasta mañana, niña mía.

Tu Sol, que te quiere.

2
Castillo interior

Fernando pensaba que debía rehacer su vida o, lo que es lo mismo, que debía volver a casarse; andando el tiempo, claro, porque de momento y como soltero (versión viudo) volvía a estar en el mercado, y eso no era poca cosa, se había convertido en un producto libre de impuestos y muy apetecible. Sí, estaba de nuevo en el mercado.

Pero al tiempo que intentaba convencerse de que esa debía ser su actitud en aquellos duros momentos, sentía que algo muy suyo crecía en su interior y luchaba por hacerse un sitio; era como si el niño que fue se hiciera grande en su pecho y fuera expulsando de allí los restos de basura que hasta ahora habían venido ocupando sus pulmones, su corazón, sus manos.

Aquel extraño proceso tuvo como consecuencia que poco a poco fuera adquiriendo dos vidas. Su cuerpo no había cambiado, ni sus costumbres y quehaceres cotidianos. Iba al trabajo, viajaba, hacía algunas compras, comía con los compañeros de la empresa, se iba de putas, en fin, aparentemente seguía su vida como si tal cosa.

Pero todas esas actividades que continuaba desarrollando y que constituían su vida cotidiana las realizaba mecánicamente, eran aquellos un conjunto de movimientos peristálticos, inconscientes, automáticos. Porque dentro de él crecía y crecía otro hombre, o quizás se abría paso el hombre que verdaderamente era, el que siempre había sido, el que vivía sepultado y que emergía ahora de entre las ruinas, tras el derrumbe, tras la tragedia que le había asolado y que seguiría haciéndolo, para su desdicha, o para su suerte, que viene a ser lo mismo.

El joyero de Miranda esperaba en un estante del armario. Le esperaba. Él sabía que estaba allí, que todas las cartas de Miranda estaban allí, esperándole, llamándole incluso.

Comenzó a leerlas una noche cualquiera de aquel otoño que ya agonizaba. Las cartas de Miranda.

Querida hija mía:

Hace mucho frío y me pregunto cómo habrás pasado el invierno. Eres muy pequeña, ¡pienso en ti tantas veces! En mi imaginación yo siempre te veo, no sé por qué, frágil y delicada.

La semana pasada muchos de los niños del colegio se quedaron en casa porque no se encontraban bien. Daba pena ver tantos pupitres vacíos. Y los que quedábamos en la escuela veíamos cómo, más allá de los cristales de las ventanas, el viento levantaba del suelo las hojas secas, arrancaba un árbol de cuajo y aullaba y aullaba.

Aunque no lo parezca, has de saber que es bueno que te pongas enferma. Porque cada vez que lo hagas tu interior será capaz de levantar un muro muy alto y evitar así que, en el futuro, algo malo te suceda. El dolor, hija mía, tiene sentido.

Yo quisiera privarte del sufrimiento, querría que todo lo malo de tu vida fuera para mí, que no tuvieras nunca que sentir dolor, que no lo conocieras. Pero aunque este sentimiento que tengo no lo puedo reprimir, sé que eso no sería bueno para ti. Porque padecer te hará fuerte, y cada vez que estés enferma te levantarás con más vida, con más futuro.

Yo era débil y enfermiza, y por eso la vida me venció. Pero ahora creo que sería capaz de cualquier cosa por ti, no sé lo que no podría hacer, a quién no sería capaz de vencer, contra quién no podría luchar por darte algo que te hiciera feliz. Quizás también a mí el dolor me ha hecho más fuerte. Y para algo habrá de servir esta fortaleza nueva que siento cuando pienso en ti. No sé dónde estará su destino, porque alguno tendrá, la vida es un camino que sí que va siempre a alguna parte.

Cada día pienso en ti, y ahora que el invierno ruge y yo temo por tu salud, te pido que tengas ánimo, que pienses que el sufrimiento te llevará a un lugar hermoso, te hará más alta, más bella, mejor.

No te olvides nunca de ti misma en el dolor, no cambies, mira hacia delante, y llegarás a ver el Paraíso.

Tu Sol, que te quiere.

Fue un jueves de diciembre por la noche. Un viento cargado de frío rondaba violento por la calle, ahí afuera. Fernando no tomó conscientemente la decisión. Creo que las decisiones más importantes de nuestra vida no las tomamos conscientemente, no tienen nada que ver con la razón. Se levantó del sofá con resolución. Al día siguiente llamaría al trabajo diciendo que estaba enfermo. Preparó una maleta breve y bajó con ella al garaje, debían de ser alrededor de las once. Si conducía toda la noche, llegaría al pueblo de Miranda por la mañana.

No pudo hacer todo el viaje de un tirón, hacía bastante frío y por mucho que tuviera puesta la calefacción del coche a todo meter, una humedad helada se le había instalado en los huesos y no había manera de echarla de allí. Desde

la carretera vislumbró un rótulo de neón en el que se leía: Hotel Última Noche. Decidió parar. No parecía haber nadie allí. Dejó el coche en un aparcamiento de tierra desierto que había detrás del edificio y, aterido de frío, llamó al timbre de la puerta principal. Tardaron en abrir; lo hizo un joven legañoso en pijama que le condujo a una recepción apenas iluminada por lucecitas de Navidad y un belén.

Estaba a menos de doscientos kilómetros de aquel pueblo. Ya en la habitación y en la cama en duermevela, sus recuerdos viajaron a ese otro mes de diciembre en el que había llegado por primera vez a aquel lugar para conocer a los padres de Miranda y decirles que quería casarse con su hija.

Pasó una madrugada febril; no conseguía quitarse el frío de encima, pero también sudaba y tiritaba, sentía que sus pulmones eran dos bolsas llenas de agua, se ahogaba.

A las pocas horas decidió levantarse, desayunó en el bar de aquel hotel un café con leche hirviendo que tenía un sabor asqueroso y se echó de nuevo a la carretera.

El pueblo estaba tal y como lo recordaba, blanco, silencioso, quieto. Dejó aparcado el coche en una plaza y se internó en el laberinto de callejas empinadas y estrechas que conducían a la casa de los padres de Miranda. No había avisado de que llegaba, pero bueno, pensó, tampoco tienen que hacerme ninguna fiesta, y tampoco sabía si había ido hasta allí para verlos. ¿Para qué coño había ido hasta allí? No lo sabía.

Conforme subía aquellas cuestas los recuerdos de Miranda acudían para acompañarle, se hacían casi reales, su mirada humilde, su ternura, su deseo limpio, su tristeza. ¿Qué coño había pasado allí antes de nuestro matrimonio? ¿Qué cojones se me había ocultado?, se preguntaba Fernando al tiempo que iba perdiendo el aliento.

Llegó a la puerta del edificio y, al abrirla, se le echó encima la imagen de Miranda con él aquellas Navidades, el portal oscuro, ten cuidado no tropieces, notar sus nervios, le llevaba a casa, a su casa, le iba a presentar a sus padres. Y mientras subía aquellas escaleras fue consciente de que había perdido una oportunidad, la última de su vida, supo que aquella era la mano tendida que nunca mereció, pero que se le ofreció un día. ¿Por qué siempre llegamos tarde; por qué los hombres siempre llegamos tarde?

Era temprano, se dio cuenta al ir a llamar a la puerta, no eran ni las nueve y media. Son madrugadores, se dijo, su padre ya se habrá ido al monte a pasear con la escopeta, pero su madre estará en casa seguro. Y al ir a llamar a la puerta sintió que no quería hablar con ella, sino con el padre, sí, con el padre. Estaría en el monte; paseaba solo y de madrugada hasta eso de las diez u once que regresaba a casa. Estaría en el monte y quizás podría encontrarlo allí.

Bajó las escaleras y caminó hasta el coche. Su suegro le había llevado un par de veces con él. Recordaba dónde arrancaba la pista por la que habían llegado hasta una zona boscosa que a él le gustaba para caminar. Al cabo de

unos pocos kilómetros de baches y piedras divisó el coche del viejo aparcado al borde del camino. No estaría muy lejos.

Hacía mucho frío y el aire le cortaba la cara. Echó de menos una bufanda, unos guantes, unas botas adecuadas para andar por allí. Sus zapatos de suela de cuero eran demasiado sensibles a las piedras del suelo y a los charcos. Estaba mareado y tenía una enorme sensación de irrealidad, como si todo fuera un sueño. Anduvo por el bosque con los brazos cruzados, abrazándose a sí mismo para intentar procurarse calor; el frío se le colaba por todos los orificios de la ropa hasta llegar al tuétano de los huesos, y todo su interior, sobre todo su pecho, se iba llenando de agua, como una bolsa de plástico cada vez más pesada, más hinchada.

No sé el tiempo que anduvo por entre los árboles, procurando avanzar en línea recta, buscando un claro al que sabía que iba siempre el padre de Miranda. Creyó encontrar una pequeña senda que recordaba haber seguido con él; apartando zarzas y ramas, caminó por ella un rato, y sí, llegó hasta el claro. Fue como un amanecer, hasta había más luz allí, todo difuso, como si las cosas no fueran de verdad. Y allí estaba el viejo, sentado sobre una roca al lado de una pequeña fogata, con la escopeta apoyada en un árbol. Fernando avanzó hacia él. Cuando el anciano le vio, no pareció sorprenderse, le esperó sentado hasta que estuvo cerca y en ese momento se levantó deprisa, como para darle un abrazo.

Lo siguiente que aparece en la vida de Fernando es una habitación blanca, sábanas blancas, una pequeña televisión negra colgada en lo alto de la pared de enfrente de la cama, varios goteros a su izquierda, y una enorme sensación de cansancio.

Poco a poco fue sabiendo lo que había sido de él. Se había desmayado en el bosque y su suegro le había arrastrado hasta el coche y llevado a un hospital. Llevaba durmiendo más de veinticuatro horas, a causa también de la mucha medicación que le habían dosificado a través de las venas.

Estaba grave, al parecer tenía una neumonía, y no podría regresar a casa hasta transcurrida, al menos, una semana.

Cada cierto tiempo entraba en su habitación una enfermera para cambiarle los goteros, para darle medicinas, para traerle la comida. No le visitó un médico hasta media tarde. Llegó acompañado de otra doctora. Le sorprendió que no fuese un neumólogo, sino un hepatólogo. Le preguntó si sabía lo que padecía. Me han dicho que tengo una neumonía, contestó. Sí, efectivamente, tiene una neumonía, pero los análisis que le hemos practicado nos han advertido de otra enfermedad anterior que también padece; y guardó unos segundos de silencio, supongo que para advertir si Fernando sabía o no aquello que venía a comunicarle.

—Usted está afectado desde hace tiempo por VHC —le comunicó, y al ver la cara inexpresiva de Fernando concretó más explícitamente lo que quería decirle—; usted padece una hepatitis C en un estado crónico muy avanzado.

Después de oír algo así la vida cambia por completo, nada es ya lo

mismo.

Somos los hombres seres débiles, transitorios. Como decía Rilke, «vivimos siempre en despedida». Pero no sabemos cuándo tendrá lugar el último adiós y sobre esa incertidumbre construimos una vida plena de afanes y proyectos inútiles, porque ignoramos el último adiós, lo apartamos de nosotros, decidimos no verlo. Pero eso ya no es posible cuando oímos una frase como aquella, *usted padece una hepatitis C en un estado crónico muy avanzado.* Al escuchar esa frase todos los afanes se desvanecen y lo que aflora, como esa verdad que queda en pie tras el derrumbe, son algunos recuerdos; pocos, pequeños, esenciales. Queda en pie solo esa verdad que se pudo tocar un día, que se contempló apenas un instante. Eso que se tuvo tan cerca y que no se comprendió, no se valoró, no se abrazó ni se quiso, habiendo podido tenerse. Y es que los hombres siempre llegamos tarde.

Lo que queda cuando llega el final no son más que unos pocos recuerdos de algo que se perdió y que continúa milagrosamente vivo en un claro del bosque de la memoria. Y, alrededor, árboles quemados, casas derruidas, animales muertos tendidos sobre la tierra.

Fernando recordó la mirada de sus padres la mañana de un día de Reyes. Además de sus juguetes, los Reyes habían dejado para su padre un llavero con una moneda de plata antigua engarzada. Cuando su padre la vio, miró a su esposa a los ojos y le dijo muchas cosas con aquella mirada. Y ella sonrió orgullosa y feliz.

Muchos años después le pidió a su padre el llavero. Le gustaba mucho. Él se lo regaló, y Fernando no tardó en perderlo una noche en algún bar, o sabe Dios dónde.

Recordó también la voz de Miranda al teléfono, cuando él le contaba que había encontrado un piso precioso para vivir juntos. Ella escuchaba en silencio las descripciones del salón, el dormitorio, el despacho, los dos cuartos de baño, la pequeña terraza, la de cosas que podremos hacer allí, porque es un piso muy céntrico, y como Miranda no hablaba, le preguntó qué le parecía todo aquello. Y le dijo que le parecía todo muy bien. Siempre le parecía todo muy bien. Allí estará nuestra vida, le dijo. Tenía una voz muy bonita, hablaba poco, sabía escuchar. *Allí estará nuestra vida.* Fernando nunca olvidaría aquella frase al teléfono, suave, ilusionada.

Recordó también la luz amarilla de la cocina las tardes de invierno, y Miranda escribiendo allí sus cartas, con las magdalenas en el horno y sus guisos haciéndose poco a poco. Si Fernando se acercaba por allí, ella levantaba la vista de sus papeles y le sonreía, ¿quieres que te prepare un café de hablar?, decía, y le preparaba un café con leche condensada y se sentaba a su lado para que le contara cosas, cualquier cosa, ella siempre estaba dispuesta a escuchar.

Congelaba sus guisos cuidadosamente empaquetados en raciones para dos personas, de manera que si él iba a casa al mediodía siempre tenía una buena comida que ofrecerle.

Cuando murió, Miranda dejó en los cajones del congelador multitud de pequeñas cajitas de plástico con comida congelada. Dos raciones de rape con almejas, dos raciones de pollo rustido, dos raciones de filetes de cinta de lomo a la naranja, dos raciones de espalda de ternera mechada con jamón, dos raciones de albóndigas en salsa de setas. Cada uno de aquellos guisos era una tarde en la cocina, una carta a su hija, una espera en vano.

Pero Fernando casi nunca iba a comer a casa, prefería hacer una comida de trabajo en cualquier parte, o llevar al restaurante de su hotel preferido a la chica que estuviera cortejando por entonces. Y cada vez fue regresando más tarde del trabajo, casi al anochecer, y dejó de haber cafés de hablar, y se terminaron las tardes amarillas en la cocina.

Y en aquel hospital perdido de Extremadura donde Fernando supo que no tardaría mucho en morir, la oscuridad de su tragedia se iluminó por la luz amarilla de aquella cocina a la que no fue tantas tardes de invierno, y Miranda escribiendo en la pequeña mesa de madera, y su sonrisa cuando él pasaba por allí. ¿Quieres que te prepare un café de hablar?

Aquellos recuerdos le hicieron llorar muchas veces en aquella habitación de hospital. Las enfermeras pensaban que lloraba porque se iba a morir, pero lo que le hacía llorar no era tanto su final como la plena conciencia de todo lo que había perdido hacía ya mucho tiempo, de todo aquello que no podría recuperar aunque viviera cien años.

La muerte no le iba a arrebatar nada que aún conservase. Y eso creo que nos pasa a todos. En el fondo, la muerte no nos quita nada, al contrario, nos da ocasión de recordar y valorar todo aquello que ya hemos perdido.

Una tarde de aquellas entró en la habitación el padre de Miranda. Supongo que te debo la vida, le dijo Fernando con una sonrisa. El viejo venía serio, como siempre, y solo. No le he dicho a Paqui que estás aquí. Ni falta que hace, contestó Fernando, así no la obligamos a venir a ver a un moribundo.

—Has venido para saber, ¿verdad? —y apretó los dientes como disponiéndose a realizar un gran esfuerzo.

—Supongo que sí —contestó Fernando.

—Yo te contaré mi verdad —le dijo. Hablaba de pie, detenido al lado de la cama; había envejecido mucho desde la última vez que Fernando lo había visto, o quizás es que nunca como ahora se fijaba en su rostro labrado, sus ojos heridos, su pelo blanco y ralo. Se quitó la boina, pero no la pelliza, y le habló de pie, no quiso sentarse.

—No supe defenderla, y no me refiero a defenderla frente al malnacido que abusó de ella, sino a defenderla después. No supe protegerla. En la desesperación por lo ocurrido se confió mucho a su madre, a mí no vino, y cuando supo que estaba embarazada comenzó a volverse loca, no paraba de llorar, y en alguna ocasión en que parecía poseída se golpeaba el vientre. Tuvimos que traerla al hospital, a este mismo hospital. Estuvo internada varios meses. La decisión de tener la niña la tomamos nosotros, ella no estaba

en condiciones de decidir, la tomamos nosotros. Y no fue por la niña de su vientre, sino por ella. Pensamos que si matábamos a su hija no lo podría superar cuando se recuperara, así que decidimos que tuviera la niña. Pero conforme avanzaba el embarazo ella se mostraba más ausente, no hablaba, no comía, pasaba el tiempo en su habitación, sentada frente a la ventana, sumida en sus pensamientos. La psiquiatra que hablaba con ella nos dijo que la mejor solución sería entregar en acogida a la criatura, porque la madre no estaba en condiciones de criarla, y era mejor para ella intentar rehacer su vida sin ese lastre del pasado. Luego ya se verá, nos dijo, porque una niña en acogida es recuperable por su madre. Yo no supe qué decir, y fue entonces cuando debiera haberla defendido. Siempre he confiado en mi hija, y en el fondo sabía que era fuerte y que había de poder con todo, supe que cuando se recuperara no se perdonaría haber renunciado a su hija, pero no fui capaz de imponer mi criterio, y como Paqui pensaba igual que la doctora, acabó haciéndose aquello. No supe defenderla, esa es la realidad, no supe defenderla.

El anciano seguía de pie, al lado de la cama de Fernando; estrechaba entre sus manos la boina y al hablar miraba a la ventana con los ojos perdidos. Fernando sintió pena por aquel hombre que no podía dormir y que caminaba de madrugada los montes de su pueblo cargado con su escopeta, rumiando su fracaso, esperando poder disparar contra aquello que le había partido la vida, matado a su hija, robado el honor, poder disparar contra aquello que le había humillado de semejante manera.

Quiso levantarse de la cama y abrazar a aquel hombre, pero no pudo, estaba agotado, no tenía fuerzas.

3
Un hombre en busca de sentido

La hepatitis de Fernando había generado una cirrosis y un tumor cancerígeno en su hígado. La metástasis, además, había alcanzado el páncreas, lo que hacía muy difícil su recuperación.

El hepatólogo que atendía a Fernando llegaba acompañado siempre de una doctora. En la primera visita ella no dijo nada, se limitó a observar. En la segunda se presentó, era psiquiatra, y se ofreció a charlar con Fernando para ayudarle a superar el trauma que, sin duda, había supuesto conocer la enfermedad que padecía.

Se trataba de una mujer muy delgada, casi huesuda, en cuyo rostro podía percibirse la rigidez de sus planteamientos, la claridad con la que concebía cómo debían hacerse las cosas, su autoritarismo. Era una mujer que podía decirse guapa, pero carente de todo atractivo.

Como dejó de venir acompañando al médico, el día que le dieron el alta Fernando preguntó dónde podía encontrarla. Le concertaron una cita para esa misma tarde.

Ni se levantó cuando Fernando entró en su despacho, le dijo que se sentara sin levantar la vista de unos papeles que leía ayudada por unas gafitas monísimas de esas que van sin montura. Si creía que Fernando acudía a ella buscando consuelo, y es lo que ella creía, su actitud no podía ser más inapropiada, porque lo que traslucía no era otra cosa que cierto desprecio.

Al cabo de dos o tres minutos terminó su lectura, levantó la vista y le preguntó con un tono aséptico, ¿cómo te encuentras?

—¿Podemos tutearnos? —respondió Fernando—. Me encuentro bien, de hecho no estoy aquí para hablarte de mí, sino de Miranda, no sé si la recuerdas. Si eres psiquiatra en este hospital, y según he sabido eres la única que lo viene siendo desde hace diez años, imagino que tuviste que ser tú la doctora que se encargó de su caso. ¿Estoy en lo cierto?

—Mire, perdone, pero no acabo de comprender de qué trata todo esto —dijo ella un tanto indispuesta.

—Veo que ahora pasamos al usted. También me va bien. Voy a recordarle el caso: Miranda Sigüenza, una chica de una localidad cercana que fue violada y se quedó embarazada, ¿recuerda?, usted decidió aconsejar a la familia dar en adopción a la niña.

—Mire —dijo levantándose bruscamente de su silla—, debo pedirle que se vaya, no sé lo que pretende, pero no tengo por qué hablar con usted de ninguno de mis pacientes.

—Soy el marido de Miranda —aclaró Fernando sin levantarse de la silla —, o debería decir que era su marido, porque Miranda se suicidó a comienzos del pasado verano.

La doctora se quedó de pie, en silencio. No pareció sorprenderle la noticia de la muerte de Miranda; su cabeza trabajaba a mil por hora, no sabía qué actitud debía tomar, no estaba segura de lo que debía hacer, ¿echarle de allí? Era el marido de la paciente, ¿sentarse y hablar con él?, se trataba de un enfermo de cáncer avanzado y cualquiera sabía en qué estado nervioso se hallaba.

Se sentó despacio, adoptó una expresión conciliadora, miró a Fernando a los ojos y comenzó a hablar. Mire…, Fernando, mire, vamos a ver, yo le esperaba para intentar ayudarle a sobrellevar una realidad bien difícil que usted debe afrontar a partir de ahora. Lo que me dice, que es usted el marido de Miranda, a la que por supuesto recuerdo, no lo tenía previsto ni sé si procede que ahora abordemos ese tema. Vayamos por partes, si le parece, ¿cómo se encuentra después de saber la enfermedad que padece?

—Me encuentro delante de la muerte, igual que usted, pero con la ventaja, en mi caso, de que tengo una mayor consciencia de ello.

—¿Eso es una ventaja? —preguntó con cierto alivio; sentía que había podido reconducir la situación a su cauce normal.

—Yo creo que sí, me he dado cuenta de que la certidumbre de mi muerte me hace querer vivir de verdad.

—¿Qué significa vivir de verdad?

—Pues eso, vivir sabiendo la verdad. ¿Quién era mi esposa?, ¿quién le hizo daño?, ¿quién soy yo en medio de todo ese dolor?

La doctora se quedó paralizada, de nuevo se volvía a encontrar con un asunto que no deseaba tratar, pero esta vez se había llegado a él por el camino correcto, no podía objetar nada.

—Mire, Fernando, no sé si soy la persona más adecuada para ayudarle en este proyecto que me indica. Yo estoy aquí para que usted logre sobrellevar la angustia, el miedo, la ansiedad, o cualquier otro problema que su situación genere en su salud. Estoy aquí para eso, y solo para eso. Mire, lo primero que debe saber es que el cáncer ya no significa irremediablemente la muerte, se puede tener una vida muy normal durante años si se siguen los cuidados preceptivos.

—No le he pedido nada, ni lo haré, doctora. Si usted quisiera darme alguna información que pudiera ayudarme, se lo agradeceré. Eso es todo. —Y

dijo eso tomando su pequeño maletín del suelo, en un gesto que indicaba claramente que pensaba marcharse, un gesto que debía generar liberación en aquella mujer, era como si le dijera: *no te preocupes, que ya me voy, que ya me voy.*

—Tengo poco que decirle. Ella nunca quiso interponer una denuncia. A pesar de ello, yo puse en conocimiento de la policía lo que me parecía que había sido un delito. No le cuento nada confidencial, incluso se iniciaron actuaciones judiciales. Él dio su versión de los hechos y ella no es que no quisiera acusarlo, es que ni se defendió de las insidias que él anduvo difundiendo. Si acude al juzgado, imagino que podrá consultar el expediente. No llegó a haber ni juicio, el juez archivó la causa.

»En cuanto a la niña —continuó—, la confiamos al Departamento de Asistencia Social de la Junta. Es lo que se hace en estos casos. Fue allí donde se tramitó el expediente de acogida. No tengo información alguna que proporcionarle.

Fernando se levantó de la silla, mirando a aquella mujer casi con asombro, y es que no parecía tener nada que reprocharse, no se planteaba ninguna duda acerca de su comportamiento. Le dijo adiós con un gesto y salió de allí. Al entornar la puerta vio un segundo su silueta de pie tras la mesa.

Esa noche se alojó en una pensión barata. Al día siguiente acudió al juzgado de primera instancia de la localidad. Habló con el secretario, le dijo que estaba haciendo un trabajo estadístico sobre las denuncias de violación que terminan en absolución o archivo. No le puso dificultad alguna para mirar los expedientes.

—Ya sabes que no podrás publicar nada con los nombres reales de las partes, ¿verdad?

—Sí, sí, claro, no te preocupes, los casos concretos no me interesan, se trata de una mera cuestión estadística, pero debo clasificar cada caso en su correspondiente categoría, por eso quiero consultar los expedientes.

Fue fácil encontrar el sumario de Miranda. Un legajo delgado amontonado junto a otros miles en unas estanterías metálicas de unos sótanos llenos de humedad.

Se sentó con el legajo en una pequeña mesa que había contra una pared, encendió el flexo metálico abollado que se encontraba sobre ella y comenzó a pasar las páginas.

El Juzgado inició las correspondientes diligencias informativas a raíz de la denuncia presentada por el Departamento de Psiquiatría del Hospital Santa Catalina. Según el dictamen médico, la víctima se encontraba en un estado de conmoción emocional y apenas respondía a los estímulos.

* * *

Se toma declaración al Sr. José Manuel Ramírez, que la presta en presencia de su letrado. Reconoce que él y la Sra. Miranda Sigüenza habían mantenido una relación durante un tiempo. Afirma que la Sra. Miranda Sigüenza estaba obsesionada con casarse. Él, sin embargo, tenía muchas dudas. Agobiado por las constantes presiones de ella para contraer matrimonio había decidido terminar con la relación. Sin embargo, ella se negaba a aceptar la ruptura. Desde entonces, él la notaba muy trastornada. Afirma haber mantenido relaciones sexuales con la Sra. Miranda Sigüenza en el pasado, pero siempre de mutuo acuerdo. Niega rotundamente haber forzado a la Sra. Miranda Sigüenza a mantener relaciones sexuales con él contra su voluntad.

* * *

Dado que los presuntos hechos delictivos habrían ocurrido meses atrás, el examen ginecológico practicado a la Sra. Miranda Sigüenza no puede servir de base para probar el uso de la fuerza durante unas relaciones sexuales no consentidas.

* * *

Se toma declaración a la Sra. Miranda Sigüenza. Reconoce haber sido pareja del Sr. José Manuel Ramírez. La Sra. Miranda Sigüenza no puede parar de llorar. La Declaración se hace inviable. Tiene que ser atendida por la enfermera que se ha desplazado con ella desde el Hospital Santa Catalina.

* * *

Informe del Departamento de Psiquiatría del Hospital Santa Catalina. La Sra. Miranda Sigüenza sufre un Trastorno por Estrés Postraumático. Se encuentra en estado de gestación de dos meses y medio. En su domicilio llevó a cabo un intento de suicidio por ingesta de una gran cantidad de calmantes, lo que hizo recomendable su hospitalización en la planta de psiquiatría del Hospital Santa Catalina. La ingesta de medicamentos ha podido afectar a la salud del feto. El estado de embarazo de la paciente hace incompatible la administración de calmantes o sedación severa, que sería recomendable en otro caso. Se ha procedido a la inmovilización de la paciente para evitar posibles autolesiones.

* * *

Al no existir indicios que permitan imputar al Sr. José Manuel Ramírez por el delito de violación, el Juez decide archivar la causa.

* * *

Podría decirse que todo el mundo sabe que ha de morir, pero eso no es cierto en absoluto. La gente se siente inmortal, y ello se debe a que nadie tiene una consciencia real de la muerte. Wittgenstein lo afirmó tajantemente: «La muerte no es un acontecimiento de la vida. La muerte no puede ser vivida». Por ello, se dilapida el tiempo, como si fuéramos millonarios en años, cuando la verdad es que tenemos una paga bien pobre de meses y días.

Al salir de aquel hospital, Fernando alcanzó a intuir algo que hasta entonces había ignorado acerca de sí mismo: supo que había de morir. Y no fue consciente solo de su muerte, sino también de la muerte de Miranda. Vio la desnudez de su rostro; aunque ya era demasiado tarde, tan tarde que no pudo cumplir con la responsabilidad que sentimos cuando vemos a ese Otro que llega a nosotros. Y esa muerte dejó en él la consciencia culpable de su vida. Una culpabilidad de superviviente.

Lévinas impartió en la Sorbona unos cursos memorables sobre estas cuestiones. En castellano existe una edición de Cátedra publicada en Madrid en 1994 con el título *Dios, la muerte y el tiempo.*

Regresó en coche, lo hizo sin prisa, iba parando en distintos pueblecitos de modo que le costó varios días llegar a casa. Todos los pueblos de España tienen una plaza con un par de bares y las inevitables sillas metálicas plateadas plantadas en la acera. La gente mira al forastero de soslayo mal disimulado intentando averiguar qué hará el desconocido allí.

Fernando se detenía en cada uno de aquellos pueblos y pasaba la tarde sentado durante horas en la plaza, aprovechando el calor de un rayo de sol invernal, o paseando por las callejas del lugar.

Si se quedaba a dormir en una pensión, la encargada no tenía la menor contención: ¿qué le trae por aquí? ¿A qué se dedica? ¿Se quedará muchos días? Alguna vez pensó en decir la verdad: mire, no sé a dónde voy, en principio regreso a la ciudad, pero no tengo mucha prisa porque acabo de saber que he de morir. También he sabido que mi esposa, a quien nunca quise en vida, era una mujer maravillosa a la que hicieron mucho daño, y yo no estuve ahí, no la defendí, no la protegí.

Yo sigo vivo, durante poco tiempo por lo visto, pero sigo vivo. Y soy un superviviente porque estoy vivo injustamente, vivo porque otros mejores han muerto en mi lugar, otros más generosos, de mirada más limpia, de nobleza más alta. Porque esos han muerto y siguen muriendo, yo sigo vivo, sobre sus

escombros, sobre su olvido. Me gustaría cambiar eso en el poco tiempo que me queda de vida, por eso regreso despacio, porque no sé cuál es mi lugar en el mundo. Por eso estoy aquí en su pensión, porque no tengo prisa, porque tengo poco tiempo y, por primera vez en mi vida, quiero aprovecharlo.

—Estoy de viaje por trabajo, solo me quedaré esta noche. La habitación está muy bien, gracias. ¿Dónde puedo ir a cenar por aquí cerca?

Para variar, su hermana se había ocupado de todo. Le había gestionado una baja por enfermedad y había tratado, incluso, de ir a buscarlo. Fernando le dijo que no y, por primera vez en mucho tiempo, le dio las gracias; y por primera vez desde que recordaba le dijo que la quería.

La supervivencia se sostiene sobre el olvido. ¿Cómo soportar, si no, el recuerdo de las propias miserias? Y la mirada de ese al que le negamos la mano porque no estábamos. Y mejor no recordar dónde estábamos.

Por eso la supervivencia es culpable. Porque se sostiene sobre el olvido o, lo que es lo mismo, sobre la mentira. En griego, verdad se dice *alezeia*. Lo significativo es que su antónimo, lo contrario de *verdad,* en griego, no es la palabra mentira: lo contrario de verdad en griego es olvido (*leze*).

Pero Fernando no tenía tiempo para olvidar y vivir de mentira, ni quería hacerlo. Sentía la angustia enorme de los recuerdos, pero renunció a olvidarlos, resolvió llevarlos consigo lo que le quedara de vida. Él no lo sabía, pero a partir de aquel momento llegó a ser un héroe.

Jorge Semprún decidió todo lo contrario. Lo cuenta en *La escritura o la vida.* Pero era joven cuando optó por el olvido, y cuando se es joven uno no tiene conciencia de la muerte. Él pudo optar por la vida (por el olvido), porque no tenía ni veinte años. Porque se sentía inmortal. Pero Fernando sabía que había de morir. Y por eso no escogió la vida, sino la escritura; por eso no optó por el olvido, sino que se embarcó en la lucha titánica de los hombres por honrar su memoria. Semprún también lo haría, por supuesto, pero habrían de pasar veinte años. También para él la vida verdadera (la de la escritura), comenzaría a partir de los cuarenta.

Durante aquellos lentos días del regreso comenzaron a llegar a su memoria muchos recuerdos, todos cargados de angustia. La angustia que acompaña a los traidores. Recordaba la mirada de Miranda aquellas tardes amarillas en la cocina, siempre sola escribiendo sus cartas.

Hubiera sido fácil tomar el camino del olvido. Una voz se lo sugería. ¿De qué te sirve recordar? ¿Para qué te torturas? Ya no puedes hacer nada. Pasa página. Y no te digo que sigas por el mismo camino de antaño, no, por supuesto que no, cambia de vida, eso sí. Has aprendido una gran lección, pero no te puedes quedar atrapado ni en el recuerdo ni en el dolor, porque eso no conduce a ninguna parte. Reemprende tu vida. Olvida. Olvida.

No prestó oídos a aquella voz. Todo lo contrario. Juró llevar sus recuerdos encima, caminar con su peso hasta reventar, sangrar por la boca, romperse las rodillas en cada caída. Le prometió que lo haría. A Miranda. Que no la olvidaría, que la honraría, sí, que la honraría. Y un día de aquellos se

sorprendió diciéndole: entregaré las cartas a tu hija. Un día podrá leerlas. Confía en mí. No te fallaré.

Supo también que quería encontrar a la persona que le había hecho eso a Miranda. No sabía para qué ni lo que haría con él cuando lo hallase, pero decidió que lo encontraría, y que a partir de entonces se dedicaría a investigar, a averiguar. No sabía para qué, pero lo haría.

Y dándole vueltas a cómo organizarse recordó algo que, pensó, podría ayudarle. Se trataba de aquel viejo comisario que había ido a casa el día del suicidio de Miranda. Por algún motivo indefinido aquel hombre le inspiraba confianza. Tras la declaración que le tomaron en comisaría había acudido a saludar a Fernando. Recordó entonces su mirada. *Estoy a su disposición para cualquier cosa que pudiera necesitar.* No podía asegurar que hubiera pronunciado efectivamente aquella frase, pero sí que el ofrecimiento estaba en sus ojos. Me lo dijo, pensó Fernando, estaba seguro de ello. Podía confiar en él.

4
Fernando, investigador privado

El comisario Alfonso recordaba muy bien a Fernando.

Aquel era su último verano en activo. Por aquella época su vida personal estaba vacía, y la jubilación, que se le venía encima, le atemorizaba enormemente.

Vivía de alquiler en un pequeño apartamento en cuya cocina se amontonaban los platos y los vasos sin fregar, en cuyos destartalados muebles anidaban espesos sedimentos de polvo, y por cuyo dormitorio no había pasado mujer que no fuese prostituta desde hacía quince años, el tiempo transcurrido desde que su esposa le dejase, harta de su egoísmo.

Llegó al piso de Fernando aquella triste mañana de verano, junto con un médico forense y otro compañero del cuerpo; sobre la cama del dormitorio había una mujer sin vida. Fue allí donde vio por primera vez a Fernando, a aquel hombre pretendidamente altanero que intentaba sobreponerse a su situación sin conseguirlo, a aquel hombre de grandes ojos desconcertados y desvalidos que le inspiró un casi olvidado sentimiento de ternura.

Fue su compañero y discípulo Peláez quien, días después, lo interrogó en la comisaría para tratar las posibles razones de la triste decisión que había tomado Miranda. Como los despachos de la comisaría tienen grandes ventanales, Alfonso pudo observar la conversación que mantuvo Fernando con Peláez, ver la conversación sin escucharla, contemplar sus ademanes desorientados, sus enormes ojos abiertos, y esa sorpresa desamparada que seguía sin abandonarle el gesto.

Por primera vez en su vida Fernando estaba solo; Alfonso lo supo porque él llevaba así ya mucho tiempo. En ese momento ninguno de los dos lo sabía, pero la soledad es el principio del camino.

Alfonso esperó a que Fernando saliera del despacho de Peláez y le abordó para darle la mano y para decirle que sentía mucho lo que le había pasado. Y le ofreció su ayuda, *en cualquier cosa que puedas necesitar*, le dijo, y sus miradas se cruzaron, se vieron el uno al otro.

Al cabo de unos meses, cuando Fernando fue a visitar a Alfonso, este no se sorprendió. Supongo que cuando se llevan cuarenta años de servicio muy pocas cosas sorprenden. En todo caso, si bien no le sorprendió su visita, sí que lo hizo el volver a ver la expresión de su cara, porque su mirada había cambiado, ya no anidaba allí el desconcierto, sino una tristeza rocosa que con el tiempo se iría haciendo más honda. Al final era como si Fernando estuviera siempre lejos. Pero eso sería al final.

Fernando le dijo que necesitaba saber. «Simplemente eso». Había hecho las primeras averiguaciones, pero para poder llegar más lejos necesitaba su ayuda. Suponía que debían de existir procedimientos sofisticados para obtener información y que un profesional como Alfonso podría instruirle en ellos.

«Me tiene a su disposición», le dijo el comisario. Era miércoles. Alfonso lo recuerda perfectamente porque aquella semana contaba los días con angustia, era su última semana en activo. No se atrevió a decirle que se jubilaba por si aquella circunstancia hubiera podido afectar a la necesidad que Fernando tenía de él. En el fondo, el comisario Alfonso sentía que aquel caso podía salvarle la vida.

—Localizar a la hija de Miranda será complicado, pero hay un camino legal para hacerlo y te recomiendo que lo sigas —le explicó—. Si falla ese procedimiento, ya veremos qué podemos hacer. Respecto a encontrar a ese hombre, la situación es justo la contraria. Será muy fácil, dado que tenemos hasta su DNI, que has copiado de los archivos judiciales. El problema es que no podremos hacer nada contra él. Ha pasado demasiado tiempo. ¿Para qué quieres localizarlo? —le inquirió mirándole fijamente a los ojos.

—No lo sé —contestó sinceramente Fernando—, siento una enorme necesidad de venganza, no voy a ocultarlo, pero no pretendo atentar contra él ni nada parecido, solo sé que tengo que encontrarlo y saber de él, saber.

—Hoy en día es muy fácil espiar a alguien —le explicó Alfonso—. Y cuando empleo la palabra «espiar» no estoy pensando en andar por la calle detrás de un tipo guardando una distancia prudencial para que no se dé cuenta. Estoy hablando de enterarnos de con quién va, qué hace y lo que dice, y eso las veinticuatro horas del día. Solo se precisa tiempo y saber un poco de informática, o contar con alguien que pueda hacernos el trabajo técnico.

Dieron con él con cierta facilidad, de eso se encargó el comisario Alfonso. La sorpresa fue que se había mudado hacía algunos años a su ciudad. O sea, que lo tenían bien cerca.

El procedimiento en estos casos es bien sencillo, sobre todo si se prescinde, como así hicieron, de la preceptiva autorización judicial. Se busca en las páginas blancas el teléfono del sujeto en cuestión, lo que teniendo su nombre, apellidos y domicilio no requirió demasiados esfuerzos. Una vez averiguado eso, se le llama.

—Buenos días, ¿podría hablar con José Manuel Ramírez, por favor?

—Sí, soy yo.

—Mire, le llamo de la compañía Apple. Estamos haciendo una

promoción de nuestros terminales entre clientes de diversas compañías telefónicas con la intención de dar a conocer nuestros productos.

—Me parece muy bien, pero estoy muy ocupado ahora y no tengo tiempo para…

—Solo quisiera saber si aceptaría utilizar, sin coste alguno, nuestro último modelo de iPhone. En ese caso se lo enviaríamos a casa. Al cabo de seis meses, y, si usted no tuviera inconveniente, le llamaríamos para hacerle algunas preguntas acerca del funcionamiento de nuestro terminal.

—Si de verdad se trata de un regalo, me parece muy bien, pero que quede claro que no pienso ni cambiar de compañía ni abonar un céntimo por el teléfono que me envíen.

—Por supuesto, señor. Simplemente necesitaremos saber cuál es su compañía telefónica y su número de teléfono móvil para poder llamarle y hacerle la encuesta de la que antes le he hablado. ¡Ah! Una última cosa, ¿qué día y hora le parece que vayamos a su domicilio para entregarle el teléfono?

—Si es esta semana, cualquier día a estas horas. Soy abonado de Movistar, y mi número es el 609309606.

Al día siguiente, Fernando fue a la tienda de Movistar más cercana al domicilio de José Manuel Ramírez y, presentándose con aquel nombre, solicitó una tarjeta sim dual (una tarjeta de móvil que puede incorporar dos números de teléfono). El primero de ellos sería el que ya tenía contratado (número que recordó amablemente a la jovencita que le atendía). El segundo número sería el nuevo que pretendía contratar en ese momento.

—Lo que pasa es que tendrá que abonar tarifa también por ese nuevo número, señor Ramírez —le explicó la jovencita de la tienda.

—Claro, claro, ya lo suponía, no hay ningún problema. En todo caso, querría darte otra cuenta corriente para que pases por ahí este nuevo contrato. ¿Es posible? Vaya, he olvidado el DNI, ¿es necesario que lo traiga o te sirve la fotocopia que tenéis aquí, creo recordar que hice en esta tienda el contrato de mi número actual. Te recuerdo el número: 25156778G.

A los tres días, Fernando tenía en su poder una tarjeta sim con el teléfono de José Manuel Ramírez y otro distinto. Mientras esta tarjeta no se activara, la antigua seguiría funcionando, de modo que él no se enteraría de nada.

Siguiendo el criterio del comisario Alfonso, Fernando acudió al domicilio de José Manuel Ramírez ataviado como un operario de Movistar disciplinado y eficaz. En su opinión, no se requería para ello ni traje ni corbata, se debía cubrir este expediente llevando unos sencillos pantalones vaqueros, una camisa de color azul de tela gruesa y una chaqueta sencilla y un pelín raída adornada con el anagrama de la empresa en el bolsillo del pecho. Este atuendo y una actitud educada generan confianza inconsciente, le explicó a Fernando. Lo normal es que te hagan pasar al salón para que les muestres el teléfono móvil de regalo.

Y de esta guisa se presentó Fernando en aquella casa.

—La mejor promoción es el boca a boca —le explicaba Fernando a

aquel hombre en la puerta de su domicilio—, con este procedimiento tenemos un grupo de buenos clientes de las mejores compañías de telefonía que utilizan los últimos modelos de nuestros terminales.

—Vaya, es la primera vez que me regalan algo, me siento extraño —bromeó él.

—Ja, ja, sí, es lo que dicen todos. Para mí también es un buen trabajo este, me siento como un rey mago. Solo tiene que encenderlo, mire, se hace así. Ok, ahora teclee este *password.* Si quiere, puede cambiarlo por el mismo que haya utilizado hasta ahora. La tarjeta sim de su anterior terminal se desactivará cuando active esta por primera vez. Si quiere le instalo sus cuentas de correo electrónico en el teléfono, ¿le parece que unifiquemos los contactos de todas ellas? Así el teléfono será mucho más operativo. Muy bien, vamos a ello.

A partir de aquel momento Fernando iba a poder estar presente en cada uno de los minutos de la vida de José Manuel Ramírez.

El segundo número que portaba su nueva tarjeta sim sería el camino secreto para llegar a él siempre que Fernando quisiera. Se acababa de convertir en su sombra. Entrando en el iPhone a través del segundo número que había contratado con Movistar, el teléfono estaba configurado en modo «manos libres» y quedaba además activado el espacio *wi-fi*, de forma que con un ordenador portátil se podía captar la señal y escuchar hablar a aquel hombre en directo (siempre que tuviese el móvil cerca), así como leer su correo electrónico.

—Acojona lo fácil que es hoy en día pegarse al culo de alguien, ¿verdad? —le dijo el comisario Alfonso dándole una palmadita en la espalda.

A Fernando le impresionó mucho ver de cerca a aquel hombre. Pensar que Miranda había estado enamorada de él le hacía sentir que debía tener algo bueno, o mucho bueno.

La casa era oscura o, mejor dicho, le pareció que aquella familia vivía en un ambiente de penumbra y luz artificial. Las persianas muy bajas y las cortinas corridas no dejaban pasar sino una tenue luz del día, de forma que tenían varias lámparas encendidas a una hora muy temprana de la tarde. Había cuadros grandes y pretenciosos por doquier, y los muebles ofrecían un aspecto de solidez enorme con sus maderas cobrizas brillantes de barniz. Tenían ese tipo de muebles que no sirven para nada pero que son preciosos: bargueños, costureros, repisas ancladas en la pared.

José Manuel Ramírez recibió a Fernando vestido con traje, pero sin la americana y con la corbata aflojada. La camisa remangada permitía ver el lujoso *rolex* de su muñeca. Tendría unos cuarenta años, era muy moreno, delgado, de rostro afilado y con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Sus ojos eran tan negros como su pelo, y brillaban tanto como su cabello aceitado. Tenía la tez morena. Era un hombre atractivo, pero no era la persona que Fernando hubiera asociado nunca a Miranda. Porque Fernando no tenía ese aspecto, al menos eso creía él; verse en aquel espejo le hizo dudar de sí

mismo. Miranda había querido a ese hombre. Quizás era a él a quien había querido, pensó Fernando, y yo solo había constituido un refugio, un amparo, una huida.

Le gustó el teléfono. El suyo tampoco estaba mal, la verdad, pero Fernando le llevaba el último modelo de iPhone, no había color. Estaban copiando los contactos en el nuevo terminal cuando entró su esposa en el salón. Aparentaba ser mayor que él, pero sin duda era debido a su tipo de vida, no a que efectivamente tuviese más años. Tenía el rostro bondadoso y cierto exceso de peso; llevaba un vestido amplio de andar por casa, de color azul, y unas zapatillas marrones a cuadros. Fernando se la imaginó dedicada a los hijos, a la casa y al marido. Se puso en pie para saludarla, pero, al hacerlo, se dio cuenta de que se comportaba como un invitado, no como un comercial de empresa.

—No se levante, por favor, siga con lo que están haciendo, no les interrumpo más que un momento. Voy a darles la cena a los niños —le dijo a su marido con una tímida sonrisa—, ¿qué quieres que te prepare a ti?

—Nada, nada, no te preocupes, no estoy seguro de cenar en casa esta noche.

Le cambió la cara, fue como si la hubieran golpeado, hasta bajó los ojos, pero no dijo nada. Se repuso en un instante y se despidió muy amablemente.

—¿Querría tomar algo, una cerveza, unas patatas fritas?

—No, no, muchas gracias, de verdad —dijo Fernando volviendo a levantarse del sofá—. Muchas gracias.

—Bueno, a ver si esta mierda funciona como Dios manda —dijo José Manuel Ramírez al despedirse de Fernando en la puerta de casa—, si no me gusta, pondré de nuevo la tarjeta en mi teléfono, ya te lo digo, que quede claro, no quiero líos.

—No habrá ningún lío; esto es un favor que usted le hace a Apple, y no está obligado a nada, por supuesto. Buenas noches y hasta pronto, en seis meses le enviaremos el cuestionario.

Bajaba en el ascensor y sentía que nunca había conocido a Miranda, que nunca la había tenido, que nunca había sido el protagonista de su vida.

¿Me parezco yo a este hombre?, se preguntaba. Probablemente sí, probablemente sí. Lo cierto es que aquella mujer, su esposa, sí podría haber sido Miranda. ¿La hubiera llevado yo a esa situación? Probablemente sí, probablemente sí.

Entró en un bar. Pidió una caña y preguntó por el baño. Una vez allí, cerrada la puerta con un pestillo mal sujeto con un tornillo medio suelto, se plantó frente al espejo del lavabo, donde podía leerse escrito con un pintalabios rojo: *Si te quieres follar a la más puta de la ciudad llámala al 644589760.*

Se contempló en aquel espejo. Él también era moreno, y también tenía los ojos negros. El trabajo le había hecho llevar traje durante años. Pero se resistía a pensar que su aspecto fuera similar al de la persona que acababa de

conocer. ¿Era ese el tipo de hombre que atraía a Miranda? ¿Así era él? No. Más bien yo fui un refugio, pensó, el pobre hombre con el que Miranda intentó olvidar para vivir.

Y en aquel cuartucho de baño fue capaz de aceptar eso, y también que la esperanza de Miranda hubiera podido realizarse si él hubiera estado ahí, a su lado; si él la hubiera mirado, se hubiera compadecido y la hubiera acompañado. Pero no estuve, dijo en voz alta, nunca estuve a su lado.

TERCERA PARTE

JOSÉ

1
Hurgando en la vida de los otros

Según pudo comprobar Fernando a lo largo de su improvisado trabajo como detective privado, José Manuel Ramírez dedicaba una enorme cantidad de tiempo y energía a conquistar y seducir mujeres. Sin duda, el ambiente en el que mejor se desenvolvía era el de las dependientas de boutiques.

Al escuchar sus conversaciones con esas jovencitas no podía evitar ver sus ojos negros y brillantes como misterios, la soltura de sus movimientos, esos magníficos trajes que siempre llevaba. Tenía cierto poder en el pequeño mundo de la moda de provincias y sabía administrar sin piedad las ilusiones de aquellas chicas.

A su mujer la trataba con una diabólica mezcla de cariño y tiranía, de modo que la hundía y la sacaba de su profunda desesperanza una y otra vez, una y otra vez.

Si salía por la noche era por culpa de su esposa. La discusión vendría provocada por cualquier cosa, eso era lo de menos. Hubo una ocasión en la que, diciendo sentirse agotado, se hartó de esperar una cena que nunca llegaba. Compréndeme, le decía ella, es que todavía estoy con los niños, no grites, por favor, por favor, por favor, no quiero que te vean así los niños, enseguida estoy contigo, por favor, por favor, te lo suplico.

Unos atronadores segundos de silencio precedían a que su voz se oyera mucho más calmada, casi cariñosa. Miraba a su alrededor y veía una cocina desordenada y sucia. Los niños deberían estar acostados hace rato. ¿Quieres que Lourdes venga más horas a ayudarte con la casa? Tengo mucha presión, perdona por haberte gritado, prefiero irme a cenar por ahí y despejarme. No volveré tarde.

Aquella noche él ya tenía concertada una cita con una chica a la que estaba dedicando bastante tiempo desde hacía meses. Le había prometido ponerla de encargada en una de las tiendas, pero en Madrid, aquí es más difícil porque es todo más tradicional, le había dicho, y no aceptarían una chica tan joven al mando. La tienda te dejará tiempo para hacer el curso de

modelo, ya lo verás, vivir en Madrid es otra cosa, te abrirá muchas posibilidades, esto es un pueblo, ¿conoces Madrid?

El restaurante era bastante bueno y prohibitivamente caro; él no paró de hablar de Madrid, de las posibilidades que ofrecía una ciudad como esa para una chica como ella.

—Esto a ti se te queda pequeño. ¿No te gusta el vino? No lo has probado, es un reserva de un pago que me encanta.

Ella no quiso tomarse una copa luego, tenía que madrugar al día siguiente y ya era muy tarde. En el coche la intentó besar, ella lo rechazó: fracaso total.

Llegó a casa pasadas las doce; estaba rabioso. Despertó a su mujer sin ninguna contemplación y se la folló con todas las ganas que tenía reservadas para la niñita que se le había escapado indemne. Por lo que le llegaba a Fernando a través del móvil, imaginó que la penetraba por detrás y le azotaba el culo entre empellón y empellón. Ella emitía gritos contenidos y no paraba de decir «los niños, que nos van a oír los niños».

Tras emitir tres gemidos roncos indicativos de que había alcanzado el orgasmo, se dejó caer a plomo en la cama (Fernando imaginó que boca arriba), con la intención de quedarse dormido de inmediato. Pero su mujer comenzó a hablarle entre abrazos y arrumacos. Perdona, le dijo él, estoy agotado, no lo estropees, ¿quieres? Ya sabes que no puedo dormir si me abrazas, y me das mucho calor, no te lo tomes a mal, joder, que ya lo sabes, no sé cómo me pones en la tesitura de tenértelo que decir cada vez, coño. Perdona, perdona, ha estado muy bien, ya lo sabes, ¿vale? Mañana hablamos, estoy agotado, no puedo más. Necesito dormir.

Tenía una relación muy particular con su suegra. La llamaba con cierta frecuencia y hablaban siempre de su hija, pero lo raro es que hablaban de ella como si se tratara de una niña; las conversaciones solían seguir siempre el mismo esquema. Primero, la tranquilizaba asegurándole que él sabía cómo protegerla y encauzarla para que fuese capaz de superar su tendencia a la depresión; luego, le confesaba alguna recaída que había sufrido su hija, lo que ponía de manifiesto que no era capaz de hacerse cargo de las cosas más básicas y sencillas de su vida: los niños y la casa. La suegra se desesperaba. Finalmente volvía a tranquilizarla y le pedía que confiara en él, y le aconsejaba que no atosigara a su hija, no la llames mucho, le decía, y, si la llamas, no hables con ella de otra cosa que no sean trivialidades.

Ella era hija única, y ellos, sus padres, pensaban que su yerno era un partidazo, un señor con esa clase y saber estar que a ellos les faltaba. El caso es que habían llegado a acumular un buen patrimonio a costa de trabajar como mulas en su pollería del Mercado Central. Allí y repartiendo pollos a restaurantes de media provincia, primero en una camioneta y luego con un camión que llegaron a ser dos. El magnífico piso en el que vivía su hija era suyo. No es que tuvieran mucho más, pero les daba para vivir como no lo habían hecho nunca a lo largo de su sacrificada vida: aparte del muy buen piso

en el que ellos vivían y del que utilizaban su hija y su yerno, tenían otros cinco algo más modestos alquilados, y un par de locales arrendados, uno como panadería y el otro como droguería, todo ello en el barrio obrero de la ciudad donde había transcurrido su vida. A lo mencionado había que sumar la joya de la corona: un chalet en Benidorm.

De las conversaciones que pudo escuchar Fernando se desprendía claramente que José Manuel Ramírez necesitaba dinero porque planeaba dejar la empresa en la que trabajaba como comercial y pretendía establecerse con dos o tres boutiques de moda joven. Su suegro se había permitido aconsejarle algo patético: comienza poniendo una tienda, y luego, si las cosas van bien, ya te plantearás si te interesa abrir una segunda. Él ya le había explicado a su suegra que las cosas no eran así.

—Se trata de crear una tendencia, y para eso hay que generar mucha visibilidad —le decía una y otra vez.

—No te preocupes, Pepe, que yo me las arreglaré con Manolo, siempre ha sido un tacaño. A ver para qué queremos nosotros el dinero si no es para ayudar a nuestros hijos.

—Oye, Encarnita, que será solo un préstamo, eso por descontado. Si no estuviera absolutamente seguro del negocio no os lo habría comentado. También podríamos ir a un banco…

—Quita, quita, Pepe, ¡cómo vais a ir a un banco estando nosotros!

Para montar su negocio contaba con la socia perfecta, dueña de una de las mejores boutiques de moda joven de la ciudad y perteneciente a una de las familias más relevantes del pequeño comercio. Ni más ni menos que la hija de la dueña de Sancy. Con ella a su lado se le abrirían todas las puertas. No podía fallar, no podía fallar.

Y fue por este camino como Fernando llegó hasta José. Le veía sentado en aquellos restaurantes las noches de los sábados, con Arancha, su mujer, y sus amigos Concha y Pepe. Aquellas noches de sábado en las que José se sentía desplazado, inseguro, fracasado.

Aquellas noches en las que se hablaba y hablaba de la aventura empresarial que Arancha y Pepe iban a emprender.

Porque allí, para el José de entonces y para Arancha, José Manuel Ramírez era Pepe, se llamaba Pepe, eso era lo que ellos veían en él.

Contemplado desde fuera, era evidente lo que pasaba. Si Fernando apagaba su pequeño ordenador y, simplemente, les observaba, lo que veía era tan explícito que no podía concebir que José no se diese cuenta. Y es que José era, y todavía lo es, un ingenuo.

Al lado de Pepe, de su piel agitanada y su porte espigado y exquisito, apenas eran perceptibles ni Concha, su esposa, ni José. Solo Arancha se hacía visible, porque su piel tan blanca, su largo pelo claro y su delicada delgadez se iluminaban bajo la mirada negra y brillante de Pepe. Para colmo, las medias de rejilla que solía vestir Arancha (de venta exclusiva en la tienda de su madre) elevaban el morbo de la escena a unos niveles de ostentación casi

impúdica.

Porque la noche del sábado era de ellos, de Arancha y de Pepe. He mirado un local cerca de la Universidad, decía Pepe, ¿sí, dónde exactamente?, preguntaba Arancha; y de ahí pasaban a soñar, a hacer planes. La idea era crear un estilo, serían varias tiendas ubicadas en lugares estratégicos, de momento nada de comprar locales, pero los alquileres los harían con opción de compra, porque si el negocio iba bien habría que consolidar el inmovilizado, zanjaba Pepe.

José apenas intervenía, sentía vergüenza de hacerlo, preguntaba alguna cosa para mostrar interés, pero nada más, ¿qué podía aportar él? Concha, la mujer de Pepe, tampoco participaba mucho; ella no trabajaba, estaba muy entregada a los niños.

Pepe iba a ver a Arancha muchas mañanas a la boutique. Se presentaba con su cartera de braguitas y sujetadores que le mostraba al principio para justificar la visita, ¡te traigo un muestrario nuevo que te va a encantar! Al poco tiempo ya no sería necesaria ninguna excusa para irla a ver. El café que tomaban en la cafetería de al lado no terminaba de acabarse nunca: planes, miradas, una mano en la cintura de Arancha dos o tres segundos más de lo que hubiera sido razonable, el beso de despedida, que ya no eran dos, sino uno, y la mirada eterna de un segundo antes de girar el cuerpo y volver a lo que ya no es vida.

La excusa del negocio era muy apropiada para quedar toda una tarde e ir a ver un local, o para charlar acerca de una idea, un enfoque, el logo de la marca. Convendría hacer el registro ya, ¿no crees?

Nunca hablaron de José. Él lo evitó siempre. En eso estuvo magistral. Hablar de José hubiera supuesto hablar de su matrimonio, y planificar su final o, lo que es lo mismo, aceptar planear el futuro siendo la pareja de Arancha. Y eso a él no le interesaba en absoluto. A veces Arancha lo intentó, quiso hablar de su vida con José, pero él estuvo elegante y generoso, lo importante ahora eran ellos, solo ellos, tenían poco tiempo cuando se veían. Dejemos lo demás, le decía, yo también tengo una vida muy incompleta, con muchos problemas. Concha es una persona extraordinaria, como José, supongo que los errores los cometemos entre todos. La vida es muy difícil. Ya se verá lo que depara el futuro.

Es fácil comprender que José llevara muchos meses sintiéndose desplazado en su propia casa. Y tocó fondo. Y quiso luchar. Él no lo sabía, pero luchaba, simplemente, por existir.

El caso es que de manera secreta, íntima y casi desesperada, comenzó a rehacerse profesionalmente. Primero hizo varios cursos de programación de páginas web; luego habló con los guías turísticos que tenía por medio mundo para que le enviaran vídeos sobre sus recorridos de turismo de aventura, también consiguió vídeos caseros que le prestaron algunos clientes al regresar de sus viajes; hizo una proyección de lo que debía ser un nuevo planteamiento de Viajes Colosal sobre una página web interactiva en la que se podía hablar

tanto con los guías turísticos como con turistas que habían realizado alguno de los viajes que se ofrecían. Preparó una presentación en PowerPoint de todo el planteamiento comercial y solicitó una entrevista con la dirección en Barcelona, para presentar su proyecto.

Viajes Colosal era una empresa familiar, de modo que más que agradar la idea que llevaba (que en sí misma no era nueva), lo que gustó de él fue la actitud, las ganas de colaborar. Porque en concreto no pedía nada: ni un aumento de sueldo, ni un cargo para responsabilizarse de los cambios o mejoras. José solo quería ser útil. Como he dicho antes, él solo quería ser alguien, existir.

Al poco tiempo la empresa decidió llevar a cabo varias de las ideas que José proponía, no porque las planteara él, sino porque constituían una exigencia de los tiempos. El caso es que, como consecuencia de ello, José se convirtió en uno de los hombres de confianza que debían supervisar la refundación de la empresa con el objetivo de hacerla sostenible. De la noche a la mañana salió de la oficina en la que languidecía y comenzó a planificar, a supervisar, a impulsar las nuevas ideas.

Fue destilando las noticias poco a poco. Lo que más ansiaba en el mundo no era el triunfo en sí mismo, sino el reconocimiento de su familia. Primero le comunicó las novedades a Arancha, luego también sacó el tema en casa de sus suegros, un domingo, en la comida. Y un sábado por la noche pretendió comentar todo aquello durante la cena con Concha y Pepe. En todas las ocasiones apenas pudo mantener la atención de los demás durante unos pocos minutos, tras los cuales se pasaba a otra cosa, siempre con una sonrisa y una frase hecha del tipo: enhorabuena chico, ¡qué importante te nos estás volviendo!

Supongo que sería durante un momento de soledad en su casa, en alguno de aquellos ratos que pasaba dando vueltas por el pasillo, de arriba abajo, de abajo arriba; supongo que sería en un momento así cuando, como si le atravesara un rayo, supo que no podía hacer absolutamente nada para cambiar la triste figura que representaba a los ojos de su esposa, sus suegros y sus amigos. Supo que su condición de paria no se debía a que hasta ahora no hubiera sido capaz de hacer nada relevante, porque daba lo mismo lo que hiciera, daba lo mismo el ascenso, el aumento de sueldo, los largos viajes llenos de responsabilidades que en el futuro debería hacer, daba todo lo mismo. Para Arancha, su familia y sus amigos, no era un paria por ninguna razón que lo justificara, como así había creído hasta entonces, para ellos él era un paria porque no le querían, porque le despreciaban.

Pero, si eso era así, ¿por qué razón Arancha se había querido casar con él?, se preguntó. Y en aquel mismo momento, mientras paseaba por aquel pasillo de arriba abajo, de abajo arriba, una y otra vez, se hizo consciente de que ignoraba el argumento de su propia historia. No sabía hasta qué extremo era, en todos los sentidos, un auténtico pelele.

El odio que pasó a sentir era lógico. A nadie le gusta saberse despreciado

de semejante manera. Así que comenzó a poner las cosas en su sitio.

—Oye, Arancha, en casa de mi madre también se reúnen los domingos a comer, y van mis hermanos, y mis sobrinos, no sé por qué no podemos ir a comer allí de vez en cuando.

—José, mi madre y yo regentamos tiendas, y las boutiques y las joyerías abren los sábados todo el día. En mi casa la comida familiar tiene que ser el domingo, porque no le puedo pedir a mi madre que prepare comida el sábado. Dile a tu madre, que no trabaja, que organice la comida familiar el sábado, y yo no faltaré ni uno.

—Arancha, iré a casa de tus padres domingos alternos, los otros yo iré a mi casa, tú no vengas si no quieres.

Lo más irritante fue comprobar que a Arancha el ultimátum no le hizo ningún efecto. Incluso pareció agradarle la propuesta. «Así no tendré que padecerte dos domingos al mes», parecía decir con su indiferencia.

Se sentía humillado, pero también, y este sentimiento era totalmente nuevo, ahora se sentía, por encima de todo, engañado. ¿Por qué me eligió como marido?, se preguntaba, ¿por qué se casó conmigo si no le importo nada, si no me quiere? ¿Qué ganaba ella con este triste matrimonio?

Comenzó a indagar. Sabía que por algún sitio andaría aquella agenda que utilizaba cuando era estudiante, allí había números de teléfono de aquella época. Son cosas de esas que nunca se tiran, que están en algún cajón de casa, al lado de ciertas fotos, del cuaderno en el que comenzamos a escribir un diario, de algunas cartas. Rebuscar entre esos objetos fue como regresar a aquellos años, y al mirarse desde aquel entonces sintió que la vida le había llevado a un lugar en el que no merecía estar.

Y ahí estaba la agenda. Se trataba de encontrar algún teléfono de amigos de aquella época, conocidos de Arancha que hubieran seguido viéndola tras la carrera, amigos que, en todo caso, no hubieran asistido a la boda. No quería que supieran que ahora él era su marido.

La cosa no era fácil, pero había que intentarlo. Habían pasado casi veinte años. Marcó un teléfono. Hola, ¿Raquel? Soy un compañero de carrera, solo quería saludarla, han pasado muchos años y… ¿que está casada? Me alegro mucho, no sé si conoceré a su marido, fuimos compañeros de carrera, ¿sabe?... ¿Miguel? Pues no lo recuerdo, no, ¿es abogado…? Empresario, bueno, no sé si le conoceré, en todo caso, ¿podría darme el teléfono de su hija? Ah, bueno, me parece muy correcto, claro, sí, le doy yo el mío y usted le dice que me llame. Le doy un móvil, el fijo no, nunca estoy en casa.

Raquel era una monada. Martín, el antiguo novio de Arancha, insinuaba a veces que también se acostaba con ella, lo que resultaba especialmente impúdico dado que ella era la única amiga que parecía tener Arancha en la facultad. De vez en cuando aparecían juntos los tres en la cafetería; en esas ocasiones la sonrisa de Martín desprendía una gran seguridad.

Ella tenía un novio unos años mayor que ya trabajaba en un despacho. Iba siempre muy arreglada y maquillada, daba lo mismo un lunes a las 11 en

la facultad que un sábado por la noche en un pub de moda. José tenía el teléfono de la casa de sus padres porque en alguna ocasión habían quedado en una copistería para intercambiar apuntes.

Y Raquel llamó.

Es difícil renunciar a los recuerdos. Y es cierto que existen asignaturas pendientes. Pueden pasar años, la chica o aquel chico pueden haber ido a menos, haber perdido la luz de los ojos, aquel talle ligero. Pero si los volvemos a ver, aunque sea veinte años después, desearemos tener con ellos lo que no pudimos vivir en su día, porque, de alguna manera, nosotros seguiremos viendo en ellos a la misma persona de entonces. Y ella, muy probablemente, accederá dócil y triste a nuestros deseos, porque esa será su manera de volver a ser aquella jovencita a la que ya apenas nadie recuerda.

Raquel y José quedaron en la cafetería de un hotel. La suya fue una relación melancólica en la que ambos se utilizaron para revivir una época que les parecía hermosa porque se encontraba antes de las decisiones equivocadas. Lo cierto es que cuando José concertó la primera cita no se imaginaba que iba a acabar con ella en la cama. Pero eso facilitó muchísimo las cosas, porque estableció una confianza para hablar del pasado que le permitió hacer preguntas sin que pareciera extraño.

Supo por Raquel que Martín dejó a Arancha por estrecha. Y le pareció raro, Martín se acostaba con muchas chicas, pero con Arancha no buscaba eso, sino todo lo contrario. Le resultaba extraño que Martín hubiera podido dejar a Arancha por lo que él consideraba una virtud.

Raquel conservaba algunas fotos de aquella época y un día las llevó al hotel en el que se veían, para hablar de amigos comunes. Le encantaba recordar.

—Mira, este es David, ¿no lo conociste? Era supersimpático y, por cierto, salió con Arancha después de que lo dejara con Martín. Fíjate, en esta foto están juntos.

Qué extraña sensación ver a su mujer con otro hombre, en otra época, sonriendo como todavía lo hace hoy en día, con su gesto nervioso y tímido. Era como espiarla. Sintió cierto pudor, pero siguió adelante porque tenía razones para buscarle la espalda, tenía razones para sospechar que había algo oculto en su matrimonio que le autorizaba a rebuscar en su vida a hurtadillas, en secreto.

El tal David tenía la misma estética que Martín, el pelo un poco largo y peinado hacia atrás con gomina, un tipo endomingado y con una mirada profunda y dominante. Era el mismo tipo de hombre que Martín y, curiosamente, era el mismo tipo de hombre que Pepe. Aquellos ojos seguros, negros, masculinos, la elegancia un tanto exagerada en el vestir.

Y en ese contexto la pregunta era inevitable: ¿qué hacía un tipo como José en la vida de Arancha? Porque José no había sido precisamente un hombre elegante. Digamos que si por el vestir hubiera que haber adivinado su profesión, cualquiera habría dicho: funcionario. Y sus ojos, de color castaño,

no eran precisamente dominantes, todo lo contrario. José tenía una mirada huidiza y tímida, con un brillo ingenuo y cierta ilusión de niño que, a pesar de los años, aún hoy se niega a marcharse.

Esos domingos cada quince días que iba a comer él solo a casa de sus padres comenzaron a constituir las horas más preciadas de su vida. Esa sí era su familia, allí se interesaban por sus progresos, se alegraban por sus éxitos, preguntaban y preguntaban, y él no paraba de hablar.

Comenzó a hacer lo que no había hecho nunca: llamar a sus hermanos de vez en cuando, interesarse por sus sobrinos, dejarse caer en casa de sus padres algún día entre semana y charlar un rato con ellos, en la cocina, con un café con leche que dejaba que le preparara su madre.

Lo que allí encontraba José, sin saberlo, no era otra cosa que la solidez del vínculo inquebrantable, su calor, su seguridad, su verdad. Hoy en día, en las sociedades occidentales basadas en el individualismo y el tráfico contractual apenas quedan relaciones sociales que se basen y se sostengan en la vinculación, en unos lazos que vayan mucho más allá del interés, de la coyuntura, o de la conveniencia. En nuestro tiempo, el vínculo es algo que solo se mantiene entre los padres y los hijos. Porque solo un padre está con su hijo siempre y de manera incondicional. Solo un padre no suelta jamás la mano.

El matrimonio de José no había alcanzado a ser eso. Era solo un contrato rescindible. Por eso José regresó a esa familia que había dejado atrás hacía tiempo y que, por supuesto, no le tuvo en cuenta su abandono. Por eso volvió y encontró las puertas abiertas, porque todo hombre necesita vínculos, y porque los de la familia son indestructibles.

En este punto de la historia no puedo dejar de recomendar un clásico imprescindible, es el de Marcel Mauss, *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les societés archaiques,* del que hay varias buenas ediciones en español, pero yo recomendaría la de Katz Editores de 2009.

El caso es que, por aquel tiempo, dentro de José crecía un rencor inusitado, un sentimiento de una gran intensidad que no le abandonaba y que parecía hablar con mucha inteligencia: espera, le decía, tranquilízate. Tú, primero, averigua todo lo que puedas sobre ella, sobre su pasado, sobre sus planes, sobre lo que piensa hacer con Pepe; averígualo, y que no se perciba ningún cambio en ti. Y con esa información, aguarda paciente a que llegue tu momento. Y no tengas ninguna duda, tu momento llegará.

2
El rostro de Arancha

José comenzó a viajar bastante. En cierta medida porque se encontraba mejor fuera de casa. La soledad era su bálsamo. Si un domingo estaba fuera, a donde telefoneaba siempre era a casa de sus padres, al mediodía, y se ponían todos al teléfono, hasta sus sobrinos. A su mujer no la echaba de menos. Si la llamaba era porque no hacerlo hubiera sido tanto como romper el tenue filamento que todavía les mantenía unidos, y eso le daba miedo.

Al tal David, aquel novio que había tenido Arancha después de Martín, lo localizó sin muchas dificultades; regentaba una empresa casposa de venta de vehículos de ocasión.

José se citó con él mediante la excusa de que Viajes Colosal necesitaba un proveedor habitual de coches de lujo para actos de representación. Poca cosa, le explicó, el alquiler con cierta frecuencia de coches con empaque, ya sabes, Mercedes de alta gama, ¿tendrías Jaguars?, lo ideal sería un tipo de coche muy exclusivo. ¿Qué día de esta semana podríamos comer juntos y lo hablamos? Ay, no, esta semana no podrá ser, y la que viene estoy fuera. ¿Qué tal te vendría la primera semana de marzo?

El día de la cita José sintió pena al verlo, quizás porque se recordó a sí mismo hacía bien poco tiempo. De aquel joven pretencioso y altivo apenas quedaba nada. El cuello blanco de su camisa amarilleaba en el borde que rozaba su piel, con ese tono pajizo que no hay jabón que elimine. El traje le venía estrecho de pernera y no creo que hubiera podido abrocharse el botón de la chaqueta. Era evidente que hacía mucho que no entraba en un restaurante de los buenos, el pobre estaba nervioso y sobreactuaba todo el tiempo.

No le costó nada llevarle a donde quería.

—¿Me dices que te gusta el Rioja? ¿Has probado los vinos chilenos? Verás que tienen un sabor muy original, mira, tienen Santa Digna, comenzaremos por ahí, si te parece bien, claro.

»Así que estudiaste Empresariales (…), bueno, lo de no terminar tampoco es tan grave, oye yo estudié Derecho y aquí me tienes, dirigiendo

una empresa de viajes, y si surge un problema jurídico es que ni me planteo estudiarlo yo, al departamento jurídico, a mí se me ha olvidado el Derecho, pero del todo, oye, bueno, eso si algún día tuve algo que olvidar, porque la verdad es que en la facultad no se aprende nada (…). Bueno, sí, claro, criterios, principios…, pero para tener eso no hay que haber acabado la carrera, ¿no? Oye, ¡cómo está el vino! Estos chilenos hacen unos caldos incomparables. Y volviendo a la facultad, ¿sabes lo único que no se me ha olvidado de la facultad?: las tías. Oye, qué tías había en aquella época en la Facultad de Derecho, solo superadas por las de Empresariales, ¡porque en Empresariales también había unas tías…!

Al poco rato David le estaba hablando de Arancha, a la que casualmente José había conocido de cuando era la novia de un tal Martín, compañero suyo en Derecho.

—No la he vuelto a ver, pero era bien guapa. Así que saliste con ella, ¡qué casualidad!, sí que era guapa, sí, la recuerdo perfectamente, ¿y qué pasó?, oye, ¿pedimos otra de vino chileno?

—Estaba enamorado de verdad —confesó David perdiendo nostálgicamente la mirada en el vacío—, vamos, como se enamora uno con veintitantos años, en plan gilipollas total, ¡cómo está el vino!, la verdad es que me tenía totalmente encandilado, sí, del todo. Y casi me mata. Aún no sé cómo conseguí salir vivo de aquello.

—¿Tan peligrosa era? Me tienes en ascuas —le dijo José mientras volvía a llenar su copa de vino.

—Tenía algo que me excitaba muchísimo, no sé si la recuerdas bien, pero era de lo más pijo, de puro pijo era casi cursi, y eso me ponía a cien, yo creo que era eso, porque me veía arrancándole las braguitas esas de encaje y poniéndola en la cama mirando a Cuenca y me volvía loco, tú, loco, ¡si de recordarla aún me pongo caliente!

Y mientras le dejaba hablar, José se sentía humillado, humillado por aquel imbécil que hablaba de su mujer de aquella manera, humillado por haber tenido que espiar a su esposa, humillado por sentir que quizás él se parecía a aquel gilipollas con el que estaba comiendo. Pero eso no, esto último no, solo necesitaba tiempo para demostrar que él no era como aquel pobre hombre.

—Estuvo a punto de destrozarme, de verdad. Nos besábamos, nos acariciábamos, la cosa se podía poner al rojo vivo en el coche, o en un hotel, pero de los preliminares no se pasaba. No sé la de pajas que me pude llegar a hacer en aquella época. Aquella tía me tenía obsesionado, iba de calentón en calentón, y sin culminar jamás. Yo creo que era un plan que ella tenía, una especie de estrategia que ella desarrollaba para dominar a los hombres, y casi le surte efecto conmigo. Joder, hace un montón de tiempo de todo esto, ya casi se me había olvidado, y créeme que esta historia me trajo de cabeza mucho tiempo, no sabes cuánto, joder, no sabes cuánto.

»La cosa terminó de la peor manera posible —continuó Daniel—, nos

fuimos a los Pirineos a pasar un fin de semana largo esquiando. Por la noche cenamos en el hotel. Con el frío y el cansancio de todo el día, comimos de miedo, y yo bebí mucho, entraba todo muy bien, tomamos varias copitas después de cenar, en fin, lo de siempre. Y lo de siempre llegó también después en la habitación. La cosa fue un poco más lejos de lo habitual, vamos, que me hizo una mamada, la mejor que me han hecho en mi puta vida, ¡qué mamada, por Dios!, y ella con sus braguitas, y una blusita, y sus lacitos en el pelo, y qué caliente me ponía toda esa ornamentación cursi mientras me hacía una mamada.

—Ya me lo imagino —comentó José, intentando disimular el hondo malestar que aquella conversación le estaba produciendo.

—En semejante situación yo no podía ni imaginar que no íbamos a poder echar un polvo, yo estaba medio borracho y más caliente que las pistolas del coyote, así que me puse encima, le arranqué las bragas y me dispuse a follarla —exclamó Daniel tomando con resolución la copa de vino ante los ojos atónitos de José—. Y a partir de ahí todo se me emborrona, creo que ella se resistía, pero yo no le daba mucho crédito. Te acaban de hacer una mamada, es tu novia, estás con ella en una habitación de hotel, ¿y ahora no quiere echar un polvo? No le di crédito, supuse que las negativas y su resistencia eran parte del ceremonial sexual de una chica tan cursi como ella. Hasta que de pronto se me nubló la vista. Me atizó en la cabeza con la lámpara de cobre de una de las mesillas. Parece que me desmayé y que sangraba bastante, así que tuvo que llamar a la recepción del hotel para que avisaran a una ambulancia. Como los de la habitación de al lado habían oído los gritos, acabó viniendo hasta la policía, tuvimos que declarar en comisaría, en fin, la leche. No la volví a ver más. Yo seguí haciéndome pajas pensando en ella durante una buena temporada, pero no volví a verla. Si quieres que te confiese la verdad, aún me pone caliente recordarla. Joder, ¡cómo me ponía la muy puta!

Para José era profundamente vejatorio escuchar aquella historia. Arancha no dejaba de ser su mujer, y aunque no lo hubiera sido, y lo cierto es que la quería. No pudo más y decidió cortar por lo sano alegando ciertas prisas, lo tarde que se había hecho y todo lo demás. Tenía su tarjeta, ya le llamaría.

Una vez solo, el escarnio se fue transformando en indignación. ¿O sea que este fracasado era el novio de Arancha?, me cago en la hostia, ¿cómo es posible? Y poco a poco se sintió enormemente reafirmado. Él era mucho mejor que aquel miserable, joder, no se me puede ni comparar. Hacerle una mamada a aquel pobre hombre, joder qué barbaridad, pero qué barbaridad, pero si yo valgo mil veces más, y a mí jamás me ha hecho una mamada, joder, qué barbaridad, y el puto Pepe de los huevos, ¿quién cojones es el puto Pepe este que parece que es la encarnación de la virguería varonil? Un puto viajante, joder, un puto viajante, coño, con media docena de muestrarios de bragas en el maletero, de bragas, de blusas o de lo que sea, joder, que ya vale, que ya vale, joder, que ya vale.

Era tarde y decidió ir a casa, a «su» casa, porque él sí pagaba su parte

religiosamente con el esfuerzo de su trabajo y no se la habían regalado sus padres, él sí que tenía mérito y valor. ¿Cómo se había podido dejar humillar de aquella manera? Esto se había terminado.

Desde luego, no entendía nada, absolutamente nada, pero no estaba por la labor de continuar la investigación, tenía más que suficiente. Su sitio no era el que ocupaba y tenía el firme propósito de dejar vacante tan deshonroso asiento para desplazar sus reales a un lugar mucho más digno.

El sufrimiento de José era el propio de quien ha decidido saber y ha puesto medios para ello. El Eclesiastés tiene hondas reflexiones al respecto: «porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia: quien añade ciencia, añade dolor» (Eclesiastés, 1, 18). Por eso, el dolor es el signo y la señal de que se está en el camino. Y José, por aquel entonces, ya lo estaba.

Llegó a casa y, por supuesto, allí no había nadie. Eso le reafirmó en su resolución de poner punto y final a la situación de oprobio familiar constante a la que se había visto sometido. ¿Y ahora qué?, ¿a cenar solo en el puto salón viendo el partido de Copa?, acojonante, pues para eso me voy a un bar y que me sirvan la cena, bocata de calamares y un par de cervezas, y me veo el partido en pantalla gigante. Que le den por culo si viene y no me encuentra. Pero qué coño va a venir, si se le habrá presentado en la tienda el chulo putas ese del Pepe, otro gominas de mierda como el David este del mediodía, y estarán haciendo planes, y yo qué sé qué más, además de los planes. Yo qué sé qué más.

Regresó tarde. Para colmo, el Madrid había caído eliminado por un segunda b, un partido deplorable. Cruzó la puerta de casa iracundo contra la vida en general y con la vejiga a punto de explotar, llena de cerveza.

Mientras la larguísima meada le iba relajando, se percató del absoluto silencio que reinaba en el piso. ¿Estaría ella durmiendo ya?

Fue al dormitorio de puntillas, estaba oscuro, palpó delicadamente la cama para comprobar si estaba allí. Nadie. Encendió la luz. La colcha en su sitio, los cojines decorativos sobre la cama. Allí no había llegado nadie. Y eran más de las doce. Qué raro.

Se dio cuenta de que no llevaba encima el móvil, ¿se lo habría dejado en el restaurante del mediodía? Fue a la cocina, había estado allí antes de bajar al bar de abajo, y allí estaba el puto móvil, sobre la encimera. Tenía reflejadas varias llamadas perdidas. Valentina, su suegra, había estado llamando; se sintió culpable. Bueno, ¿y qué coño pasa?, pues que hubieran llamado antes, las llamadas habían sido todas después de las diez de la noche. No son horas de llamar para proponer nada. Estarían cenando en algún sitio los tres, el chulo putas de Pepe, Arancha y su madre: festejo con ocasión de la cadena de boutiques cursis que pensaban impulsar. Pues mejor que no me hayan localizado.

Llamó a Arancha. Una voz grabada le respondió que su móvil estaba «apagado o fuera de cobertura». Aunque ya era tarde, José decidió llamar a su suegra. Arancha no había llegado a casa, así que supuso que debían de seguir

aún por ahí. Ahora no me lo coge, debe tener el teléfono en el bolso y quizás no lo oiga, depende del ruido ambiente del local en el que estén haciendo la celebración. ¡Qué barbaridad!

—Hola, José, menos mal que te encuentro —se escuchó, de pronto, al otro lado del auricular. Era la voz de Valentina, que sonaba nerviosa.

—¡Ah! Hola, me he dejado el móvil, acabo de llegar a casa, he visto las llamadas, Arancha no me había dicho nada de que hoy tuviésemos algo especial.

—Escucha, José, estamos en el Hospital Clínico, Arancha está ingresada, esta noche me quedaré yo a dormir aquí con ella y…

—Pero, pero ¿qué ha ocurrido? —interrumpió José—. ¿Le ha pasado algo? ¡Dios mío!

—Ha tenido un percance. Su vida no corre peligro, no te preocupes, pero es recomendable que pase la noche en observación, ¿sabes? Mira, ahora está dormida y no me gustaría despertarla.

—Claro, claro —asumió José anonadado.

—Mañana por la mañana podrás hablar con ella, estate tranquilo que yo estaré aquí toda la noche.

—No, no, ya voy yo Valentina —dijo José casi rogando.

—Es muy tarde, José, no te dejarán entrar en el hospital. Mira, mañana por la mañana me sustituyes, ¿vale?

—Pero ¿qué le ha pasado? —preguntó José angustiado.

—No te preocupes, José, solo ha sido un susto. Arancha está dormida y tranquila. Mañana nos vemos, he salido fuera de la habitación para hablar contigo y no quiero estar en el pasillo más tiempo, no sea que se despierte y se vea sola.

—Claro, claro, muchas gracias, mañana estoy allí a las ocho en punto. Dile que he llamado, por favor.

—Tranquilízate, José, todo está controlado. Hasta mañana. A las ocho te estaré esperando fuera de la habitación para que hablemos antes tú y yo.

Y se hizo el silencio. Anduvo por aquel piso, que era su casa, abrió los armarios, contempló las huellas de su vida compartida, su ropa, la de Arancha, sus blusitas, sus falditas, todo tan ordenado. Contempló los pequeños adornos que había en la casa por doquier, los cuadros perfectamente enmarcados, las esculturas que habían pagado a plazos entre los dos, jarrones, cada cosa con su historia, comprada en un viaje, regalada por un amigo o un familiar. Todo limpio y cuidadosamente ubicado por Arancha en su lugar especial.

Tenía ganas de llorar, su vejiga volvía a estar llena de cerveza, se sentía sucio, le angustiaba la duda, ¿qué le había sucedido a Arancha? Pobrecilla, no se merecía la suerte que le había tocado con los hombres, el hijoputa de Martín, el miserable con el que había comido al mediodía, y él mismo, sí, él mismo, otro miserable, otro miserable, otro miserable, murmuraba mientras el pis rebotaba en la porcelana del váter produciendo el vuelo de microscópicas gotas de orina que iban a parar fuera de la taza.

Se despertó muchas veces durante la noche, vomitó, había comido y bebido mucho, dos botellas de vino chileno en la comida, dos bocadillos de calamares con mayonesa viendo la hecatombe del Madrid, y no se sabe cuántas cervezas. Estaba hondamente decepcionado de sí mismo, pero precisamente por eso, por eso, ya estaba en el camino. Porque, y citando a Ángel Guinda, «no siempre la claridad viene del cielo».

A las seis y media se levantó con un insoportable dolor de cabeza y muchísima ansiedad. La ducha tuvo un significado sacramental, depurativo. Se afeitó con esmero y, por algún motivo, eligió su indumentaria cuidadosamente, ropa cómoda (pensaba pasar el día en el hospital), pero elegante. Desde que podía, se compraba mucha ropa, era su manera de ponerse a la altura de Pepe, o de intentarlo al menos.

A las ocho estaba en el hospital. Dio el nombre de Arancha en la recepción y le indicaron el número de su habitación. Al llegar al séptimo piso y abrirse la puerta del ascensor le sorprendió que un cartel anunciara que había llegado a la planta de psiquiatría.

La suya era la habitación 727. Dudó, pero abrió la puerta sin llamar, despacio, intentando no hacer ruido. Arancha estaba en la cama, tenía puesto un gotero y dormía. Le impresionó mucho verla, tenía un labio partido y un ojo amoratado y parecía tan sola.

Su madre se levantó de un sofá marrón nada más verle. Se acercó con una sonrisa que no ocultaba la consternación. Está sedada, le dijo, vamos fuera.

No sabía qué decir. ¿Cómo ha sido?, balbuceó, ¿qué ha pasado?, acertó a preguntar.

Su suegra le sacó fuera de la habitación.

—Espera —le dijo—, vamos a la cafetería para que te cuente lo que ha pasado, tengo que desayunar o me voy a desmayar, y no te preocupes, que Arancha está totalmente fuera de peligro. Hola, Laurita —dijo dirigiéndose a una enfermera que pasaba por allí—, ¿podrás quedarte un ratito en la habitación con mi hija? No quisiera que se despertara y se viera sola, yo debo bajar un momento a la cafetería, no será ni media hora…

Su suegra tenía ese poder de persuasión sobre los demás en cualquier situación en la que se encontrara.

Ya en la cafetería se sentaron en una mesa retirada, al lado del ventanal que daba a la recepción del hospital. Conforme avanzaban los minutos José tenía la sensación de que iba a saber algo terrible, todo parecía indicarlo: el silencio mientras bajaban en el ascensor, la tensión evidente que se respiraba mientras recorrieron el pasillo hacia la cafetería, dos cafés con leche y un cruasán, por favor, ¿seguro que no quieres comer nada?

—Bueno, José, lo primero que debes hacer es estar tranquilo, porque Arancha está bien, fuera de peligro y, finalmente, eso es lo único que importa, aunque está muy impresionada, muy afectada, eso debes saberlo.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Puedes decírmelo? —preguntó angustiado.

—La asaltaron en el garaje de casa para robarle, y también pretendieron abusar de ella —le explicó su suegra casi perdiendo la voz al final de la frase.

—¡Dios mío!

—No ha pasado nada irreparable, José, no ha pasado nada irreparable; simplemente tiene unos desgarros en… el ano, pero nada que no se solucione con unos puntos de sutura, no ha sucedido nada irreparable.

—Pero, entonces, ¿la han violado? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y dónde coño estaba yo?

—Escucha, José, y tranquilízate. No ha sucedido nada irreparable, Arancha está bien. Tan solo tiene unos moratones en la cara y unas heridas en el ano, y son superficiales. Está bien. Conmocionada, pero bien.

José estaba desesperado, hablaba más alto de lo que resultaba prudente, varias personas con bata blanca que estaban en la barra se dieron la vuelta alarmadas. Valentina procuró tranquilizarle, pero estaba muy alterado, parecía que podía perder el control porque no paraba de repetir «¿dónde estaba yo, dónde estaba yo?», y apretaba los puños.

—José, la asaltaron cuando regresaba a casa, en el garaje, tú no puedes sentirte responsable de ello. Tú de lo que eres responsable es de saber mantener el control y de darle seguridad y cariño, ¡¿me escuchas?! —le dijo Valentina cogiéndole del brazo y levantando también la voz por encima de lo que hubiera resultado prudente—. Tengo que decirte otra cosa, que no sé si sabes, imagino que sí, pero no estoy segura, y es una muy buena noticia: Arancha está esperando un niño, un hijo. Y el niño está bien. Está embarazada de siete semanas, por eso es especialmente delicado este momento. La están sedando con medicamentos homeopáticos para preservar al niño. ¿Estabas al tanto?, ¡José!, ¿me escuchas?

De esa manera supo que esperaba un hijo. Supongo que hubiera sido mucho para cualquiera. Mientras su suegra seguía hablando, él se quedó bloqueado, sentía que todo a su alrededor era ficticio, como si hubiera sabido de pronto que toda su vida era una película y que tanto él como el resto de las personas que le rodeaban eran, simplemente, actores que representaban un papel.

Súbitamente sintió la urgente necesidad de subir a la habitación de Arancha, de estar con ella, de no moverse de su lado.

—Oye —dijo interrumpiendo a su suegra—, me subo a la habitación, no vaya a ser que se despierte, yo me quedo con ella todo el día, tú debes de estar muy cansada, no te preocupes por nada, que no me moveré de allí —dijo poniéndose en pie—, acaba de desayunar, no te preocupes por nada.

Y se fue precipitadamente dejando a su suegra con la palabra en la boca y la desconfianza en la mirada.

Tomó el ascensor y recorrió el pasillo a grandes zancadas hasta llegar a la habitación. Necesitaba estar con ella como necesitaba respirar. Entró en la habitación procurando no hacer ruido. La enfermera le saludó con cariño, no se ha despertado, parece tranquila, le dijo.

Se quedó a solas con ella, de pie al lado de la cama; la miró y vio su rostro, vio su rostro por primera vez, sus labios partidos tomando aire, su cara pálida. Ya lo dijo Emmanuel Lévinas: al rostro del otro siempre llegamos tarde.

Pero lo vio, vio el rostro de Arancha, su infancia inabarcable, sus años de niña, sus ilusiones rotas, sus juguetes heridos, su miedo, su dolor, todo ese infinito que no puede expresarse con palabras y que estaba allí, en su rostro. Y José se llenó de sentido, porque vio la desnudez de aquel rostro, su desgracia, vio a Arancha, la reconoció, y reconocer es dar.

3
La ciencia de los hospitales

El amor no se acaba, simplemente se esconde, se repliega, se sumerge, se va. Pero no se extingue, sigue vivo en alguna parte. Y el suyo regresó. Tarde, porque los hombres siempre llegan tarde, pero regresó. Y ella estaba viva, y eso significaba que a él le quedaba, todavía, una oportunidad.

En los pasillos de aquella planta de psiquiatría José caviló muchas horas acerca de su vida. La verdad es que el lugar no podía ser más adecuado para el pensamiento. Ya lo señaló así un lúcido *Ensayo sobre Ciorán* publicado en Madrid en 1974, «en las tabernas, en los burdeles y en los hospitales es donde se encuentran las mejores oportunidades para la clarividencia: frecuentémoslos».

Arancha dormía bien porque le proporcionaban sedantes homeopáticos con los goteros, así que José decidió contratar a una enfermera que pasase con ella las noches y reservar esas energías para no moverse de su lado durante el día.

La recibía con una sonrisa cuando despertaba y la despedía con un beso cuando llegaba la noche. También le leía cuentos. Se le ocurrió la idea, porque, en el fondo, él todavía podía vislumbrar algo de la niña que aún quedaba en ella. Fue a una librería de esas con pinta de tener buenos libros y le pidió consejo al librero. Y le aconsejó bien. Le leyó cuentos de Ignacio Aldecoa, de Borges y de Cortázar. Le leía un cuento y luego hablaban de él, de los personajes, de la historia, de si debería haber terminado de otra manera.

Arancha estaba destrozada, pasaba mucho tiempo callada, o llorando silenciosamente, y a veces se desesperaba y había que llamar a una enfermera para que le inyectara un sedante en el gotero, y poco a poco se iba quedando dormida.

Quizás José no se diera cuenta, pero lo que él veía en su rostro era muy distinto a lo que veían los demás. Él la veía a ella, y solo él la veía.

Ya dije que en el hospital tuvo tiempo de pensar. Paseaba por aquellos pasillos cuando Arancha dormía, envuelto en la luz blanca de los tubos de

neón, contemplado por los ojos de algún enfermo.

Detenido delante de una cristalera miraba la noche temprana de marzo florecida de las miles de luces de la ciudad, y de esta manera iba regresando, poco a poco, a ese hombre que únicamente su madre no había olvidado. A ella le gustaba recitar dos versos del conde de Foxá:

En los ojos de tu madre
serás niño hasta el final.

El mundo exterior le parecía algo peligroso y ajeno. Añoraba el hogar que había perdido al casarse tanto como el que no había sido capaz de construir con Arancha a causa de su debilidad, de su mediocridad, de su falta de madurez.

Pero algunas cosas habían cambiado últimamente, ahora tenía un trabajo mejor, comenzaba a ganar algo más de dinero y creía que podría estar a la altura porque deseaba enormemente centrarse en las cosas verdaderamente importantes. Voy a ser padre, se decía, y una sensación extraña le recorría el interior de la cabeza, hasta se tenía que rascar. Seré padre, se decía, seré padre.

De vez en cuando aparecía la psiquiatra que atendía a Arancha y se quedaban a solas un buen rato en la habitación. Cuando se iba y José volvía a entrar, se daba cuenta de que Arancha había estado llorando, pero algo instintivo le decía que no debía preguntarle nada. De hecho, aunque llevaban ya varios días en el hospital, no habían hablado directamente de la tragedia. José sentía que no era necesario, lo importante era hacerle ver que la quería, y de eso ella comenzó a darse cuenta por primera vez. Ella, y también él.

—¿Ya te has enterado? —le dijo Arancha un día.

—¿De qué?

—Pues de qué va a ser —insistió tímidamente.

—Sí, ya lo sé. Me dicen que estás de muy pocas semanas y que todo es aún muy delicado. ¿Estás ilusionada?

—Sí, mucho —y al tiempo que lo decía se echó a llorar. Lloraba muy amargamente.

Él la abrazaba y le prometía una vida feliz.

Uno de aquellos días la psiquiatra le pidió que la fuese a ver a su despacho.

—Un día que esté tu madre o alguien que se pueda quedar con tu mujer —le dijo.

—Si quieres, esta misma tarde voy a verte, no tardará en llegar mi suegra.

—Ah, pues bueno —contestó ella—, esta misma tarde, ¿a las tres y media?

José estuvo allí casi dos horas, se echó a llorar en seguida. Ella le ofreció unos pañolitos de papel que tenía sobre la mesa, apenas podía articular palabra, necesitaba llorar, no lo había hecho así hasta ese momento.

Por las noches, cuando se quedaba solo en su casa, le asaltaba una enorme culpabilidad y había llorado, sí, pero de rabia. También sentía odio y quería matar a ese hombre. Pero allí, en el despacho de aquella doctora, lloraba como un niño porque no había podido protegerla, porque habían hecho daño, mucho daño, a aquel rostro amado que ahora era capaz de ver y al que había llegado tarde, demasiado tarde.

Cuando regresó a la habitación, encontró a sus suegros y a sus padres hablando alrededor de la cama de Arancha. Al cruzar por la puerta, ella le miró y le sonrió, fue como si dijera, ¡ya no podía estar más tiempo sin ti! ¡Qué bien que ya has llegado! Y sintió que ella le daba la vida.

Al hospital no fue nadie que no perteneciera al más íntimo entorno familiar, era mejor así, nadie tenía por qué saber nada, Arancha no estaba para exposiciones sociales, lo superarían todo en familia.

Fueron seis días en el hospital y al fin volvieron a casa. Entre ellos había un silencio que José no necesitaba llenar. Pero el hecho es que no habían hablado de aquella noche al margen de frases circunstanciales del tipo: ¿estás mejor? Ya sabes que estoy aquí a tu lado. Pronto estaremos en casa y saldremos adelante. Ahora somos tres, una familia.

Valentina se hizo cargo de la boutique, y tampoco fue para tanto, simplemente contrató a una chica jovencita para ayudar a las dos dependientas de siempre. Arancha no quería ir allí, ni para entretenerse un rato por las tardes.

Seguía yendo a la psiquiatra. A veces una circunstancia nimia da lugar a enormes problemas. En aquellas sesiones la doctora supo del miedo de Arancha a ser penetrada. Ella estaba convencida de que aquello tenía que ser muy doloroso. La psiquiatra le pidió que se hiciera un análisis de sangre y comprobó que tenía descompensados los niveles de glucosa, lo que le había provocado un problema crónico de falta de secreción de fluidos y sequedad vaginal. Con los años, todo ello se había visto agravado por el miedo que le producían las relaciones sexuales cuando se acercaba el momento de la penetración, generándole un cuadro de estrés que le impedía disfrutar del sexo.

Esto se lo contó aquella doctora a José, dado que, de vez en cuando, él también acudía a la consulta. Recordó entonces algunas de las cosas que había averiguado sobre Arancha hacía bien poco tiempo y sintió vergüenza y, sobre todo, una culpabilidad honda y permanente que habría de interponerse entre ellos, porque él ya no dejaría de reprocharse su enorme falta de sensibilidad, la incapacidad que había tenido para ver, para verla a ella, no dejaría de reprocharse su ausencia, su soledad, su desamparo.

Arancha se desvinculó totalmente de la boutique. Pasaba mucho tiempo en silencio, contemplando el cielo por la ventana, acostada en el sofá y

mirando cualquier cosa en la televisión. A veces apretaba los puños, José llegó a verla golpeando al aire; luego se derrumbaba. A veces se iba sin más al dormitorio y se metía en la cama, vestida. En esas ocasiones ya no se levantaba hasta el día siguiente.

Iban siempre juntos a la consulta de aquel viejo ginecólogo que conocía a Arancha desde que era una adolescente. Su vientre se hacía hogar de una niña que crecía. En las ecografías la veían los dos desplazarse por el mar de la placenta, como un pez divertido. Arancha le hablaba, se acariciaba el vientre y lloraba mucho. José le hablaba de lo buena madre que sería, de lo felices que serían, le hacía planes, muchos planes.

Arancha construyó un mundo de soledad en donde pasaba casi todo el tiempo, acostada en la cama, tumbada en el sofá, abrazándose las piernas, protegiendo su vientre contra los recuerdos crueles que llegaban cada cierto tiempo.

Los hechos son implacables. Luchamos contra ellos, pero es una batalla perdida. Los hechos, aunque no queramos, se recuerdan, y no pueden cambiarse. Volvemos a ellos una y otra vez, una y otra vez, intentando reconstruir una historia distinta en la memoria, una historia en la que el accidente no se hubiera producido, en la que la herida no hubiera tenido lugar, en la que el final no hubiera sido una tragedia. Pero los hechos son duros, sólidos, crueles. No es fácil dejarlos atrás.

Algunos días Arancha se levantaba con una gran energía. De pronto, se alineaban en la cocina el cubo, la fregona, la mopa, el recogedor, la escoba, el aspirador, espráis diversos, sacaba carne del congelador para hacer un guiso, ponía a calentar ollas con aceite en la placa vitrocerámica.

Había adelgazado mucho. Parecía más pequeña rodeada de aquellos instrumentos de limpieza y de cocina, sujetándose el pelo con una coleta y vestida con una bata, dispuesta a vencer al día que comenzaba.

Al poco tiempo iba dejando unas labores y otras a mitad, pero José se encargaba de recoger todas las cosas y ponerlas en su sitio para evitar que las viese y que estas le dijeran que había fracasado, que no había sido capaz de limpiar a fondo el salón, o de hacer un guiso de ternera. El alma de Arancha luchaba por sobrevivir, pero no podía con la vida.

Si hay una ética que valga la pena es la de la compasión. Y José la aprendió en aquella época. A esa ética le dedica Joan-Carles Mèlich un libro emocionante, *Ética de la compasión;* está publicado en Herder.

José sentía su dolor, la acompañaba en él, estaba allí con ella, en su calvario, en su combate por volver a vivir. El dolor de Arancha era su guía, su estrella en el cielo. El dolor de Arancha, su dolor.

Sabía que a Arancha le hacía mucha ilusión vivir un día en una casa con jardín. Fueron a una inmobiliaria y vieron varias. A ella le gustó mucho una que no era muy grande, pero tenía un jardín bonito con una pérgola, algunas encinas y una piscina en la que enseñaría a nadar al niño (que finalmente resultó ser niña).

Sus suegros les ayudaron. Les dieron dinero por cuenta del piso que habrían de vender, para no tener que hacerlo con prisas y poder sacar el mayor rendimiento. Compraron la casa entre los dos, sin distinguir el dinero que podía aportar cada uno. Era un proyecto de la familia, ahora eran tres.

Arancha no se vio envuelta en ninguno de los tráfagos del traslado. José se encargó de todo. Los días de la mudanza los vivió en el piso de sus padres, y cuando todo estuvo listo, quince días después, fue a ver la que sería su casa, con las cortinas puestas y hasta con los cuadros colgados, y cada cosa en su sitio. Todo en el lugar que ella había dispuesto.

El cambio le vino bien, no tanto el progresar a una vivienda mejor, sino el hecho de cambiar. Supongo que cambiar facilita olvidar. Y ella tenía que olvidar. Olvidar para vivir.

Se encerraron mucho en ellos mismos y en su entorno familiar. Y es que tenían muy presente el frío que hacía fuera, más allá del hogar.

CUARTA PARTE

TRES AMIGOS

1
La verdad de los hechos

Es difícil tomar declaración a alguien que acaba de padecer una agresión. Llegado el caso, el policía procura no añadir más dolor al que ya sufre la víctima, y eso tiene como consecuencia que se soslayan las posibles contradicciones o inconcreciones de la declaración. Quedan anotadas, y nada más.

Al comisario Peláez le pareció desde el principio que aquella historia presentaba muchas incongruencias. La declarante afirmaba que el asalto se había producido sobre las ocho o las nueve de la noche en el garaje de su domicilio. Aquella primera inconcreción le resultó extraña, dado que, normalmente, sí es posible afirmar con bastante exactitud la hora a la que se llega a casa tras el trabajo. No obstante, el trauma de la agresión puede ocasionar mucha incertidumbre en los recuerdos.

La descripción que la víctima hacía del agresor respondía al perfil habitual del español corriente, por lo que encajaban en él más de diez millones de personas: entre treinta y cuarenta años, moreno, de estatura media y complexión normal. A ello había que añadir que la víctima apenas podía recordar la fisonomía de su rostro. Esto último, no obstante, resulta muy habitual en este tipo de vivencias.

Era ya mucho más extraño que la víctima dudase acerca de si el agresor portaba o no un gran cuchillo, o sobre si le había arrancado violentamente la ropa para forzarla (su indumentaria estaba en perfectas condiciones, incluida la ropa interior).

Localizados los propietarios de los coches que aparcaban en la misma planta del garaje subterráneo, varios de ellos afirmaron haber entrado o salido con su vehículo entre las ocho y las nueve de la noche de aquel mismo día, pero no recordaban haber visto ni oído nada particular o extraño. Del mismo modo, la cámara de seguridad del cajero automático del Banco de Santander que ofrecía una buena panorámica de la única entrada del estacionamiento en donde había tenido lugar la presunta agresión no había grabado la llegada del

coche de Arancha en el horario referido.

Que la víctima ocultaba algo, era evidente.

Peláez mantenía que el oficio de comisario no lo había aprendido en la academia, ¡en absoluto!, ahí no se enseña otra cosa que cuestiones técnicas de criminología aplicada, que no decía que no fueran útiles, por supuesto, pero lo que se dice el oficio de comisario, el conocimiento de los distintos tipos humanos y el arte de saber distinguirlos a bote pronto, eso, que es lo más característico de la profesión, se lo debía por entero a su maestro el comisario Alfonso. Y aunque estaba jubilado desde hacía algún tiempo, él le seguía consultando los asuntos que le correspondían, porque nadie estaba dotado de un mejor olfato de sabueso para el crimen. El comisario Alfonso era inigualable.

—Lo has visto bien, Peláez, aquí hay algo que no cuadra —le confirmó Alfonso en el bar de tapas cercano a la comisaría donde seguían viéndose de vez en cuando, y sintiendo el amargo resquemor de la traición al no poder informar a Peláez de que la agresión a Arancha se había producido en otro garaje subterraneo distinto al de su domicilio—. Pero no creo que tenga mucho sentido que te pongas a hostigar a la víctima de una violación, ¿no te parece?

—Eso está clarísimo, Alfonso.

—Porque, no tenéis ningún sospechoso, ¿no?

—No tenemos nada —confirmó Peláez, al tiempo que engullía una gamba con gabardina.

—Pues no te queda otra que dejar dormir el caso durante un tiempo y esperar a ver si esa pobre mujer se recupera y se decide a hablar. Entre tanto, lo que sí podrías hacer es mantenerte muy atento a todo lo que pueda ocurrir. Yo pondría un chaval a dar vueltas cerca de su casa. Joder, desde que se murió la Paca no son lo mismo aquí las gambas con gabardina.

—Me fastidia dejar así el asunto —dijo Peláez torciendo el gesto—. Es que ya no son crujientes, sí, Paca las iba friendo conforme se las pedían, pero ahora deben de hacer una freidora grande y las van recalentando en el microondas, en fin. He pensado en presionar un poco a esa mujer, pero está el puto protocolo, tengo que ir acompañado por una asistente social o una psicóloga, y en esas condiciones creo que no sacaré nada en limpio.

—Un disgusto, Peláez, eso sacarás. Hazme caso, deja dormir el asunto y estate encima, a ver qué pasa. Y pasará algo, eso seguro, te lo digo yo.

—No, si estoy seguro de que pasará algo, es un asunto raro, raro. Mira, les voy a decir que, de ahora en adelante, o me las frien en el acto o no me las como.

—Muerta la Paca…

A Alfonso no le gustó nada ocultarle lo mucho que sabía de aquel asunto a su queridísimo discípulo Peláez, pero era la única manera de poder seguir

colaborando con Fernando en el esclarecimiento y reparación del acontecimiento que había cambiado su vida. Un acontecimiento que había venido también a salvar la del propio comisario: la verdadera historia de la tragedia de Miranda.

Fernando llevaba bastante tiempo siguiendo muy de cerca los movimientos de José Manuel Ramírez y había visto crecer su relación con Arancha. La pareja terminó convirtiendo en lugar habitual de su cita semanal un reservado de la cafetería del Hotel Oriente. Nunca llegaban juntos y salían de allí con cinco minutos de diferencia. Todos los miércoles por la tarde. Toda la tarde.

Desde la *Ilíada* sabemos hasta qué punto un hombre puede perder los papeles cuando se obsesiona con una mujer. No importa qué consecuencias depare su obcecación. Decir que eso solo le puede ocurrir a un hombre sin cabeza ni control de sí mismo es desconocer la condición del género masculino.

A Pepe no le interesaba llegar a tanto con Arancha; con ello ponía en riesgo su proyecto comercial. Pero lo dicho antes, viene siendo la misma historia desde la guerra de Troya.

En el reservado de aquel hotel los besos eran eternos, la mano de Pepe se hundía entre las piernas de Arancha, entre sus pechos, una y otra vez, era extenuante, una y otra vez, hasta que ella decía ¡basta, no!, vamos a dejarlo, nos pueden ver, Pepe. No, Pepe, no, por favor. Era una escena que se repetía habitualmente, allí, en aquel hotel, o en el coche de Pepe o el de Arancha.

Bueno, la verdad es que en el coche las cosas iban mucho más lejos, aunque nunca llegaban al final. Arancha se dejaba hacer y Pepe llegó varias veces a ponerse encima, subiéndole la minifalda y arrancándole las bragas, pero era justo entonces cuando ella terminaba súbitamente con aquello, y Pepe a su asiento, con la bragueta a reventar, sudando y absolutamente descompuesto, y ella acicalándose la ropa y el pelo.

Tras la despedida, Pepe acababa siempre yéndose de putas a un polígono industrial.

Y llegó aquel día en el hotel, en su reservado. Arancha le dijo que era mejor dejarlo. Él no entendía por qué, le pidió perdón por haber ido, quizás, demasiado lejos, le pidió perdón por haberse dejado llevar, le pidió perdón en general, le dijo que la quería, luego le dijo que no, que no la quería, que quería a su mujer y no podría dejar a sus hijos, que se había equivocado, que podían reconducir su amistad por el buen camino. Pero Arancha parecía muy decidida, le dejaba hablar y decir una cosa, y otra, y la contraria.

—Es mejor dejarlo, Pepe. No quería decírtelo, pero así me entenderás: estoy esperando un hijo. Ha sido una sorpresa, de verdad que lo ha sido, pero en esta circunstancia creo que no podemos seguir viéndonos, no debemos seguir viéndonos. No me necesitas para el proyecto, no me necesitas para nada, te sobras y te bastas tú solo, te irá bien, lo veré desde lejos —lo dijo llorando—, lo veré desde lejos. —Él intentó abrazarla, pero ella no le dejó—.

Nos vamos, venga, es mejor así.

Arancha es una mujer resolutiva, él se dio cuenta de que la cosa iba en serio. «Estoy esperando un hijo». La ruptura no dejaba lugar a dudas. Era el final.

Está embarazada de su maridito, me ha estado mareando durante meses, se dijo Pepe, y ahora me deja tirado como lo que piensa que soy, un pobre comercial de pueblo con el que se ha entretenido unos meses mientras se dedicaba a tener un hijo con un pelele de su misma condición social.

Sin duda, se sentía profundamente humillado. Bajo su barniz endomingado y su porte altivo, lo que había en su interior no era otra cosa que un enorme rencor, un profundo resentimiento contra un mundo que no le permitía acceder a lo que él se merecía, contra un mundo que lo despreciaba.

Una buena técnica narrativa exigiría ahora contar la historia de Pepe, su verdadera historia, narrar su infancia, describir a su familia. En un curso de escritura creativa se diría que la narración exige en este momento construir el personaje de José Manuel Ramírez. Pero aquí no haremos eso, porque, de alguna manera, ello sería tanto como forjar una justificación de su carácter, tanto como armar una defensa de su comportamiento, tanto como pretender comprender lo intolerable. Y ni queremos, ni debemos, ni podemos. Como narrador (tomo ahora la palabra aunque solo por un instante), desprecio profundamente a quienes escriben ese tipo de libros de historia o de criminología. El mal y su naturaleza no tienen razones, tienen poder y deseo, y son inmisericordes. Y con eso está todo dicho. Con eso basta.

Pepe le suplicó a Arancha que bajara con él al aparcamiento subterráneo del hotel. Quería enseñarle unos nuevos muestrarios que había localizado y que consideraba muy apropiados para vender en las boutiques que ahora debería establecer él solo. Dame esto como despedida, le dijo, no nos veremos en mucho tiempo y me da seguridad tu criterio, no sé cómo voy a pasar sin él.

Eran casi las ocho, nunca se quedaban en la cafetería hasta tan tarde, pero Arancha accedió.

Allí abajo no había cobertura, de modo que Fernando no podía acceder a su teléfono móvil y escuchar lo que pasaba. Estuvieron casi una hora. Eso fue lo que tardó en salir él con su coche. Pero ella tardó algo más.

Fernando se empezó a preocupar; había decidido bajar al aparcamiento cuando vio el Mercedes de Arancha subir por la rampa. La intuición de que algo malo había sucedido se hizo certidumbre en él al observar la extraña postura que ella tenía sobre el volante, como apoyándose sobre él. Iba despacio, más de lo normal.

Paró un taxi en la puerta del hotel y le pidió que la siguiera. Fue hasta la tienda de su madre. No bajó del coche. Llamó por teléfono y al poco tiempo Valentina salió corriendo con una dependienta. Les costó mucho poner a Arancha en el asiento de atrás. Estaba contraída, rígida.

Fernando telefoneó al comisario Alfonso. Llegó de inmediato. Regresaron al hotel y Alfonso pidió poder hablar con el director. Le mostró su

placa y le explicó que habían recibido diversas denuncias por robo en vehículos aparcados en el aparcamiento del hotel. El director se mostró muy sorprendido, pero Alfonso le tranquilizó. Hay que gestionar este tipo de asuntos con reserva y discreción, el prestigio del hotel no debe verse afectado.

—Mire, le voy a dar diversas fechas para que usted me copie para mañana las cintas de vigilancia de todas las plantas del aparcamiento entre las 15.00 y las 23.00 horas. Se trata de los días 5, 9 y 10 de enero, 7, 9, 15, 26 y 29 de febrero y 2, 5, 9, 15, 24 y hoy 27 de marzo.

—¿De todas las plantas del aparcamiento? —preguntó preocupado el director.

—Sí, de las cuatro plantas. Ah, y otra cosa, quiero copias, no me entregue los originales. Las cintas originales debe conservarlas en el hotel; no se le ocurra destruirlas, porque según cómo vaya la investigación podríamos tener que hacer una petición oficial de las grabaciones para que pudieran servir como prueba en un proceso. Con las copias que le pido iremos adelantando trabajo. Mañana pasaré por su despacho a buscarlas, ¿a las once le iría bien?

Salieron del hotel y caminaron unas calles en silencio. Fernando estaba conmocionado, no sabía si había obrado correctamente, si podría haber hecho otra cosa, algo más de lo que había hecho. El comisario Alfonso no decía nada, andaba muy erguido, llevaba un jersey delgado y su perenne americana marrón de pana fina, un tanto raída. Oye, le dijo, ¿has cenado?, vamos a comer algo. Fernando estaba muy desmejorado, había perdido mucha masa muscular y en su rostro enjuto destacaban su dos ojos enormes que ahora parecían aterrados.

Encontraron mesa en una tasca cercana que conocía Alfonso.

—Aquí preparan unas migas a la pastora que te van a venir de maravilla —le dijo a Fernando—, tienes que esforzarte en comer, ¿tomas la medicación que te han prescrito?, cada día estás más delgado.

—No te preocupes por mí, Alfonso, yo ya no tengo remedio.

—Si le hubiéramos pedido solo la grabación de la tarde de hoy seguro que la hubieran visto antes de dárnosla, de esta manera nos entregarán las copias sin mirarlas. Habrá unas cinco cámaras por planta, así que nos espera una paliza de ver vídeos. Compra palomitas.

Llegaron las migas, se notaba que estaban hechas con sebo de oveja, que es el secreto para que se conviertan en un manjar inigualable.

Fernando tenía muchos problemas de digestión y vomitaba muy frecuentemente. Se había quedado en los huesos, se sentía débil, le costaba encontrar fuerzas para vivir y las sacaba del recuerdo de Miranda; le angustiaban las dificultades que estaban teniendo para localizar a su hija, pero no estaba dispuesto a morir sin haberle dado antes aquellas cartas. No quería fallarle también en eso a Miranda.

La tarde del día siguiente la pasaron en el apartamento del comisario Alfonso buscando entre los metros y metros de grabaciones. Hasta que

hayaron la cinta en la que se veía llegar a Pepe y a Arancha, borrosos, en blanco y negro, sin sonido.

He aquí la sucesión de los hechos captada por una de las cámaras fijas del aparcamiento del hotel.

Se les ve llegar juntos. Él la toma de la cintura, la abraza. Se besan en la boca. Tal y como sucedía siempre, al poco tiempo ella interrumpe el beso. Y como sucedía siempre, al poco tiempo él vuelve sobre ella metiéndole la mano entre las piernas, apretándole los pechos. En ocasiones similares Fernando había logrado percibir mucha pesadumbre en el rostro de Arancha, pero las difuminadas grabaciones de aquel aparcamiento no permiten apreciar tanto detalle.

Ella se libera de él; Pepe parece hablarle. Llegan a su coche, que estaba aparcado al lado del Mercedes de Arancha. Le dice algo, ella se introduce en su coche y acciona el mecanismo para descapotarlo. Pepe abre su maletero y saca varios muestrarios de ropa en unas maletas grandes. Son vestidos de chica, se diría que vestidos de verano. Parecen muy entusiasmados con todo lo que él muestra. Colocan los vestidos sobre los asientos delanteros del coche de Arancha como si estos fueran maniquíes. De nuevo, él comienza a besarla. La pone con las piernas abiertas sobre el capó de su coche. Se mueven uno contra otro como si estuvieran haciendo el amor, pero con la ropa puesta. La coge en brazos y la deja caer con cuidado en el asiento trasero del descapotable. A continuación salta dentro con mucha agilidad. Allí están un rato, unos diez minutos, él desnudándola, ella resistiéndose cada vez con mayor determinación, pugnando por liberarse de él, que la atrapa con el peso de su cuerpo. De pronto, Pepe se separa de ella. Le dice algo con muchos aspavientos, se yergue de modo que su pene erecto queda muy cerca del rostro de Arancha y se lo señala como dando una orden. Ella se incorpora muy rápidamente y hace ademán de querer salir del coche. Pepe la agarra por el pelo acercándole la cara hacia su pene, y como ella se intenta zafar, comienza a abofetearla muy duramente, una vez, otra, otra, con la palma y con el dorso de la mano. Ella se protege la cara con los brazos hasta que, de repente, se inclina cogiéndole las caderas con las manos y se introduce el pene en la boca. Pepe la mantiene cogida del pelo y guía sus movimientos, ella le acaricia el vientre y parece buscarle con la mirada. Así siguen unos minutos, hasta que él la empuja sobre el asiento y le levanta las piernas con intención de penetrarla. Arancha le dice algo, durante unos segundos él se queda inmóvil. Ella se quita las bragas, se da la vuelta y se ofrece para que la penetre por detrás. Así lo hace él, con una gran voracidad, con mucho ímpetu, empujando una y otra vez, y otra vez y otra vez, hasta alcanzar el orgasmo.

Quedan tendidos en el asiento trasero del coche al caer él sobre ella. Pepe parece decirle algo y acaricia su pelo. Al lado de los coches hay un fregadero. Pepe se levanta, sale del coche y se quita del todo los pantalones y la camisa y va desnudo hasta allí. En el fregadero se lava meticulosamente las manos, la cara, las axilas y el pene. Agita las manos para secárselas y regresa

al coche para tomar su ropa y vestirse sin ninguna prisa. En el vídeo da la sensación de que habla, porque gesticula. Sin embargo, Arancha no se mueve de una esquina del asiento de atrás de su coche, abrazada a sus piernas, hecha un ovillo, la cabeza entre las piernas.

Él sigue hablando, gesticula mucho, como intentando hacerse entender. Ella se incorpora un poco sobre el asiento, parece que dialogan unos segundos. Pepe recoge la ropa de los muestrarios en sus maletas, sube a su coche y se marcha.

Era la última planta del aparcamiento y en el ángulo de visión que cubría la cámara no se ve ningún otro coche. A los pocos minutos Arancha comienza a moverse. Sale del automóvil y con cierta torpeza va arreglándose la ropa. Parece darse cuenta de que de su pubis mana un reguero de sangre que baja por sus piernas. Coge el bolso, saca un pañuelo para limpiarse y pone una compresa en su braga.

Cuando termina de vestirse hace algo que sorprendió enormemente a Fernando y al comisario Alfonso. Va hasta el fregadero, coge el cubo y una fregona que allí había y, con gran esfuerzo, arrastra el cubo hasta su coche para fregar las gotas de sangre que había dejado allí al vestirse. Luego tira el agua del cubo al fregadero. Sube a su coche, lo pone en marcha y conecta el mecanismo para subir la capota. El coche comienza a moverse y sale del ángulo visual de la cámara.

El comisario Alfonso se levantó para apagar el vídeo. Llevaban varios minutos contemplando en silencio el espacio vacío de garaje que seguía filmando aquella cámara fija.

Pasaron los días. Arancha salió del hospital. No se interpuso ninguna denuncia. El asunto le correspondió al comisario Peláez. Desde un primer momento la incoherente declaración de Arancha le pareció sospechosa, pero ¿qué podía hacer? Es difícil presionar a una víctima de violación. Consultó con su maestro, el comisario Alfonso, y se convenció de que lo mejor que podía hacer era dejar pasar el tiempo, estar a la expectativa y esperar acontecimientos.

Durante las semanas y los meses que siguieron, José se volcó en su esposa. Ella estaba embarazada, luchaba por recuperarse, hasta se mudaron a un pequeño chalé muy bonito en las afueras. Acudían juntos a la consulta de una psiquiatra, al ginecólogo a ver a su hija en las ecografías. Pasaban los fines de semana en casa con sus padres (los de él, o los de ella). José había encontrado una misión, un sentido, su compasión por Arancha llenaba su vida, le fortalecía.

Mientras, Fernando y el comisario Alfonso no sabían qué hacer. ¿A dónde vamos con esto?, se preguntaban, ¿a dónde vamos con esta serie de hechos silenciosos, mudos y desdibujados que una cámara en blanco y negro y con poca resolución ha grabado en un garaje?

Alfonso había pasado casi cuarenta años trabajando en una comisaría y si algo había aprendido es que la justicia o es de las víctimas o no es. Y Arancha

había guardado silencio, lo guardaba todavía. ¿Quién era él para romper ese silencio?, ¿quién era él para forzarla a ir ante un tribunal, para hacerle recordar, para abrir las puertas de su olvido? ¿Quién era él para hacer eso cuando estaba esperando una hija, cuando estaba luchando por recuperar algo de lo que había sido su alma?

Lo que un ser humano pierde cuando otro ejerce sobre él una crueldad como la que padecieron Arancha y Miranda no es la dignidad, como algunas veces se ha podido decir. De lo que se priva a un ser humano cuando se le golpea y humilla de tan terrible manera es su confianza en el mundo. Eso que se adquiere en la infancia cuando experimentamos la irrepetible vivencia de que alguien cuida siempre de nosotros, alguien nos alimenta cada día, nos enseña, nos viste, nos protege, nos abraza, nos perdona. Esa confianza en los demás seres humanos, en la humanidad, en el futuro, en la bondad; todo eso se pierde. Y esa persona se queda en medio del horror, de la noche, rodeada de espanto, sin esperanza ninguna.

Jean Améry, superviviente de Auschwitz, habló de ello en un libro en el que confiesa su experiencia como ser humano torturado: *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia.* Está editado en Pre-Textos. No es difícil de encontrar.

Pero ni siquiera Améry padeció lo que sufrieron Miranda y Arancha. Porque a ellas no las torturó un hombre cualquiera, sino aquel con el que tenían la ilusión de compartir su vida, el que encarnaba en aquel momento su confianza en el mundo. Precisamente ese.

La entidad de su tragedia no tiene parangón con nada que se conozca. Otro superviviente de Auschwitz, Viktor Frankl, escribió un libro muy conocido en el que argumentaba que el dolor de aquellos años podría haber tenido algún sentido para quienes hubieran sido capaces de enfrentarse a la adversidad y mantener su dignidad incólume. Su libro *El hombre en busca de sentido* está publicado en castellano en la editorial Herder. Y no digo que no haya verdad en lo que allí se afirma. Lo que digo es que los torturadores de aquellos pobres hombres no eran sus padres, sus maridos o sus hijos. Y es que, según el propio Viktor Frankl, era el recuerdo de aquellos seres queridos una de las pocas herramientas que la víctima tenía para poder mantener allí el sentido de la vida.

Pero a Miranda y a Arancha las golpeó y violó precisamente el hombre que ellas habían elegido para compartir su vida. El hombre en el que habían depositado su confianza en el mundo. ¿Qué esperanza les pudo quedar después de eso? ¿Qué sentido podía tener su vida?

Y si Arancha estaba logrando reconstruir algo de lo que un día fue su alma, si había escogido el olvido para poder vivir, ¿quiénes eran Fernando y el comisario Alfonso para abrir un proceso judicial y hacerle enfrentarse con su pasado, con esa verdad que no quería, o no era humanamente capaz de llevar a cuestas?

—No podemos acabar de destrozar la vida de esa pobre mujer —pensaba

el comisario Alfonso—, ¿qué justicia sería esa? Llevo media vida cumpliendo ese cometido y te puedo asegurar que no me siento del todo orgulloso. La justicia del Estado no es casi nunca la justicia de las víctimas.

—No puedo estar más de acuerdo, Alfonso, todavía no sé para qué he querido seguir y espiar a este miserable, pero estoy seguro de que no lo he hecho para acabar de hundir a nadie en la desgracia. Este tipo no es tan importante como para eso —contestó Fernando—. Pero siento una honda necesidad de hacer algo y la pregunta que me hago es, ¿qué me corresponde hacer a mí? ¿Cuál es mi lugar en esta historia?

El comisario Alfonso miró a aquel hombre enfermo y ojeroso, y pensó en lo extraño que resultaba el cuadro de alguien carente de futuro luchando por hacerle justicia a una mujer muerta y por hacer llegar unas cartas a una niña que quizá nunca querría leerlas.

Pero más extraño era el hecho de que aquella mirada luminosa y hundida, y aquella inquebrantable resolución exhausta de Fernando se habían convertido, poco a poco, en un horizonte para él, en la razón que le faltaba para ser capaz de mirar atrás y estar dispuesto a levantar del suelo a ese fracasado del que venía huyendo desde hacía ya demasiados años.

—Además, tampoco creas que tenemos muchas evidencias para acabar con él —le dijo Alfonso rompiendo el silencio de la pequeña mesa que siempre ocupaban en una cafetería cercana al piso de Fernando.

—Bueno, ¿qué más quieres que tengamos? —contestó Fernando sorprendido—, podríamos presentar en un juzgado las grabaciones del aparcamiento del hotel.

—Te sorprendería lo inconcluyentes que resultarían ser, amigo, tengo mucha experiencia en estas cosas. En el caso de que consiguiéramos que se aceptasen como prueba, lo que sería probable, lo que allí se ve permite muy diversas interpretaciones; estoy seguro de que te indignarías mucho llegado el caso. No puedes hacerte ni idea de lo que supone un proceso judicial —exclamó el comisario mostrando desánimo.

Y es que un hombre con cuarenta años de experiencia como policía no podía ser sino un posmoderno (sin saberlo, claro, porque el comisario Alfonso no había abierto un libro de filosofía en su vida; ni falta que le hacía, por cierto).

Esos hechos descoloridos y mudos de las cámaras de vigilancia del aparcamiento del Hotel Oriente necesitaban organizarse en un relato para alcanzar a tener sentido, para adquirir colorido, sonido, definición.

Arancha bajando a un aparcamiento solitario con Pepe. Arancha besándose con Pepe. Arancha introduciéndose en los asientos traseros de su coche con Pepe. A algunas mujeres les gusta que les peguen antes de que las penetren, eso las excita. Arancha haciéndole una felación a Pepe. Arancha ofreciendo su culo a Pepe (tiene problemas con la penetración vaginal, prefiere la penetración anal). Arancha fregando el suelo del aparcamiento para no dejar ningún rastro de lo sucedido allí (es una mujer casada). Y todo ello

envuelto en otros hechos anteriores: Arancha frecuentando el reservado de una cafetería con Pepe. Camareros que los han visto besarse e, incluso, ¿masturbarse?

Cualquier conjunto de hechos puede dar lugar a múltiples y bien distintos relatos. Todo depende de cómo se ordenen, cómo se entrecrucen y encajen entre sí. De esta forma es como los hechos, las borrosas imágenes mudas de un aparcamiento, adquieren un colorido y una definición. No me resisto a recomendar un buen libro acerca de esto: Hayden White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1987 (hay traducción española).

Lo importante no son los hechos en sí mismos, dado que, como tales, carecen de sentido. Lo importante es el relato que con ellos se compone. Y más importante es, todavía, averiguar si alguien está en condiciones de imponernos el relato con el que vamos a comprender y dotar de sentido a los hechos de nuestra vida.

¿Qué le dijo Arancha a Pepe cuando supo que la iba a violar? «Fóllame por detrás, mejor por detrás». Quizás hasta se lo diría con un tono de insinuación. «Te acabo de comer la polla, fóllame ahora por el culo».

La verdad de lo que allí sucedió, ese relato que se construye con los hechos desnudos, no es la misma para Pepe que para Arancha, ni sería la misma para un juez.

Nunca se puede saber lo que sucedió «realmente», porque no existe una verdad objetiva y única; cuando preguntamos por «la verdad» formulamos una pregunta mal planteada.

Alguien como el comisario Alfonso, que había pasado toda su vida en el lado sórdido de la vida, sabía eso; alguien que había pasado cuarenta años entre prostitutas, ladrones, alcohólicos, estafadores, débiles mentales, esquizofrénicos y maniacos, sabía eso; alguien que había contemplado el sufrimiento sabía eso, alguien que había visto la impunidad y había mirado cobardemente hacia otro lado sabía eso. Ya he dicho que el comisario Alfonso era un posmoderno

Pero es que, además, ni el comisario, ni Fernando, ni en su momento José querrían saber nunca «qué sucedió». Lo que ellos querrían saber es lo que le sucedió a Arancha. Esa es la verdad que ellos necesitaban. Y esa verdad no la conocía nadie, salvo ella.

La única verdad que importa es la de las víctimas, porque es la única que tiene dolor. Por eso tiene luz, por eso fulgura.

Arancha ya sabía entonces que estaba embarazada de José, de una de aquellas escasísimas noches en las que, despacio, muy despacio, poco a poco, muy despacio, lograban hacer el amor; y ella era consciente de que un desgarro en la vagina o un golpe en el vientre podría haber tenido unas consecuencias fatales para esa niña que crecía en su interior.

En los vídeos de aquel garaje lo que vieron Fermando y el comisario

Alfonso fue a una madre protegiendo a su hija con su vida; protegiendo a su hija con su alma.

Y Fernando supo por fin cuál era su lugar en toda aquella historia, supo que su misión no era otra que decirle a José que podía estar orgulloso. Porque estuvo ahí. Tarde, sí, tarde. Porque, como he dicho muchas veces recordando a Lévinas, al rostro del otro los hombres siempre llegamos tarde, y eso bien lo sabía Fernando. Pero, más que nadie, él necesitaba decirle a José que, a pesar de todo, él no se había ido de su lado, había estado allí y la había levantado del suelo. Y le había dado una hija. Arancha tenía otra vez un mundo en el que poder confiar. Y Fernando quería decirle a José que todo eso había sido gracias a él.

A Miranda la sostenía escribir en la cocina aquellas cartas a su hija.

—A Arancha la levantaste tú del suelo, amigo —le escribió Fernando a un José que no podía leerle todavía—, tú y la niña que ya llevaba dentro, esa a la que defendió con todo su coraje aquella noche de marzo en un garaje.

2
Un pobre hombre

Con la baja laboral indefinida Fernando vio muy reducidos sus ingresos. Tuvo que abandonar su piso porque no podía afrontar la cuota de la hipoteca. Le dio mucha pena dejar aquella cocina en la que Miranda escribía sus cartas, su luz amarilla llena de recuerdos.

Alquiló un apartamento en la periferia. Se lo buscó el comisario Alfonso, que era vecino del barrio. A Fernando le gustó mucho porque tenía una pequeña terraza en el salón que daba a una plaza de tierra en la que había columpios, balancines y niños jugando a cualquier hora del día.

En una esquina de la plaza había una cafetería pequeña con tres mesas de madera, conexión gratis a Internet y toda la prensa deportiva. La pared de la entrada era de cristal, de modo que permitía ver jugar a los niños desde la primera de aquellas mesas, que pasó a ser la suya. Allí comenzó a escribir la larga carta que terminaría enviándole a José en forma de libro. Y leía durante horas libros de filosofía.

Casi todos los días pasaba un rato con el comisario Alfonso. A menudo se dedicaban a recordar en voz alta la larga lista de fracasos que componían sus vidas. A veces, Fernando le leía algún capítulo del libro que escribía contando su vida y la de José.

—No me digas que no son las nuestras unas vidas paralelas, Alfonso. La suya con sentido, la mía carente de él.

—No digas eso, Fernando, tu vida tiene mucho sentido —le amonestó el comisario.

—Yo creo que no, Alfonso. Si tuviera a Miranda y a un niño jugando en esa plaza todo sería distinto, podría mirar hacia delante. Pero para mí ya es demasiado tarde.

Fernando pasaba muchos ratos imaginando cómo habría sido la vida con ella si hubiera sido capaz de verla. Verla cuando escribía cartas a su hija, cuando madrugaba para ir a la escuela y miraba a aquellas niñas pensando en la hija que perdió. Cómo habría sido su vida si no hubiese llegado tarde.

Y en muchas de esas ocasiones acudía a él la sospecha de algo que sabía que era verdad: él no hubiera sido bastante para Miranda, no hubiera sido capaz de alejarla de la muerte, no hubiera podido devolverle la confianza en el mundo.

Y es que, ahora que se acercaba el final, Fernando había llegado a aceptarse, a saber quién era: un pobre hombre. Y lo más triste era asumir que Miranda no le quiso. Solo fui un consuelo insuficiente, se decía, un fracaso de marido, un fracaso, sin más, un fracasado.

Leyó los libros de Miranda. Buscándola a ella. No le gustaba la poesía, pero era una manera de llegar a su alma, así que leyó varias veces el libro de Gabriela Mistral que Miranda llevaba siempre consigo.

Encontró reflejados en sus versos muchos de los sentimientos de Miranda que ahora le acompañaban, pero también se alumbró allí esa triste certidumbre: que nunca le quiso. O, mejor dicho, que no le quiso nunca como amó al hombre que le mató el alma, que le arruinó la vida.

Uno de los libros de Gabriela Mistral que se recogen en el volumen que Miranda siempre llevaba con ella era *Desolación.* Fernando supuso, por el título, que Miranda habría encontrado allí el consuelo de un alma gemela. Leyó aquel libro y en un conjunto de poemas que se agrupan bajo el título de «Dolor» encontró la historia de una mujer que imploraba a Dios por un hombre que se había quitado la vida; la historia de una mujer que lloraba amargamente por el hijo que no tuvo con él.

Intentó llegar más lejos leyendo estudios y libros sobre Gabriela Mistral, pero lo que pudo concluir con ello fue que el gremio de los profesores universitarios de literatura era incluso peor que el de los visitadores médicos: que si el mito del único amor en la vida de Gabriela Mistral es falso; que si en el fondo Gabriela Mistral era lesbiana; que si el sobrino cuya muerte temprana le inspiró un famoso poema era, en realidad, un hijo ilegítimo; que si la autora ya no era, por tanto, lesbiana, sino bisexual… Digno de un programa de telebasura.

La verdad de los hombres reside en sus obras, y por eso todo escritor debería entenderse exclusivamente desde sus libros. Fernando regresó a los textos de Gabriela Mistral, al poema en el que rogaba a Dios por ese que la había abandonado sin mayores explicaciones, por ese que, tiempo después, se había quitado la vida cuando ella tenía menos de veinte años. *Te digo que era bueno,* suplicaba a Dios aquella joven poeta por ese ferroviario al que ella veía *henchido de milagro como la primavera.*

Aquel hombre, ¿quién era aquel hombre? ¿Es mentira lo que veía en él aquella poeta adolescente? ¿Y es verdad, sin embargo, la misérrima vida de aquel ferroviario? Ella hubiera querido ser madre con él, esa es la verdad, lo decía en aquellos poemas:

Mientras arde la llama del pino, sosegada,

mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido
un hijo mío, infante con mi boca cansada,
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

—Y así acudió a mí, Alfonso, y nunca estuve a su lado, no le di la mano. La dejé sola.

El comisario callaba y sostenía la mirada de Fernando, porque no quería dejarle solo. Y porque no podía negar que esa hubiera sido la historia de Miranda.

Fernando encontró a Miranda en muchos de los versos de aquel libro, Miranda que *apacentaba hijos ajenos.* Miranda, *mujer de cabeza mendiga* a la que Fernando no había dado ni la pobre limosna que le pedía, a la que dejó morir, su alma que luchaba por volver a la vida, sus guisos congelados, su ropa escasa, sus cartas escondidas, su hija lejana, su vida rota. Todo eso que Fernando no vio.

—Y también por eso no me quiso, Alfonso, cómo había de quererme si yo no he sido sino un vulgar pelele.

Querida hija mía:

Pasan los años, pronto cumplirás cinco. En el colegio deben de estar enseñándote a leer. Una vez que aprendas podrás leer cuentos tú sola. Seguro que ya conoces el de Caperucita Roja, *el de* Blancanieves, *el de la* Bella Durmiente *y muchos otros. ¿Te los lee tu madre en la cama antes de dormir?*

Estoy segura de que sabes que los lobos solo existen en los cuentos, de modo que cuando tu mamá cierre el libro no tienes nada que temer.

Los cuentos son una escuela para la vida. Aprenderás en ellos el valor de la prudencia y la fuerza del amor verdadero. Pero debes tener siempre muy presente que la prudencia y el amor no son nada el uno sin el otro.

A lo largo de tu vida verás cosas hermosas y quizás pienses en alguna ocasión que no eres capaz de alcanzar eso que sientes tan bello. Déjate entonces llevar por el amor, hija mía, y de allí sacarás la fuerza para alcanzar cualquier cosa, para llegar más y más alto.

En otras ocasiones te deslumbrará una luz y creerás ver una belleza que no es tal. La prudencia será entonces el valor que te salvará la vida. No te entregues a nada ni a nadie muy deprisa. El amor es súbito, sé que cuando algo te parece bonito lo quieres coger muy deprisa, yo lo sé y es normal que sientas esa urgencia, les sucede no solo a los niños, también a las personas mayores les pasa.

Pero dejarse llevar por la ansiedad que procura el amor puede resultar, a veces, un error terrible, un error irreparable.

Tu ingenuidad es la esencia de tu alma y no debes nunca ponerla en peligro. Eso no significa no amar. Todo lo contrario, significa saber hacerlo.

Cuando sientas que deseas algo con mucha fuerza, detente un instante antes de pretenderlo. Piensa en tu madre, hija mía, no en mí, sino en tu madre que tanto te quiere. Piensa en ella un largo rato y luego, más tranquila, mira otra vez eso que deseas. Verás que, muchas veces, es como si aquello hubiera cambiado y ya no tuviéramos tantas ganas de cogerlo.

Ten presente siempre estas dos palabras que te nombro: amor y prudencia. Si sabes conjugarlas adecuadamente te abrirán las puertas de la felicidad.

Ya es de noche. Llevarás varias horas dormida. Llueve mucho en la ciudad en la que vivo. Mañana, cuando te despiertes, te estará mirando el sol.

Ese sol que no se pone nunca. Nunca. Y que te quiere.

3
Tres amigos

Aquella semana Peláez llamó al comisario Alfonso para contarle una historia que, en su opinión, era excepcional: un tipo se había presentado en la comisaría para denunciar que alguien había escrito una novela con su vida y se la había enviado por correo. La releche, según Peláez, y hecho indicativo de que este mundo va de mal en peor en materia de locura colectiva y no tiene arreglo ninguno.

—Para colmo —afirmó Pelaez—, el pirado no quiso entregarme la puñetera novela porque dijo que ¡aún no la ha terminado de leer! Y además alegó su derecho constitucional a la intimidad, dado que, según dijo, «el libro contiene aspectos personales que preferiría mantener ocultos». No me jodas que no tiene guasa la cosa. Qué huevos tiene la gente, Alfonso —concluyó Peláez al tiempo que degustaba una gamba con gabardina con expresión de complacencia.

A Alfonso la noticia le dejó de una pieza, haciéndole tragar casi sin masticar la gamba que tenía entre los dientes.

—Pero la cosa no para ahí —adujo Peláez añadiendo cierto suspense antes de transmitir nuevos datos—; al principio no le reconocí, aunque cuando llegó a mi despacho aquel hombre me resultó muy familiar. Ya sabes que a mí no se me olvida una cara. Y al rato, cuando ya se había ido, caí. ¡Joder!, me dije, pero si es él, coño, si es él. ¿Tú te acuerdas de aquel asunto de hace algunos años, Alfonso?, aquella denuncia de violación llena de incoherencias, ¿no te acuerdas?, sí, hombre, sí, que la víctima decía haberla padecido en el aparcamiento de su casa y en la grabación del cajero de enfrente no aparecía nada de nada. Te tienes que acordar…

—Eeeeh…, creo que sí, algo recuerdo, sí —respondió Alfonso un tanto confuso y preocupado.

—Pues es que el de la novela que te cuento ¡es el marido! ¡El marido! —repitió triunfal Peláez blandiendo una gamba rebozada en su mano derecha.

—Joder —exclamó Alfonso de modo casi inaudible.

—Seguir tus consejos es siempre la mejor opción, Alfonso. Me dijiste: no hagas nada y espera acontecimientos. Y mira, hasta mi despacho que ha venido otra vez el asunto. Y esta vez no se me escapa: voy a desempolvar el expediente y a ver qué sale de todo esto —afirmó Peláez con ese brillo en sus pequeños ojos que el comisario conocía tan bien.

Alfonso no era capaz de comprender aquella absurda idea de Fernando. Sabía que llevaba mucho tiempo escribiendo aquel libro de «vidas paralelas» (de hecho, Fernando le había leído la mayoría de los capítulos), pero no creía que fuera capaz de enviárselo a José por correo. ¿Por qué narices tenía que hacer eso? Pues lo había hecho, ¡vaya si lo había hecho!, y ahora quedaba por ver hasta donde llegarían las consecuencias, porque ¡bueno era Peláez cuando se le ponía un pichón a tiro!

Después de darle algunas vueltas, el comisario decidió dejarse llevar por su intuición. Creía que podía hacerlo, porque, tras las muchas lecturas de aquel libro que le había escuchado a Fernando, sentía que conocía bastante bien a José.

Así que fue a verle. Se presentó en las oficionas centrales de Viajes Colosal, que ocupaban una planta completa en uno de los rascacielos más altos de la ciudad. El hall del edificio no tenía menos seguridad que una comisaría de policía: identificación, indicación de la razón de la visita, firma en un registro de entrada, escáner de control. Sabía que semejante escenografía no se debía a necesidades reales de orden público sino que cumplía una función de marketing empresarial, de ensalzamiento de las empresas que se alojaban en aquel impresionante lugar.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en la planta decimocuarta, Alfonso se encontró delante de un mostrador desde el que una joven con un pinganillo le preguntó, ¿tiene cita concertada?

—No, señorita, la verdad es que no tengo una cita concertada. Quería visitar al señor José Monreal —mientras hablaba, Alfonso iba perdiendo seguridad, se había presentado sin avisar, probablemente José estaría reunido y no podría recibirlo, había sido un error acudir a su empresa de aquella manera.

—Y ¿a quién debo anunciar? —preguntó la joven.

—Mire, si estuviera reunido preferiría que no le dijese nada, soy el comisario Alfonso Pérez y se trata de un asunto personal que no es relevante.

La joven pulsó unos números en un cajetín y, a los pocos segundos, explicó a alguien que se encontraba más allá de su pinganillo que un comisario de policía quería ver al señor Monreal en el caso de que no interrumpiese nada importante, dado que se trataba de un asunto personal.

—Espere por favor en la salita que hay a su derecha, y en unos minutos le digo algo.

Alfonso pasó a aquella salita pensando en cómo salir de allí de la manera más discreta posible. Pero esto último, lo de la discreción, era ya imposible. En el hall habían anotado su DNI y por dos veces había dado su nombre. ¡Qué

error presentarme así!, se dijo, y a ver cómo se toma lo que tengo que decirle.

Sabía que la confianza que le había conducido hasta allí procedía de la idea que tenía de José a través de los relatos de Fernando; pero muy probablemente el personaje real no tenga nada que ver con el hombre que yo imagino, comenzó a temer el comisario Alfonso. Esto va a acabar fatal, pensó.

Una señorita apareció en la puerta de la salita de espera. ¿Comisario Alfonso? Sígame, por favor, le espera el señor Monreal, le dijo con una sonrisa.

Anduvieron por un pasillo, atravesaron una sala grande con diversas mesas y mucha actividad, se introdujeron en otro pasillo bastante ancho y, al fondo, aquella señorita abrió una puerta al lado de la cual había una placa en la que Alfonso pudo distinguir el nombre de José. Una vez dentro, la joven ocupó su lugar detrás de una mesa y descolgó el teléfono apretando un botón. Hola, dijo, aquí está el comisario Alfonso. Y, sin más, le dirigió una sonrisa. A los pocos segundos se abrió una puerta a la izquierda de la mesa que ocupaba la joven. Era José.

—Hola, pase por favor —le dijo retirándose un poco del hueco de la puerta para cederle el paso, al tiempo que permitía ver un precioso despacho luminoso y blanco.

Alfonso se animó al sentir su ventaja. Él sabía quién era José, al contrario que él, que ignoraba quién era el comisario Alfonso. Si administraba con habilidad su posición todo iría bien. Se sintió más seguro.

A un lado de la amplia sala había un tresillo gris muy claro con una mesita baja, todo ello sobre una enorme y acogedora alfombra persa. Al otro lado podía verse una gran mesa de trabajo forrada de cuero marrón sobre la que había un ordenador, carpetas y papeles dispuestos de modo que sugerían mucho trabajo. Varias librerías llenas de libros bien encuadernados, diversos cuadros y dos grandes ventanales con cortinas de gasa blanca completaban la habitación. José le indicó a Alfonso el sofá como lugar de reunión.

—¿Quiere tomar un café?

—No, no, muchas gracias —contestó Alfonso.

—Usted me dirá de qué se trata —preguntó José con unos ojos tristes y cautelosos.

—Se trata del libro. Del libro que recibió por correo —continuó el comisario tras una breve pausa, como dando tiempo a José para que se ubicase —. Supe por un compañero que fue a comisaría a denunciar los hechos.

—Sí, pero eso fue hace un mes, o más. En este momento no quiero mantener la denuncia, de hecho, no llegué a interponerla formalmente; por eso no acabo de entender del todo su visita.

José era, sin duda, una persona atribulada. Había acabado de leer la novela, se lo dijo a Alfonso, y en aquella frase había algo más que la mera indicación de que había llegado al final de las páginas escritas para él por Fernando. Alfonso supo que sabía muchas cosas, se dio cuenta de que, quizás, incluso sabía quién era él, Fernando no le había leído los capítulos en los que

hablaba de su amistad con el comisario. No jugaba, pues, con la ventaja que había creído tener. Pero los ojos de José le transmitían tranquilidad.

Lo cierto es que José había leído la novela varias veces. La primera lectura le causó indignación. Haber sido seguido, espiado, conocer la infidelidad de su esposa, el inesperado nombre del violador. Y al conocimiento de aquellos hechos humillantes y crueles se sumaba el escarnio de su notificación por escrito.

Había pasado mucho tiempo desde la época que se narraba en aquel libro. Aquella novela terminaba con él al comienzo de su nueva vida, con su hija en el vientre de Arancha, en su nueva casa, con aquel dolor compartido. Pero su hija había cumplido ya cuatro años y las cosas habían cambiado mucho.

La segunda lectura le trajo el recuerdo de aquellos tiempos, de aquella honda lealtad que mantenía con el sufrimiento de Arancha. Y ese recuerdo le hundió en la tristeza, porque los años habían deteriorado mucho su relación con ella, ahora estaban muy lejos el uno del otro; Arancha ni siquiera percibió el hondo malestar que a José le había producido conocer el contenido de aquel libro.

La tercera lectura le hizo pensar si, en el fondo, no había sabido siempre muchas de las cosas que en aquel libro se contaban: su debilidad de carácter, su cobardía, la relación que habían mantenido Pepe y su esposa.

—La verdad es que no vengo a verle de manera oficial —expuso Alfonso al tiempo que sentía que su seguridad iba desvaneciéndose, como si tuviera agujeros en los bolsillos—. Ya le digo que he sabido por un compañero de la comisaría que ha recibido un libro y quería transmitirle que no debería darle mayor importancia —y mientras decía eso, se daba cuenta de que era muy difícil sostener lo que acababa de afirmar—, aunque sé y comprendo perfectamente que la tiene y que usted estará muy enfadado, o muy preocupado, o muy confundido, o todas esas cosas a la vez; lo imagino y lo comprendo perfectamente. Pero me gustaría explicarle cómo se han producido los acontecimientos, aunque yo mismo me doy cuenta de que todo esto tiene difícil explicación, o ninguna explicación, pero igualmente me gustaría dársela, si usted quiere y me lo permite, claro está.

José había engordado mucho y no encontraba la posición en aquel enorme tresillo: o quedaba casi tumbado si apoyaba la espalda en los cojines, o debía permanecer sentado en el borde del sillón para mantenerse erguido, postura que le agotaba porque exigía tener la espalda recta y meter tripa. ¿Le parece que vayamos a dar un paseo?, propuso al comisario. Alfonso aceptó encantado, salir de allí suponía seguir hablando en un terreno neutral y, además, la invitación hacía suponer que José no estaba tan enojado como hubiera sido de esperar. ¿O quizás lo que quería era salir de su trabajo para evitar tener allí un incidente desagradable? ¿No pensará que yo pretendo chantajearle o alguna cosa por el estilo?, se dijo el comisario mientras José advertía a una secretaria atónita que no volvería hasta el día siguiente y que

debía cancelar todos sus compromisos del día.

—¿Cómo está Fernando? —preguntó José mientras bajaban en el ascensor.

—Muy débil —contestó un sorprendido Alfonso—, está muy delgado y es como si fuera perdiendo las fuerzas.

—¿Habéis encontrado ya a la hija de Miranda? —volvió a preguntar José ya en la calle y pasando al tuteo.

—Eso ha sido mucho más complicado de lo que podíamos imaginar. Si la madre adoptiva no quiere, no hay manera de dar con ella, pero hace unas semanas hemos tenido por fin noticias. Este asunto ha angustiado mucho a Fernando, siempre dice que no puede morirse sin entregar esas cartas.

Caminaban por la acera. Al lado de la obesidad de José y su imponente traje azul, Alfonso parecía menudo y pobre dentro de su raída chaqueta de pana.

Era una situación extraña, ambos se conocían bien a través de un libro, pero era la primera vez que cruzaban palabra.

—Me gustaría conocer algún día a Fernando.

—Pues a él eso le alegraría mucho —contestó el comisario. Y, tras unos segundos de silencio y duda, se decidió—. Si quieres, creo que sé dónde debe estar a estas horas.

Los dos sabían que a ambos les gustaba mucho viajar en tranvía, así que no se debatió el medio de transporte. Al mediodía siempre había niños jugando en la plaza de tierra que había al lado del apartamento de Fernando. Él pasaba muchos ratos allí, viéndoles jugar. Se sentía limpio mirando su alegría, le llegaban, a veces, recuerdos perdidos de su propia infancia.

El tranvía no paraba cerca. Anduvieron un buen rato hasta llegar a la plaza y, tal y como suponía Alfonso, ahí estaba él.

—Ese es Fernando —le dijo el comisario.

A José le impresionó verlo. Parecía muy enfermo, había perdido mucho pelo y sus ojos destacaban enormes en su rostro huesudo, y se movía con cierta torpeza a causa de su gran debilidad.

Un niño lloraba porque no sabía bajar de lo alto de un puente de madera. Fernando se dirigía a él para ayudarle, hubiera querido cogerlo y tenerlo en brazos un instante. La madre del chico se interpuso apresuradamente para evitarlo y se lo llevó a la otra esquina del parque infantil.

Alfonso miró a José y supo que lo sentía, que lo sentía mucho.

—Así que por fin habéis encontrado a la hija de Miranda —dijo José.

—Eso parece.

—Pero aún no le habéis podido llevar las cartas, ¿no?

—Todavía no, ¿por qué lo dices?

—Es que me gustaría ayudar de alguna manera.

—Si convencemos a la madre adoptiva y podemos llevarle las cartas, yo acompañaría a Fernando, y estoy seguro de que él estaría encantado de que vinieses también tú.

—Eso sería un honor.

—Vamos, te presentaré a Fernando —le dijo Alfonso echándole la mano en el hombro—, aunque ya os conocéis sobradamente.

4
Una cafetería frente a una plaza con columpios

Por distintos caminos, Fernando, José y el comisario Alfonso habían llegado a ese momento de la vida en el que solo se tienen dos cosas entre las manos: una historia que contar y el deseo de hallar a alguien capaz de comprenderla.

Hace unos años alguien dijo que los hombres escriben porque no son capaces de encontrar a ese que sabría escucharlos. Era Carmen Martín Gaite y fue en un libro que tituló *La búsqueda del interlocutor y otras búsquedas* y que se publicó por primera vez en Madrid en 1973 en la editorial Nostromo, pero hay posteriores reediciones en Anagrama.

No es sencillo hallar a esa persona que todos buscamos. Y es que, probablemente, ni siquiera exista alguien así. Quizás estemos irremediablemente solos. Y por eso se escribe, porque la mayoría de las veces no hay nadie a quien hablar. Por eso escribía Miranda envuelta en la luz amarilla de aquella cocina, por eso escribió Fernando aquella larga carta que, como un libro, le envió a José. Por eso el comisario Alfonso le dio la mano a Fernando, porque supo que sabría comprender la historia de su fracaso.

Pero al escribir sucede algo mágico y es que el escritor adquiere sentido, porque el conjunto caótico de hechos que le sucedieron a lo largo de los años se conjugan de pronto en un relato que solo es posible si quien escribe dice su verdad. Si el relato es auténtico. Y digo «su verdad», porque no existe otra. Una verdad que, precisamente por ser de cada cual y cada vez diferente, no puede imponerse: solo puede contarse.

Y a contarse la vida dedicaban el tiempo en aquella cafetería frente a la plaza de tierra de los columpios: Fernando, que sabía que moriría pronto y que su vida había sido estéril, un hombre escuálido y pobremente vestido de cuyo rostro, pálido y enjuto, sobresalían unos ojos negros enormes, con el brillo de la pena, lejanos y compasivos. El comisario Alfonso, un hombre prematuramente viejo que sabía que había fracasado en la vida y que su vejez sería larga, y que moriría solo. José, que tenía una hija por la que vivir y cuya figura contrastaba al lado de la de Fernando y el comisario Alfonso porque

resultaba evidente que era quien más tenía que perder. Pero eso él no lo sabía, era un ser inocente, y en ello radicaba su fuerza.

José no estaba de acuerdo con la narración que Fernando había hecho de su historia de amor con Arancha.

—Básicamente porque sin mis sentimientos de los años de facultad no puede entenderse mi matrimonio —decía—, y eso no lo sacas en la novela, o en la carta, como quieras llamarla. Porque, y fíjate que a ella nunca se lo he dicho, creo que la quise desde la primera vez que la vi, como en una de esas historias que parece que solo pasaran en el cine. Pues sí, en mi caso fue así. La vi por primera vez en la cafetería de la Facultad de Derecho. Lo recuerdo perfectamente —dijo José rememorando aquel momento—. De hecho, creo que ese es uno de los recuerdos más imborrables de mi vida.

José les contó que Martín, su novio, tenía acceso a cosas para él inalcanzables: un coche, ropa exclusiva, invitar a una chica a cenar en un restaurante… Arancha iba siempre con él, apenas se relacionaba con nadie. Él la miraba y sentía que pertenecía a algún tipo de aristocracia totalmente ajena a su mundo. Hasta llegó a desesperarse. Odiaba su mediocridad, la de su familia, odiaba su cuarto compartido, su ropa escasa, su vergonzante paga semanal, su falta de mundo.

—Por eso, cuando la reencontré años después a la salida de un cine, me dio un vuelco el corazón. Además, y eso lo sentí entonces con una gran nitidez, en ese momento yo sí estaba en posición de invitarla a cenar, o de salir un fin de semana de viaje, y tenía ropa como para estar mínimamente a su altura. Aquel día sentí que no era ridículo pretenderla.

»Es curioso —añadió José tras una pequeña pausa—, pero ahora comprendo que el ansia que me produjo aquella segunda e inesperada oportunidad no me permitió atender a ciertas señales. Porque detalles como el rímel en sus pestañas (antes no se maquillaba) o las mechas de su pelo perturbaron la pureza de mis recuerdos ya en ese primer encuentro. Y eso lo sentí, fue como un aviso, sentí que no era la misma chica que recordaba, pero no quería aceptarlo, no quise verlo.

—Supongo que la realidad no puede competir con los recuerdos —apuntó Fernando.

—El problema es cuando no quieres ver la realidad porque te nubla la vista un recuerdo, y te empeñas en ver otra cosa distinta a lo que tienes delante, porque, ¿sabéis?, yo ahora me pregunto, ¿con quién me casé?, ¿con Arancha o con mi recuerdo de ella? Porque, lamentablemente, no son la misma cosa.

—Pero, José, y perdona que te lo diga —intervino el comisario Alfonso—, si eso fuera así la culpa no sería de tu mujer.

—No, Alfonso, desde luego. Todavía no sé por qué se casó Arancha conmigo. Sé que no fue por amor, eso lo tengo muy claro, y me duele mucho decirlo en voz alta porque con ello se hace más verdad. Pero debo reconocer que yo tampoco me casé por amor, sino porque ella era lo más parecido a mis

recuerdos que podía existir. Por eso me casé con Arancha. No sé por qué lo hizo ella, pero yo también soy culpable.

—Mira, José —continuó el comisario—, el matrimonio decepciona siempre porque llegamos a él engañados. La gente se casa encoñada, enamorada, fascinada…, y piensa que el matrimonio debe seguir siendo eso siempre, de modo que cuando esas sensaciones se acaban todo el mundo cree que se ha equivocado. No sé si en alguna medida ese es tu caso, José, pero antes de decir que tu matrimonio va mal, deberías preguntarte qué significa para ti estar casado, porque a lo mejor estás buscando una quimera y no te va tan mal como supones.

Fernando los miraba hablar. Se sentía cansado. Pensaba en cómo encajar su historia de amor en aquella discusión. ¿Por qué se había casado él? Tampoco por amor, desde luego. Y es cierto que lo había tenido todo, y lo había dejado morir.

—El matrimonio son los hijos —afirmó el comisario—, eso es lo que debe mantenerte unido a tu mujer. Con ellos se establece una relación nueva. Mucho más duradera. Y vale la pena. Lo digo porque yo no estuve a la altura, ya lo sabéis. Lo fácil es echarle la culpa a ella: que si ya no es como antes, que si ya no hacemos el amor… ¿Y quién coño hace el amor con su mujer pasados diez años y dos o tres hijos? Menuda milonga la que nos cuentan. Uno lo tiene todo, una compañera, unos hijos, lo más maravilloso que puede ofrecerte la vida. Pero somos capaces de tirar todo eso por la ventana a cambio de «volver a ser feliz» porque «ya no estoy enamorado» —declamó el comisario haciendo un gesto de desagrado.

Alfonso sí se había casado enamorado. Se lo contó en una ocasión. Su mujer era costurera. Trabajaba en unos talleres, pero cuando tuvieron la niña pensó que era mejor quedarse en casa y aceptar encargos, que no faltaban. Alfonso la recordaba siempre haciendo algo: cuidando a la niña, cocinando, limpiando o, sobre todo, cosiendo en su pequeña máquina eléctrica, o en una mecedora que tenían en la sala de estar.

Había sido muy guapa. Y era buena.

—A mí me perdió la noche. Los clubes vician mucho. Sin saber cómo me encontré esperando ansioso todos los días a que llegaran las 11 para salir de patrulla, y siempre acabábamos en uno o en otro local. Con el tiempo yo era uno más entre las putas y los diversos tipos de trileros que transitan la calle de madrugada. Me justificaba con la placa, pero ni yo mismo me lo creía.

Alfonso tenía una hermana que siempre había estado muy unida a su madre. Se casó pasados los treinta, un poco tarde para lo que es costumbre en los pueblos. Como su marido era militar, cada tres o cuatro años cambiaba de ciudad, pero por lejos que viviera no pasaban ni dos meses sin que fuese al pueblo a visitar a su madre. Cuando se despedían, en todas y cada una de las ocasiones, lloraban ambas. No importaba que la despedida fuera para dos meses o solo para una semana. Lloraban siempre.

—Cuando Antonia me dejó, por algún motivo comenzó a venirme a la cabeza aquella imagen de mi hermana y mi madre. Ahora sé por qué lloraban juntas. Lo hacían porque las dos sabían que más allá del matrimonio y del hombre maravilloso con el que un día decidieron compartir la vida, no hay otra cosa que desengaño.

La esposa de Alfonso encontró en su hija la fuerza para irse de casa. La chica vale mucho, es como su madre, decía él.

—Ella me llama un par de veces al año. Antonia nunca. Mi hija me explicó que el psiquiatra le había prohibido hablar conmigo hasta que se sintiera más fuerte. El caso es que no he vuelto a hablar con ella —contaba Alfonso mirando a José—. Yo lo tenía todo, y lo perdí. Y ya es tarde para intentar recuperar las cosas, soy un viejo, no tengo nada que ofrecerle.

A diferencia de lo que les sucedía a Fernando y al comisario Alfonso, la esposa de José no era un recuerdo, sino que vivía con él en casa, en carne mortal.

Los recuerdos no cambian, y en eso reside su fuerza, pero la realidad sí. La Arancha de los meses posteriores a la tragedia con la que José había compartido tanto ya no estaba, se había ido, y en su lugar había ahora otra bien distinta. José echaba tanto de menos aquellos tiempos que un día se sorprendió hablando solo en el salón de su casa, hablando en voz alta como si fuera un actor y estuviera en un escenario preguntando: ¿dónde estás, Arancha? ¿Dónde estás? ¿O todo fue mentira, Arancha?

—Siendo evidente que no me quiere —decía José—, yo creo que no me abandona porque se siente en deuda conmigo. Y es normal que así sea. La verdad es que me porté muy bien con ella después de su desgracia, y sabiendo lo que sé ahora de todo aquello, es más comprensible todavía que se sienta muy en deuda, joder.

»Además, ¿qué es lo que soy yo para ella? —preguntaba retóricamente José en aquella cafetería ante sus amigos—. La seguridad de tener al lado a alguien que nunca le hará daño.

Arancha dormía muy bien, de lado, dándole la espalda. Él, sin embargo, se quedaba bocarriba, con los ojos abiertos, obsesionado con sus pensamientos. Ya no escuchaba la radio.

Muchas veces, mirándola en silencio mientras ella trajinaba por la casa, José le preguntaba con los ojos, ¿has optado por el tedio, Arancha, lo has aceptado? ¿Soy yo eso para ti, la paz boba, el pobre hombre que nunca te hará daño?

—Es que eso que tú llamas «paz boba» no es otra cosa que la misma definición del matrimonio —le dijo una tarde el comisario—. Si lo perdieses, comenzarías a valorarlo. Tienes mucho más de lo que imaginas. Ten esto en cuenta antes de tomar una decisión de la que luego te podrías arrepentir.

Pero es que al leer aquel libro que le llegó por sorpresa un día, José había descubierto en su esposa a una mujer distinta. Lo que ahora sabía hacía que la mirase de otra manera.

Recordaba muy bien la noche en que habían concebido a María. Habían hecho el amor despacio, muy despacio. Con mucha delicadeza, José se había introducido en ella; él sabía de sus miedos, la comprendía y la quería.

Algo de pasión descontrolada había habido muy al principio, en las caricias y los besos, rozándose, masturbándose. Pero de eso había pasado ya mucho tiempo. En la época en que habían concebido a la niña hacían el amor con la suavidad de la ternura, y muy de cuando en cuando, y era bello, José sentía que lo era. Pero ese maravilloso recuerdo comenzó a pudrirse cuando supo lo que sucedía por aquella época en el interior de Arancha.

Lo que para él había sido hermoso, ¿qué sentido pudo tener para ella? ¿Por qué hacía el amor conmigo?, se preguntaba José. Y la respuesta llegaba como dicha por alguien del más allá, clara, alta, terminante: contigo hacía así el amor porque no te deseaba, su pasión la compartía con otro, era a otro a quien besaba con el aliento entrecortado, al que se apretaba, con el que se desesperaba, era a otro a quien amaba.

Entonces, ¿qué era yo para ti? ¿Qué significaba?, se preguntaba José en silencio mirando a Arancha, viéndola cocinar, mirando cómo daba la cena a la niña. Y de nuevo llegaba una respuesta atroz, insoportable, intolerable: ella hacía el amor contigo para perder el miedo, para sentir que podía hacerlo, para sentirse segura para él, para Pepe, para poder follar con él un día. Tú eras un instrumento, nada más. Esa es la verdad, así de sencilla. Eso es todo.

A pesar de aquella voz envenenada que le hablaba, José no sentía resentimiento hacia Arancha. Solo sentía pena y una enorme nostalgia por aquel año perdido en el que lo había tenido todo. El año que había sucedido a la desgracia.

Aquel año había sido tan importante para él que hasta le costó aceptar a la niña, porque vino a alterar ese mundo íntimo que había alcanzado por primera y única vez con Arancha.

A ella la niña le había hecho salir del dormitorio a media luz en el que se recluía hundida tantas tardes. A José, sin embargo, al principio le quitó la ilusión de vivir, porque rompió la comunión que habían llegado a tener entre ellos.

Desde que nació la pequeña Valentina, a él los días se le hacían larguísimos, estaba siempre agotado. Dormir mal le afectó mucho. Además, desde que la niña cumplió un año y comenzó a ir al colegio, enfermaba cada dos semanas y le contagiaba sistemáticamente: virus gástricos, fiebres, catarros, gripes.

Notaba el desagrado que, inevitablemente, todo ello provocaba en Arancha, y hasta lo entendía. Que aquel pequeño y maravilloso ser pudiera con él era inaceptable.

Comenzó a tener dolores de espalda. La pequeña Valentina era muy exigente, solo dejaba de llorar si la cogían en brazos, y para jugar con ella había que estar siempre agachado. A José le entraba un inconfesable pánico si debía pasar una tarde completa a solas con ella porque se sentía físicamente

incapaz.

La cosa terminó con una fisura lumbar que le llevó al hospital en silla de ruedas y le tuvo una semana inmovilizado en la cama. ¿Cómo pudo verla empujando aquella silla si él iba sentado en ella y Arancha estaba detrás? Sin embargo, tenía esa imagen grabada en su memoria con extraordinaria nitidez: su rostro hastiado. Su elegancia (era invierno, llevaba una chaqueta de visón que le había regalado su madre).

Aquellos días de la lumbalgia pudo ver y constatar algo importante desde la cama (privilegiado lugar de observación): que Arancha era una gran madre. Y también que la niña le había devuelto a la vida.

José sentía que los años se le echaban encima. Por aquellos tiempos alcanzó la talla cuarenta y ocho de pantalones. Nunca había sido una persona flexible, pero desde el episodio de la fisura lumbar apenas podía agacharse. Cosas cotidianas como ponerse los calcetines le resultaban difíciles. Qué triste era sentir el desagrado de Arancha ya en la mañana temprano cuando cruzaba rápidamente el dormitorio, elegantemente vestida, y él se veía sentado en calzoncillos en la cama, tratando de alcanzar su pie con un calcetín en la mano. Ella no decía nada, simplemente se iba con prisa a trabajar.

Pero entonces apareció su hija. Y poco a poco, aquel ser que le había derribado físicamente comenzó a hablar y a mirarle como nunca nadie le había mirado y, sobre todo, a quererle como nadie le había querido desde que había dejado de ser un niño.

A ella no le parecía que estuviera gordo, que tuviera mucho vello o que fuera torpe. No, qué va. A ella le gustaba jugar con él, nunca se enfadaba si hacía algo mal. Bueno, es que para la pequeña Valentina José nunca hacía nada mal.

Un día Arancha le pidió que abriera una ventana del comedor que estaba atascada. José se puso a ello con resolución y energía, y cuando la hoja de la ventana cedió de pronto, fue a estrellarse contra su rostro. Arancha acudió en su socorro, no sé por qué te pido que hagas nada, decía mientras le hacía una cura de urgencia. La nariz le estuvo sangrando un buen rato, ¡levanta la cara hacia arriba! Toma, ponte estas bolas de algodón en los orificios nasales. ¡Qué barbaridad!, exclamaba Arancha al ver cómo su ojo comenzaba a amoratarse.

Al día siguiente era sábado. José bajó a la cocina recién levantado de la cama con la nariz hinchada y llena de sangre seca, y la piel del rostro manchada con ese tono amarillo rojizo que deja la mercromina. Al verle, Arancha no pudo evitar bajar la mirada y hasta negar con la cabeza. ¡Qué pena de hombre!, imaginó él que pensaba, es un auténtico incapaz.

Se fue. Subió las escaleras y llegó hasta el cuarto de la pequeña Valentina. La puerta estaba entreabierta. No sabía por qué sus pasos lo habían llevado hasta allí, se sentía muy inseguro, pero cruzó el umbral de la puerta.

Y ella sonrió.

Por alguna razón, aquellos días le vino a la cabeza la psiquiatra del hospital que les había atendido cuando padecieron la desgracia. Casi sin

pensarlo buscó su dirección y le pidió una cita.

Le impresionó mucho volver a aquel despacho y sentarse otra vez en aquella silla. Allí estaban, sobre la mesa, los pañolitos de papel. Fue verlos y echarse a llorar. Se enojó consigo mismo, no creía encontrarse tan mal, quería dejar de llorar pero no podía evitarlo.

Llevaba hablando sin parar media hora cuando la psiquiatra le interrumpió.

—José, no me hablas de ti, me hablas de Arancha. Háblame de ti, de lo que te sucede a ti.

Y se dio cuenta de que no podía hablar de sí mismo sin hablar de ella.

—Mira, José —le espetó aquella psiquiatra—, no focalices tu atención en lo que te sucede con Arancha, sino en lo que podrías hacer tú para cambiar las cosas. Acepta que la relación de Arancha contigo es la que es; y contéstame a esta pregunta: ¿qué puedes hacer tú para ser feliz en estas circunstancias?

Pero todo lo que se le ocurría era que Arancha tuviera más paciencia, que Arancha se tomara las cosas de otra manera, que Arancha le cuidara, que fuera cariñosa.

No sé si fue la expresión de desasosiego de aquella doctora, pero guardó silencio unos segundos e intentó pensar en la respuesta correcta. En el colegio se había visto muchas veces en la misma situación. El truco estaba en olvidarse de que el maestro estaba allí delante esperando, había que abstraerse, tomarse tiempo, tranquilizarse. ¿Qué puedo hacer yo para ser feliz?, se dijo.

—Yo sería feliz si no me sintiera un fracasado cuando me mira —dijo de pronto.

—¿Y cómo puedes tú cambiar eso, José?

Y lo supo. Sencillamente, lo supo. Y se lo dijo a aquella doctora.

—Yo tengo que ponerme a mi altura. Y mi altura no se mide por su desprecio, se mide por el amor de mi hija. Ella sí me ha enseñado el camino: merecer su admiración, su respeto, su cariño, su dulzura, su ilusión, su inocencia, sus ganas de vivir.

Y se dio cuenta de que llevaba esperando mucho tiempo, se dio cuenta de que estaba mirando al cielo y esperando tener la ocasión de hacer algo que diese sentido a su vida. Algo verdaderamente digno, no sabía el qué, una cosa que objetivamente mereciera la pena y que le justificara delante de su hija. Algo que, ¿por qué no?, hiciera cambiar la expresión que tenía Arancha cuando estaba con él.

Supo entonces quién era. Era alguien que anhelaba algo que terminara con su cansancio y que le levantara de la cama por las mañanas, algo que elevara su mirada, algo que le hiciera grande a sus ojos, algo de lo que pudiera hablar su hija dentro de muchos años, cuando recordase a su padre.

Así es como José comenzó a buscar el modo de huir de la ruindad del fracaso y de la puta vulgaridad.

Y esa oportunidad llegó un día por correo. Era un libro. Un libro que le dijo: esta es tu aventura, José. Levántate y anda.

5
Vivir

Fernando iba periódicamente al hospital para someterse a sus sesiones de quimioterapia. El sillón era muy cómodo, a veces hasta se quedaba dormido. Siempre había otras personas en la sala cuando llegaba: un señor elegante que saludaba con mucha educación, un hombre de mediana edad que apenas levantaba los ojos del suelo, una mujer regordeta y rubia de peluquería que esbozaba una sonrisa avergonzada. Detrás de cada mirada, una historia.

Le ponían un gotero y pasaba el tiempo contemplando cómo aquel líquido penetraba por sus venas. Las consecuencias de aquella pócima eran devastadoras, pero si él fuera capaz de superar sus terribles efectos podría vivir. Eso le había dicho aquella doctora guapa y seria que le atendía. Qué joven es, pensaba Fernando cuando iba a su consulta; lleva alianza, así que tendrá marido y, muy probablemente, hijos. Debe pasar aquí muchas horas con enfermos de cáncer como yo y al caer de la tarde, cada día, regresará a su casa, con su marido, con sus hijos, olvidándose de todo esto. ¿Cómo si no?

Un día se lo preguntó.

—Pues, aunque te parezca mentira, Fernando, a mí mis pacientes me habéis ayudado mucho a querer vivir, y a saber vivir. Mira, por ejemplo, todo lo que estáis haciendo el grupo de enfermos de hepatitis C para lograr que la Seguridad Social incorpore ese nuevo medicamento a la lista de los que podemos recetar de forma gratuita. Y muchos de los que están luchando por ello, ya llegan demasiado tarde, pero ahí están, batallando por la vida. A mí eso me da mucha fuerza, Fernando. Y, bueno, ¿cómo te encuentras?

No sabía a lo que se refería la doctora, ¿nuevo medicamento para la hepatitis C? No le preguntó más. Salió de la consulta pensando que, quizás, estaba muy aislado. Tenía una misión, entregar las cartas de Miranda, y vivía solo para eso. En el fondo, Fernando no quería vivir, solo quería entregar aquellas cartas, honrar a Miranda, obtener un perdón imposible. A su alrededor habría otro mundo, quizás fuera así, pero él no lo veía.

Poco tiempo después, cuando fue a ver a su hepatólogo, Fernando abrió

los ojos. Había un cartel en un gran tablón de corcho al comienzo del largo pasillo blanco del hospital que tantas veces había recorrido. *Plataforma de Afectados por la Hepatitis C*. La reunión era aquella misma tarde en un centro social del ayuntamiento, no lejos de allí.

Fue. Era ya tarde y no parecía haber nadie en aquel lugar, un viejo caserón en no muy buen estado. La planta baja era una cafetería un tanto destartalada. Preguntó al camarero por la reunión y este le indicó a dónde ir. Subió por unas escaleras y deambuló por un pasillo muy ancho hasta llegar a una puerta abierta que daba paso a una gran estancia con ventanas sin cortinas y una serie de sillas dispuestas haciendo círculo. En el centro del círculo dos niños jugaban con unos muñecos, y en las sillas, conversando, tres hombres y una mujer parecían esperar sin muchas esperanzas a que llegase alguien a la reunión.

Nada más ver a Fernando, ella sonrió y se levantó para saludarle. Bienvenido, soy Sara. Era una mujer de menos de cuarenta años con un bonito pelo largo castaño, vestía pantalones vaqueros, un jersey grueso y grande y zapatillas deportivas. Tenía una mirada inteligente, azul y alegre, y una tez blanca y pecosa. Se acercó también uno de sus tres acompañantes, Roberto, le dijo tendiéndole la mano. Al contrario que Sara, él sí tenía aspecto de padecer alguna enfermedad, estaba muy delgado y llevaba un traje que a Fernando le pareció muy arrugado; los otros dos hombres saludaron sin levantarse de su silla, tenían un tono amarillento en la piel y parecían cansados.

—Y estos son mis hijos —le dijo Sara a Fernando—. Quique, Rober, venid a saludar a este señor.

Los niños se levantaron del suelo donde estaban jugando y se acercaron con timidez. Fernando les dio la mano y les preguntó cuántos años tenían. Nueve, le dijeron muy serios. Qué suerte, les dijo él. Ya me gustaría a mí tener nueve años. Gracias, contestaron, ¿podemos volver a jugar?

La reunión duró poco. De alguna manera, se la dedicaron a Fernando, hablaron de las empresas farmacéuticas, del porqué del elevado precio de algunos medicamentos, de la sanidad pública.

—Las empresas farmacéuticas se defienden diciendo que sus medicamentos son el resultado de mucho dinero invertido en investigación, pero en muchos casos eso es una patraña, porque lo único que han hecho ha sido comprar una patente y aprovecharse del monopolio a que ello les da derecho para poner un precio desorbitado a la salud y a la vida.

Menos mal que no saben que yo era antes visitador médico, pensó Fernando.

Le informaron de que unos laboratorios, Gilead Sciences, estaban patentando en distintos países un medicamento que podía curar la hepatitis C. Fernando tuvo que disimular la impresión que le causó escuchar ese nombre, aquel era el principal laboratorio para el que había trabajado durante años.

El nuevo medicamento se llamaba Sovaldi.

—En Europa un tratamiento de tres semanas cuesta unos 60.000 euros.

En Estados Unidos sale por 85.000 dólares —explicó Sara—. Lo lógico sería que el Estado expropiase la patente y la ofreciera de forma gratuita a los enfermos de hepatitis C. Pero si el Gobierno no quiere hacer eso, lo que no puede es negar ese medicamento a los enfermos, por caro que sea.

Fernando no había oído nunca hablar de aquella medicina, su médico no le había explicado que existiese algo así. *Sovaldi*. La palabra sonaba bien, era casi musical: *Sovaldi.*

—Hay que concienciar a la gente, los enfermos deben saber que hoy en día pueden curarse y que el Estado está obligado a facilitarles su medicamento.

La sala estaba tan vacía que las palabras de Sara producían eco.

Al cabo de un rato dieron por terminada la reunión y salieron juntos a la calle. Fernando caminaba preso de la melancolía que genera participar en esfuerzos inútiles: un pequeño grupo de enfermos que hablaba y hablaba reafirmándose en ideas sobre las que ya estaban de acuerdo, que se reunían para contarse cosas que ya sabían. Menos mal que hoy había llegado él y así habían tenido alguien nuevo a quien ilustrar.

—¿Cómo va tu tratamiento? —le preguntó Sara.

—Supongo que muy mal, ahora estoy centrado en paliar el tumor del hígado y las metástasis que han ido surgiendo, y hemos tenido que detener el tratamiento específico contra la hepatitis. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Bueno, yo estoy bien, no soy portadora del VHC —le dijo con tono de disculpa.

Fernando la miró sorprendido. Ella se detuvo. Vivo aquí, le dijo delante de un portal desde el que la miraban sus hijos. Espero volver a verte. Yo también lo espero, le contestó él.

A la mañana siguiente, Fernando sentía algo cercano a la alegría, una fuerza nueva, ganas de vivir. Recordaba la mirada azul de Sara, su ropa ancha, su energía.

Él sabía tratar a los médicos, esa había sido su profesión durante muchos años. Pensó que podía colaborar y aportar mucho a aquella causa. Era normal que no lograsen convocar a muchos afectados por el VHC, ¡a quién se le ocurre poner un cartel en un corcho del pasillo de un hospital! Los médicos tenían los datos, los correos electrónicos y las direcciones de todos los enfermos. Si contaban con la ayuda de los médicos, todo sería mucho más fácil, había que ganarse su apoyo.

Le escribió a Sara un correo electrónico. En su vieja agenda tenía algunos buenos contactos, su hermana seguro que querría colaborar, había que cambiar de estrategia, hacer algo más mediático, más impactante.

Quedaron en verse una semana más tarde en la cafetería de aquel centro social en el que se habían conocido. Para entonces, Fernando se había hecho con un montón de correos electrónicos y direcciones de afectados por VHC, y con el apoyo de varios jefes de planta de diversos hospitales.

—¡O sea que eres visitador médico! —exclamó Sara muerta de risa—,

sin saberlo, nos habíamos metido al enemigo en casa, y yo explicándote el otro día cómo funcionan las empresas farmacéuticas, ¡qué tonta!

—No, qué va, muchas cosas de las que me hablasteis nunca me las había planteado, y no lo digo como disculpa, porque no creo que la tenga.

—Bueno, yo no te haría responsable de la política sanitaria de las multinacionales farmacéuticas, Fernando —le dijo Sara amistosamente.

—Gracias, me quedo mucho más tranquilo —contestó Fernando entre bromas y veras—. Pero, cuéntame, ¿cómo es que estás metida tú en esto si no padeces la enfermedad?

Y Sara le contó su historia. Soy viuda, le dijo. Perdí a mi marido hace ya dos años a causa de la hepatitis.

—Cuando se manifestó la enfermedad estábamos en el mejor momento de nuestras vidas. Nos queríamos, éramos el motor y la alegría el uno del otro.

»Antonio no fue a la Universidad, tuvo una infancia difícil y una de esas adolescencias terribles, o al menos eso es lo que contaba. Se puso a trabajar muy joven para poder irse de casa y cuando se arrepintió ya era demasiado tarde, necesitaba el dinero para vivir, ya no podía dejar de trabajar. El caso es que comenzó a amar enormemente eso que no había tenido, los estudios, los libros, la lectura…

Fernando pensaba que debía decir algo, pero no se le ocurrían más que lugares comunes, frases hechas, temía no estar a la altura de la historia que le estaba contando Sara, de la confianza que le demostraba al confesarle algo así.

—Se convirtió en un lector empedernido, fue así como nos conocimos, porque yo, no sé si lo sabías, trabajo en una biblioteca.

—No lo sabía, no —repuso Fernando.

—Me fijé en él porque me resultaba curioso que devolviese tan pronto las novelas que constantemente se llevaba prestadas. Yo me preguntaba si verdaderamente las leía, si leía tanto como parecía, así que decidí averiguarlo, y en cuanto devolvió una novela que yo también había leído, le interrogué acerca de ella.

—¿Qué novela era? —preguntó Fernando.

—¡Uy!, no sé si la conocerás, era *La piedad peligrosa,* de Stefan Zweig —dijo sonriendo nostálgicamente a un Fernando que negaba con la cabeza.

»¿Qué te ha parecido?, le pregunté. Y me respondió como si llevara esperando mucho tiempo a que yo le dijese algo, como si tuviera muchas ganas de hablar conmigo, me contestó nervioso, intentando explicarse bien, como queriendo aprovechar una oportunidad que le hacía una enorme ilusión.

—Pero ¿qué te respondió? —preguntó Fernando.

—Me dijo que él se habría casado con la muchacha inválida. Te regalaré la novela, Fernando, y así me cuentas tú, cuando la hayas leído, lo que te parece el libro.

—No hace falta que me la regales, Sara, la próxima vez que nos veamos te diré lo que opino.

Y se lo dijo. El primer día que volvieron a verse en la cafetería de aquel

centro social.

—¿Sabes? Estoy de acuerdo con Antonio —le espetó Fernando y, ante la mirada interrogante de Sara, continuó—, yo también me habría casado con la muchacha inválida, porque la auténtica compasión es amor. El título de la novela no está bien puesto, piedad o compasión no son las palabras adecuadas para explicar el comportamiento del joven teniente. Yo titularía la novela *La circunspección peligrosa.*

Sara le miró con una mezcla de agrado y sorpresa.

—Y ahora —continuó Fernando—, te voy a contar la estrategia que he planeado: vamos a manifestarnos en la entrada de un gran hospital, y verás que nos acompañará un montón de personal sanitario, médicos, enfermeras…

Se les hizo de noche.

—Te pareces mucho a Antonio —le dijo ella cogiéndole la mano.

—Eso es un gran elogio, pero, créeme, no lo merezco, Sara —le contestó un Fernando nervioso ante la posibilidad de estar ruborizándose.

—Sí, claro que te pareces, Fernando. Desde que te conocí, me recordaste su mirada. Conforme su enfermedad avanzaba y su mundo fue cerrándose y concentrándose en su casa, en su esposa y sus hijos, fui volviendo a ver en sus ojos algo de lo que me había enamorado y que, por algún motivo, ya no recordaba. Y llegué a ponerle nombre. Era su infancia, sus ojos de niño, su miedo de niño, sus ilusiones de niño. Tan parecidas a las de nuestros hijos. Porque los gemelos son iguales que él, no sabes hasta qué extremo se le parecen, Fernando.

»Nunca podré olvidar a mi marido. Murió en su casa, con su familia, y fui feliz de acompañarle al lado de nuestros hijos y hasta el último día. Durante aquellos años yo sabía que algunas personas muy cercanas pensaban que era inapropiado que sacrificase tanto mi vida por él, teniendo dos hijos a los que restaba mucha atención. Pero lo paradójico es que era precisamente por mis hijos por lo que yo me entregaba tanto a Antonio, porque yo veía en los ojos de mi marido la misma infancia que había en los niños, y no podía abandonarla, no me lo hubiera perdonado. Y fui muy feliz, Fernando. De alguna manera, todo aquel dolor tenía felicidad, familia, amor, renuncia, no sé. Infancia, supongo que lo que tenía era sobre todo infancia.

Cuando regresaba a casa, Fernando se sentía iluminado. Comprendió que detrás de las cartas de Miranda había otro ser en el que hasta ahora no había pensado. Una niña. Y deletreó en su mente esa palabra mágica: infancia. Infancia. Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sintió la vida en su interior, porque se recordó a sí mismo en eso que nos iguala a todos los hombres: la niñez.

QUINTA PARTE

UN THRILLER CON TEORÍA JUDÍDICA

1
Seminarios de teoría jurídica y criminología

Más allá de aquella cafetería en la que se reunían una tarde por semana, las vidas de Fernando, José y el comisario Alfonso eran muy distintas.

José iba a su trabajo de manera mecánica, miraba a urtadillas a su esposa secretamente herido y jugaba feliz con su hija. El comisario Alfonso pintó su apartamento, tiró algunos muebles viejos y puso cortinas y estores. También compró un lavavajillas. Soñaba despierto con que Antonia y su hija le iban a ver y les enseñaba el piso. ¡Qué bien te defiendes, papá! Antonia no decía nada, pero estaba satisfecha de verle bien, sobrio, ordenado y dispuesto.

Fernando pasaba mucho tiempo descansando, cada vez tenía menos fuerzas y quería administrarlas bien. Algunas mañanas iba a la universidad a seguir alguna asignatura como oyente. Su curiosidad había ido en aumento durante los últimos años y ya había cursado las asignaturas de Historia de la Filosofía, Antropología, Lógica simbólica, Metafísica y alguna otra más. Si el profesor no le gustaba, dejaba el curso, pero en caso contrario hasta hacía los trabajos que se encargaban a los alumnos. Se había implicado mucho en la Plataforma de Afectados por la Hepatitis C, las reuniones comenzaban a ser muy numerosas, habían hecho concentraciones de enfermos y médicos en varios hospitales y hasta había salido Sara en la televisión. Muchas tardes bajaba a su cafetería y desde allí miraba jugar a los niños, y pasaba las horas leyendo.

Los fines de semana se iba en autobús al pueblo, a ver a sus padres y a su hermana, que nunca faltaba. Es ahí donde se encuentra la verdad, les decía a sus amigos con aire derrotado, ¡en el vínculo familiar!

—La familia es la gran utopía —decía triste—. Todo está en la familia, al nacer lo tenemos todo. En ese sentido, la vida sí que es un camino de perdición. Progresivo y lento, pero inexorable.

Y los miércoles se reunían en aquella cafetería de la plaza. En aquellas tardes de conversación Fernando auguraba grandes cambios en el mundo. Quizás fuera debido a la nostalgia que sentía por un futuro que él sabía no

podría vivir, o quizás fuera que tanta lectura y su mala salud le habían hecho perder el oremus. No es posible saberlo, pero el caso es que él presagiaba un tiempo lleno de esperanzas cumplidas.

—¡Caerá la modernidad! —decía siempre a sus amigos haciendo grandes aspavientos—, estos años son preludio de enormes cambios. Yo no lo veré, quizás tampoco vosotros, no estoy seguro; pero tu hija, sí, José, ella vivirá en un mundo mejor.

Alfonso estaba preocupado por él. Le parecía que decía locuras. José no pensaba lo mismo, escuchar a Fernando le inspiraba.

El comisario Alfonso no quería hablar de José Manuel Ramírez. Aquel asunto había servido para que llegasen a conocerse los tres, y en ese sentido había sido bueno, pero sabía que no podían atrapar a ese cabrón y eso le hacía sentirse sucio. Por eso no le gustaba hablar de ello.

Los tres sabían que no podían llevar con éxito ante los jueces la tragedia de Miranda. Y ¿quiénes eran ellos para presentar ante los tribunales la desgracia de Arancha, si la propia víctima no había querido hacerlo?

Pero Fernando, tras unos meses en los que parecía haber dejado atrás esa obsesión, la había retomado de una manera que al comisario Alfonso le parecía poco menos que lunática.

—He estudiado las penas que podrían corresponder a José Manuel Ramírez —expuso Fernando una tarde a sus sorprendidos amigos—. Entre seis y doce años por la violación, y entre tres meses y tres años por las agresiones. Como mucho, quince años.

—No llegaría a cumplir ni diez en el caso de la máxima condena —expuso el comisario—. Pero es que, además, y en atención a las circunstancias del caso, de haber condena nunca superaría los seis años. Ni cuatro de cumplimiento efectivo —exclamó—. A lo que habría que sumar las terribles consecuencias que tendría abrir ese proceso en la vida de Arancha —dijo mirando a José, que bajó la cabeza.

—Así que está claro: no podemos recurrir al Derecho del Estado —sentenció Fernando con los ojos perdidos—. Nuestro camino debe ser otro, más profundo y radical.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó José—. ¿Tomarnos la justicia por nuestra mano? Y, entonces, ¿qué hacemos con Pepe? ¿Lo matamos? No quiero matar a Pepe. Pepe me importa una mierda, ni siquiera le odio. Me gustaría que las cosas no quedasen así, como si no hubiera pasado nada, pero no veo de qué manera no las empeoraríamos si pretendiésemos hacer justicia nosotros.

—Tenemos que contar lo que pasó. Esa es nuestra obligación moral. Tenemos que contarlo —les propuso Fernando una tarde de invierno—. Estamos confundidos —prosiguió—, creemos que el Derecho es ese conjunto de leyes y reglamentos que fabrica el Estado. Y creemos que nuestra única posibilidad de obtener justicia es reclamándole al Estado que aplique su Derecho. Y nos equivocamos. Porque si bien el Derecho es eso, *no es solo*

eso.

—¿Y de qué otro Derecho estás hablando? —preguntó José.

—Toda sociedad se dota de un tipo de normas básicas y esenciales que se definen porque existe en ese grupo humano un convencimiento pleno de que, si se transgreden, es seguro que habrá una sanción para el que lo haga. Esa sanción la impondrá normalmente un tribunal del Estado, pero si esto falla, si esas normas esenciales no se aplican a través del Estado (de su Derecho y de sus tribunales), irreversiblemente se aplicarán de otra manera y por otro camino: un camino imprevisible —afirmó Fernando casi misterioso.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —volvió a preguntar José mientras el comisario se llevaba las manos a la cabeza y fijaba los ojos sobre la mesa.

—Un viejo libro de E. Adamson Hoebel me hizo comprender hace unos meses esa realidad profunda de las sociedades humanas. La pena es que el libro no está traducido al castellano: *The Law of Primitive Man. A study in comparative legal dynamics,* lo editó Harvard University Press en 1964.

—Pero, vamos a ver, Fernando —refutó el comisario Alfonso intentando reconducir la conversación—, nos dices que si los tribunales de justicia no hacen justicia, la justicia se hace por otro camino. Pues ojalá fuera así, porque no es lo que yo he vivido durante casi cuarenta años de servicio. Y, además, nos propones que hagamos públicos los delitos cometidos por este miserable. Pero ¿cómo?, ¿yendo a los periódicos? Nos tomarían por locos, Fernando.

—Lo que os propongo es que manifestemos que se han transgredido algunas de las reglas más básicas de nuestra sociedad. Y que señalemos públicamente al culpable. Si hacemos eso y los tribunales del Estado no cumplen con su función, podéis estar seguros de que alguien lo hará, alguien *pro tempore* y *pro eo solo delicto* hará justicia. Alguien o algo se convertirá en un tribunal de justicia; solo en ese momento y solo para el castigo de ese delito —concluyó solemne Fernando.

—Pero, joder, Fernando, insisto en que eso es mucho decir —interrumpió el comisario Alfonso—, la de veces que los tribunales dejan irse de rositas a un hijoputa. No te puedes hacer ni idea. Y no pasa nada, Fernando, absolutamente nada.

—Para que suceda eso que os digo, Alfonso, deben conjugarse dos cosas: en primer lugar, el criminal debe haber transgredido una norma tan esencial que no quepa ninguna duda de que merece una gravísima sanción. Es solo en esos casos cuando el fracaso del Estado da paso a una acción imprevisible de justicia social y de reparación. Pero para que esa acción social se produzca tiene que darse una segunda circunstancia: la sociedad debe tener plena conciencia de lo que ha sucedido. Y ahí entramos nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó José—, ¿cómo?

—Debemos contar lo que pasó. Debemos hacerlo público, debemos señalar al culpable.

—Y si hacemos eso, ¿se producirá una imprevisible acción de justicia y reparación? No me jodas, Fernando. Ojalá, pero, no sé, ¿estás seguro de lo

que dices? Se me hace cuesta arriba creerlo.

—Hay que tener fe, Alfonso, ¿qué otra cosa nos queda? Tenemos que denunciar lo que hizo, no podemos dejar pasar algo así por falta de convicciones, tenemos que creer en la justicia, y no estoy hablando de la justicia del Estado, estoy hablando de algo mucho más básico, algo que nunca falla, pero tenemos que creer en ello, tenemos que creer y levantar la voz, tenemos que hacer que se nos oiga.

—No sería fácil —interrumpió de nuevo el comisario Alfonso tratando de racionalizar—, hoy en día está prohibido hasta el cobrador del frac. No sería sencillo acusar públicamente a alguien de algo así.

—Yo estoy dispuesto a creer y a luchar, Fernando, pero no quiero que Arancha tenga que revivir todo aquello —repuso José casi pidiendo perdón.

—No te preocupes, yo seré quien le acuse, y le acusaré solo de lo que le hizo a Miranda.

Alfonso logró al fin cambiar de tema aquella tarde, pero no podía evitar que cada miércoles Fernando volviera sobre aquel plan alucinante, dotándolo de nuevos argumentos filosóficos.

—La ventaja de emprender el camino que propongo es que, de este modo, el Derecho opera con toda su pureza, sin apenas distinguirse en nada de la justicia —decía.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo —preguntó José.

—Quiero decir lo siguiente, José —y era como si el cuerpo escuálido de Fernando se hubiera enchufado a una fuente de energía y hasta le saliera luz por lo ojos—: un tribunal aplica racionalmente el Derecho. No hace justicia, ni lo pretende. No mira a los ojos de la víctima porque no los quiere ver. Un tribunal solo se preocupa de si tal o cual hecho probado coincide con el delito descrito en tal o cual norma. Y nada más. No le preocupa que aquello pudiera suponer algo diferente para esa víctima en concreto, para Miranda, para Arancha. Eso no se tiene en cuenta. Un tribunal aplica la norma, aplica el Derecho.

—Sí, lo comprendo; pero eso es lo que siempre hemos considerado correcto y nos enseñaban en la facultad, ¿no? —volvió a preguntar José.

—Sí, pero un procedimiento así no tiene alma, no es humano, es racional, mecánico. ¿En qué norma está descrito lo que le sucedió a Miranda? Lee el tipo delictivo de la violación y dime si describe verdaderamente la tragedia de Arancha, José. Y no estoy diciendo que el Derecho no tenga razón de ser, lo que digo es que como herramienta de justicia es absolutamente insuficiente, porque olvida que cada suceso es irrepetible y único, olvida que lo que puede ocurrirle a un ser humano excede siempre de la escueta descripción que se encuentra en las leyes.

—No puedo estar más de acuerdo contigo —dijo muy serio José mientras el comisario Alfonso se desesperaba.

—Hay un librito muy breve de Jacques Derrida sobre estos asuntos, José. Originariamente fue una conferencia y es su único texto sobre cuestiones

jurídicas, está publicado en Tecnos y es muy fácil de encontrar, se titula *Fuerza de Ley*. Es un libro que cuestiona los defectos del Derecho en relación con la justicia, pero no consigue ofrecer soluciones. Sin embargo, yo creo que si unimos esta reflexión de Derrida con otras procedentes de la antropología jurídica, como la que el otro día os expliqué de Hoebel, por ese camino sí sería posible alcanzar respuestas. Estoy convencido de ello —y, de nuevo, fue como si se hubiera enchufado a alguna corriente eléctrica.

El comisario Alfonso lo miraba en silencio. Cada día estaba más preocupado por él.

2
Praxis

Cuando un miércoles les dijo que había comenzado a poner en práctica su teoría, Alfonso se planteó si lo prudente no sería detenerle de alguna manera. José, por el contrario, sintió que estaba ante un héroe; eso que yo no soy, pensó casi con vergüenza.

Fernando llevaba encima una foto de Miranda y otra de Pepe. Comenzó a visitar las tiendas de moda en las que Pepe vendía género. Entraba y se dirigía a las dependientas del mostrador, les mostraba primero la foto de Miranda y les hablaba de su inocencia, de su alma rota, de cómo él, que había sido su marido, no había sabido devolverle las ganas de vivir.

Las dependientas comenzaban a sentirse nerviosas, intentaban eludir la conversación con aquel hombre que, evidentemente, estaba muy enfermo, miraban con angustia al guardia jurado de la tienda, si lo había, o a una compañera; pero en ese momento Fernando les mostraba otra foto y ellas se sorprendían porque conocían ese rostro, ¡pero si es Pepe Ramírez! Y Fernando comenzaba a narrarles una dramática historia.

El aspecto depauperado de Fernando y la extravagancia de su misión tenían como consecuencia que, la mayoría de las veces, las chicas se asustaran y no dieran ningún crédito a lo que se les contaba. En varias ocasiones un guardia jurado sacó a Fernando a empujones de la tienda. Él no cejaba en su empeño: dos o tres visitas diarias. Y no solo a tiendas de moda, sino a cualquier lugar en donde Pepe fuera conocido: bares que frecuentara, restaurantes, amigos. Dos o tres visitas diarias, no más, no menos.

El comisario Alfonso y José estaban muy preocupados. Alfonso no sabía cómo podía terminar aquel descabellado plan, pero presentía que muy mal. José quería creer, pero dudaba.

El primer incidente grave tuvo lugar el día en que Fernando fue a la boutique de moda joven que, finalmente, Pepe había abierto por su cuenta en una muy buena zona de la ciudad.

Apenas había comenzado a hablar con una de las dependientas del

mostrador cuando un guardia jurado se le acercó por detrás y le cogió del brazo retorciéndoselo. Así que tú eres el pringao que va por ahí contando mentiras, despojo de mierda, le decía mientras le retorcía el brazo y obligaba a Fernando a arrodillarse derrumbado por el dolor.

—Me vas a contar a mí por qué haces esto, gilipollas, y quién te manda. Anda, dímelo o te arranco el brazo, mamón.

Fernando estaba muy débil, medía más de un metro ochenta y en aquella época apenas pesaba sesenta kilos. Perdió el conocimiento. Cuando lo recobró habían llegado dos policías locales. Uno de ellos le sujetaba la cabeza y le mojaba con un paño húmedo el rostro. Le ayudaron a levantarse y lo metieron en el coche patrulla con destino a una comisaría. Alfonso había previsto que eso terminaría sucediendo, así que Fernando tenía una estrategia bien diseñada.

En la comisaría esperaba el abogado de Pepe. Quería saber quién era el sujeto que llevaba semanas desacreditando a su cliente y ocasionando un daño irreparable a su buen nombre. Pretendía saber quién estaba detrás de semejante campaña de injurias y, además, era tan ruin como para enviar a un pobre enfermo a cumplir con tan miserable misión.

A partir de ahí, Fernando comenzaba a sorprender. Primera sorpresa: disculpe, comisario, pero no necesito abogado de oficio, estoy colegiado con el número que podrá ver en mi carné y opto por defenderme a mí mismo. Esto agilizará los trámites, podemos hacer la primera declaración de inmediato. Segunda sorpresa: a la querella por calumnias que anuncia el letrado del señor José Manuel Ramírez, opongo yo la de violación contra su cliente. Y a continuación, Fernando se identificaba como viudo de la víctima. Y pasaba a narrar una larga historia.

Aquel comisario se sentía confundido. El asunto era bastante más complejo de lo que parecía al principio. Qué coño, llamo al juez de guardia y que me diga lo que hacemos, pensó. Mientras, el abogado de Pepe estaba colgado del móvil contándole a su cliente el sorprendente vuelco que había dado el desagradable asunto.

El juez de guardia comunicó por teléfono que no se presentaría aquella tarde en la comisaría (aquí la sorpresa hubiera sido lo contrario). Al día siguiente tomaría declaración a Fernando a las 10 de la mañana, pero para asegurar su comparecencia ordenaba su reclusión hasta ese momento. Sería la primera vez que Fernando durmiera en una celda.

Alfonso se personó en aquella comisaría al anochecer. Otro susto para el comisario que aquel día estaba de guardia.

—Coño, Alfonso, pero ¿tú conoces a este drogata?

—No es ningún drogadicto, Morales. Es un hombre enfermo que antes de morir pretende que se guarde la memoria de la que fue su esposa, y que se haga justicia. Haz el favor de llamar a un médico o a una enfermera porque me dice que un segurata de mierda le ha retorcido el brazo y he visto que lo tiene bastante inflamado. He traído una pequeña estufa eléctrica para que no

se nos muera de frío en la celda, permítele que la tenga encendida, y dale mantas, y este pijama, y este neceser. Y esta carpeta con documentos. Míralo todo antes, tranquilo, que te veo en la cara que estás acojonao…

Al día siguiente, y ya delante del juez, el abogado de Pepe se apresuraba a retirar los cargos contra Fernando.

—Es evidente que se trata de una persona enajenada —argumentaba—, su aspecto físico denota que sufre alguna grave enfermedad, quizás terminal, y ello ha podido alterar sus condiciones mentales. Lo que sí rogamos a Su Señoría es que tome las medidas cautelares que estime oportunas para que cese el acoso sobre mi cliente.

Todo según lo previsto por Fernando: Pepe se quitaba de en medio al sentir que su negro pasado regresaba e iba a por él.

El asunto parecía abocado a terminar con un mero apercibimiento a la persona de Fernando y poco más. A ello se disponía el señor magistrado cuando Fernando pidió la palabra levantando el brazo que llevaba en cabestrillo y pasó a presentar unos indicios de prueba que, en su opinión, justificarían la apertura de un sumario que investigara presuntos delitos de violación y acoso por parte del señor José Manuel Ramírez, que está representado por el letrado que nos acompaña.

—En primer lugar, aporto como indicio de veracidad la circunstancia de que ya se abrió un sumario por hechos similares hace ahora once años —Fernando se levantó trabajosamente y entregó una fotocopia del expediente al oficial del juzgado que hacía las labores de secretario judicial—. Si bien estas actuaciones, de cuya copia hago en este momento acto de entrega, fueron archivadas por falta de pruebas, nuevas circunstancias podrían hacer conveniente reabrir ahora el caso. Estas nuevas circunstancias —proseguía Fernando ante el asombro del abogado de Pepe—, podrían derivarse de la declaración de dos señoritas que habrían abandonado su puesto de trabajo en dos boutiques de moda de esta ciudad al verse acosadas por el señor José Manuel Ramírez. Estoy en condiciones de ofrecer los datos personales de estas señoritas.

—Mire, letrado —le contestó el juez con tono reflexivo—, y fíjese que no me dirijo a usted como imputado en causa alguna, sino como lo que parece que pretende ser: el letrado de una acusación particular. Mire, pues, letrado; usted aporta como prueba de lo que pretende dos cosas. Por un lado, el expediente de una causa archivada, por lo que veo, hace ahora once años. Y por otro lado, lo que usted afirma, sin acreditación alguna, respecto de que se ha producido un delito de acoso a dos señoritas que no sabemos quiénes son, no han presentado denuncia alguna y, por lo que yo intuyo, usted no representa.

—Efectivamente, Señoría. Así son las cosas.

—Pues si las cosas son así, jurídicamente ha errado usted el tiro, letrado. El camino correcto sería presentar una denuncia en una comisaría para que la fiscalía y la policía llevasen a cabo las pesquisas convenientes y, si de ello se

dedujeran presuntos hechos delictivos, yo estaría encantado de abrir el correspondiente sumario. Si me toca por sorteo, claro está —zanjó el juez sonriendo—. Queda levantada la sesión y archivado el asunto.

Alfonso y José estaban en la calle esperando a Fernando en la puerta de los juzgados. Los dos se emocionaron cuando lo vieron salir malvestido, quijote flaco y brazo en cabestrillo.

¡Campeón!, gritó el comisario. José cerraba los puños como celebrando un gol y le miraba enardecido con la boca abierta.

Se fueron a uno de esos bares de buen comer que hay siempre en torno a los juzgados, a compartir unos huevos rotos con jamón ibérico y una botella de tinto del Bierzo.

—Esto levanta a un muerto —le dijo Alfonso ya en la mesa, después de pedir la comida—, vamos, cuéntanos cómo ha ido todo.

Escucharon la historia dando vivas a cada paso y brindando con ese tinto que tenía un sabor memorable aquel mediodía. Al acabar de hablar Fernando se hizo hueco un pequeño silencio.

—¿Sabes? —dijo Alfonso muy serio—, yo fracasé como comisario porque no fui capaz de creer en la fuerza enorme que tiene la verdad. Cuántas veces nos callamos sabiendo que podríamos hablar; cuántas veces estamos en condiciones de levantar la voz y, sin embargo… Porque la verdad es muy exigente, es más fácil darle la espalda. Pero, joder, qué fuerza tiene, pasa por encima de todo. No sé si tus teorías quieren decir esto, pero es lo que yo entiendo que tú haces y, ¿sabes?, quiero decirte que tiene sentido.

Ellos no podían saberlo, pero por aquella época algunos autores a los que ya no llegaría a leer Fernando comenzaron a cuestionar los viejos esquemas del principio de presunción de inocencia, y a reclamar el lugar que la verdad de ciertos colectivos debe ocupar en los procesos judiciales: la verdad de los niños, la verdad de las mujeres cuando se enfrentan a delitos que, por definición, siempre se cometen en la intimidad, o la verdad de los más débiles, de las minorías, de los marginados, esa verdad oprimida que queda siempre sometida y oscurecida bajo el implacable principio de la presunción de inocencia.

Frente al decimonónico principio de la presunción de inocencia, algunos autores comenzarían por aquella época a defender el principio de que las víctimas deben ser creídas, de que ciertas víctimas, sobre todo en relación con cierto tipo de delitos, deben ser moralmente tomadas en cuenta, y que si se aportan algunos indicios de verosimilitud, deberían ser los presuntos culpables los que tendrían que probar su inocencia.

Hasta que ese día no llegue, la verdad está sola, pero si encuentra a alguien que decida nombrarla, ella nunca es débil, al contrario, está llena de fuerza.

* * *

Al poco tiempo de aquellos sucesos Fernando empeoró definitivamente. No tenía fuerza para andar, le fallaban las piernas.

Quería que le enterraran en el pueblo, en el mismo nicho en el que descansaban las cenizas de Miranda. Los últimos años de su vida había pasado allí todos los fines de semana, con sus padres y su hermana. La noche del sábado se sentaban los cuatro en la cocina ante la inabarcable cena que había preparado la madre. Los cuatro.

Dondequiera que estés, créeme, Fernando, a ellos no llegaste tarde.

El comisario Alfonso era un hombre muy entretenido, porque tenía muchas historias policiacas que contar, y animó mucho algunas de las tardes en el hospital. Él y José iban todos los días a acompañar a Fernando y a atender a su familia. Somos sus amigos, respondían cuando su hermana les decía que no hacía falta que les llevasen del hospital a casa en coche, que les sustituyesen en la habitación de Fernando para que pudieran ir juntos a comer, que entrasen en el turno familiar para quedarse a dormir en el sofá-cama de la habitación del hospital. Somos sus amigos, decían. Y era verdad.

Murió de noche. Estaba José con él en la habitación. Le despertó el sonido de la trabajosa respiración de Fernando, fue a su cama y vio su rostro traslúcido, su barba rala, la boca abierta; tenía los ojos cerrados y apenas podía respirar. Morir no es fácil.

José estaba medio dormido, no descansaba bien en aquel sofá porque lo desbordaba y tenía miedo de caerse al suelo. Volvió al improvisado catre pensando en si no descansaría mejor poniendo los cojines en el suelo. Hizo una prueba, pero al echarse sobre ellos se desplazaban y cada poco tiempo sentía el frío helado del suelo en sus nalgas. Reacomodaba los cojines, pero no pasaba mucho tiempo sin que volviera su culo a tocar el suelo.

Le despertó una mano en su hombro. Abrió los ojos y vio que se trataba de una enfermera. Tomó conciencia de su situación, estaba tirado en el suelo de la habitación, joder, qué vergüenza, trató de incorporarse con alguna agilidad pero tenía rígido el cuerpo y le dio un tirón en la espalda, reprimió un grito, ¡ay!, llevaba el pijama retorcido, la enfermera trató de ayudarle, no, no, muchas gracias, dijo él intentando dignificar la escena, yo puedo solo, y poco a poco logró ponerse en pie.

—Ha fallecido ya —le dijo la enfermera mirándole a los ojos.

José se acercó a la cama arreglándose el pijama y vio el rostro de Fernando.

Mientras se vestía en el baño alguien entró en la habitación.

—Tenemos que preparar el cadáver —le dijeron desde el otro lado de la puerta—, debe salir de la habitación.

—Salgo enseguida —contestó él.

Ya en el pasillo llamó a la hermana de Fernando. Sintió lo sola que se quedaba.

Y mientras esperaba en aquel pasillo a que todos llegaran tomó la decisión de su vida. Se lo dijo a Fernando cuando pudo volver a entrar en la

habitación: voy a contarlo, Fernando. Y le repitió: voy a contarlo. Hablaré de Miranda y de ti, honraré vuestra memoria, Fernando. Voy a levantar la voz. Tu voz, Fernando, tu voz. Voy a contarlo.

La tarde que le comunicó su decisión, el comisario Alfonso guardó silencio y le echó el brazo al hombro. Y fueron juntos caminando a su cafetería. Y seguían siendo tres, siguieron siendo tres siempre.

3
La tarea del héroe

José no llevaba la foto de Arancha. No quería implicarla. Mostraba únicamente la foto de Pepe, y hablaba de Miranda y de Fernando, y tenía previsto hablar también de las jovencitas amedrentadas y estafadas por Pepe Ramírez, pero nunca le daba tiempo.

El problema era que si bien el aspecto de Fernando generaba cierta conmiseración y miedo en sus interlocutores, que habitualmente no sabían cómo quitárselo de encima, José era un hombre bien vestido, de mediana edad, y cuya sonrosada obesidad y grandes ojos redondos inspiraban cualquier cosa menos temor.

—Oiga, pero qué me está contando, por favor, déjeme en paz. ¡Antonio, Antonio! Mira, pídele a este señor que abandone la tienda. Hala, buenas tardes.

Hacía José dos o tres visitas diarias, no más, e iba a los más diversos lugares en los que Pepe Ramírez pudiera ser conocido en alguna medida, incluido el colegio de sus hijos, la peluquería de su esposa, el supermercado que frecuentaban, su club deportivo, el gimnasio, su masajista, su médico de cabecera, amigos, clientes.

Sucedió en un pequeño bar cercano a la estación de tren en el que Pepe desayunaba cuando salía de viaje. Era temprano, sobre las ocho y media. La persiana metálica del bar se cerró haciendo mucho ruido. José le estaba contando la historia de Miranda al camarero gordo que se encontraba detrás de la barra cuando se volvió y vio a dos jóvenes fornidos con la cabeza rapada y vestidos con prendas militares, llevaban los brazos tatuados y sonreían y le miraban fijamente; iban hacia él.

Uno llevaba un bate de béisbol y pudo ver los anillos de acero en el puño del otro. Ni le dirigieron la palabra, comenzaron a golpearle, él se cubría la cabeza y el rostro, cayó al suelo desde el alto del taburete en el que estaba sentado y allí comenzaron a darle patadas y a insultarle, José se cubría el rostro con los brazos y doblaba las piernas contra el pecho intentando

protegerse; ¡maricón de mierda, fachoso, te vamos a patear el culo, cerdo!, déjame sitio, agárrale que le voy a romper la cara de una patada.

De pronto se escuchó un tremendo ruido de cristales rotos y sonaron dos disparos. Era el comisario Alfonso que había entrado en el local rompiendo a patadas los cristales de la puerta que había tras la persiana metálica y le metía el cañón de la pistola en la boca a uno de los dos matones.

—¡Mecagüendiós que te vuelo el cerebro que no tienes hijoputa!, ¡mecagüendiós!, venga, llama a la puta policía, imbécil, ¡sí, tú, gordo de mierda, que cojas el teléfono o mato a este mierda y luego te agujereo la tripa a ti, imbécil! Y tú no te muevas, gilipollas, que después de coserte a tiros me paso media hora dándole hostias a tu puto cadáver en el puto suelo. ¡Mecagüendiós!, ¡que llames a la policía, joder, que llames!

A José le dolía el vientre y notaba que le tiraba la piel en varias partes del cuerpo. Intentó incorporarse, pero una punzada de dolor se lo impidió, era como si algo se hubiera roto en el interior de su tripa. La saliva tenía un sabor dulce, escupió al suelo y se dio cuenta de que tenía la boca llena de sangre.

No tardó nada en presentarse un coche de policía, luego llegó un furgón para llevarse a los dos matones. Y una ambulancia. Hubo que llevar a José a un hospital; podía tener una hemorragia interna y algún órgano afectado.

—¿Qué hacemos, José?, ¿llamo a tu mujer? —le preguntó el comisario Alfonso en la ambulancia.

—No sé, Alfonso. No quiero que sepa nada de todo esto.

—Bueno, vamos a ver qué dicen los médicos y luego decidimos.

Los médicos tenían que comprobar si había vísceras afectadas, en cuyo caso el problema podía llegar a ser incluso muy grave; había que hacer una tomografía y otras pruebas. Usted debe quedarse en la sala de espera, le dijo al comisario una enfermera, ¿avisamos a algún familiar? Los dos amigos se miraron a los ojos, fue un segundo.

—No hace falta que llamen ustedes a nadie —contestó Alfonso—. No te preocupes, José, según vayan las cosas yo la llamo. No me moveré de aquí.

Pasó bastante tiempo, más de dos horas. Al fin, llamaron a Alfonso y le llevaron a la habitación donde descansaba José.

—No tiene ningún órgano afectado gravemente —le explicó un médico joven en bata blanca—, pero debe quedarse 48 horas en observación por si se reprodujera una hemorragia.

José estaba medio dormido, con dos goteros conectados a sus arterias. Se sentía agotado, se le había amoratado un ojo, tenía hematomas en diversos lugares del cuerpo. Estaba bastante dolorido. Le habían dado una buena paliza.

—Me has salvado la vida —alcanzó a decir con una débil sonrisa.

—¿Dónde tienes el móvil? Si te parece, me dictas algo y le mando un mensaje a tu mujer. ¿Qué te parece? ¿O prefieres que la vaya a ver, o que la llame? Le podemos decir que te asaltaron para robarte.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos.

—No se preocupará hasta el anochecer. Tenemos tiempo para inventar algo —dijo, y casi a continuación se quedó dormido.

Conforme pasaban las horas el comisario Alfonso se iba enardeciendo. Nos va a matar como a ratas, uno a uno, se decía. Hay que poner las cosas en su sitio, no sé cómo he podido permitir todo esto. Salió al pasillo del hospital y marcó un número de teléfono.

—¿Manolo? ¿Cómo estás? ¿Ya te has enterado? Yo llamaba para saber si habíais averiguado algo sobre esos tipos. ¿Qué han dicho? Que querían robarle, están bien instruidos. Sí, sé más cosas, el móvil no era el robo. Lo sé, Manolo, créeme, lo sé. Eran sicarios, querían matarle, o quizás solo asustarle. No lo sé. Pero sé que no estaban interesados en robarle. ¿No tienen antecedentes?, pues qué bien, los soltarán en poco tiempo. Él está bien, sí, pero podría haber sido algo mucho más feo, ha faltado poco. Si hubiera cualquier novedad, llámame, por favor. ¿Qué quieres que te explique? Un comisario no se jubila nunca, Manolo. Eso tú deberías saberlo.

El comisario Alfonso estaba fuera de sí. Caminaba de arriba abajo por el pasillo del hospital y no dejaba de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué me costaría retirar del mundo a ese miserable? Un violador de mierda, un acosador y, por lo visto, también un asesino. ¿Quién iba a echarle de menos? Tiene dos hijos. Sí. Pero para su esposa su muerte sería una liberación, quizás no fuera consciente al principio, pero ya lo creo que lo sería al poco tiempo. Y sus hijos también se verían liberados de esa carga. Para ellos, mejor muerto que en la cárcel. No sé qué hago aquí sin hacer nada. Pero no me quiero ir sin hablar antes con José.

José se despertó a media tarde. Se sentía cansado y dolorido.

—Tienes que llamar a Arancha, Alfonso.

—Ahora mismo, José. Dame el teléfono. ¿Qué quieres que le diga? Si te parece, le explico que te han asaltado para robarte. Es la versión que han dado los sicarios en comisaría.

—Vale, Alfonso, dile eso. Querrá venir. Y vendrá digamos lo que digamos, así que no hay nada que hacer. Lo más importante ahora es seguir adelante. Fernando tenía razón, siento que algo va a suceder.

—Lo que va a suceder, si esto sigue así, es que este hijoputa nos va a matar a todos, José. Pero no se lo voy a permitir.

—Alfonso, no lo estropees. ¿Cuándo crees que me tomarán declaración? ¿Mañana? Haré lo que teníamos previsto, lo acusaré a él y, a partir de entonces, no podrá hacerme nada, porque si sufro otra agresión él será el primer sospechoso. ¿Recuerdas a Fernando? Tenemos que creer, decía. Tenemos que contar lo que sabemos y confiar en la justicia. No en la justicia de los jueces y los fiscales, sino en una justicia más alta. ¿Recuerdas a Fernando? Si estamos a la altura de la verdad esa justicia llegará. Tenemos que contarlo, decía él, y eso es lo que hay que hacer, tenemos que contarlo.

Pero tal y como iban las cosas al comisario Alfonso le estaban entrando

muchas dudas acerca de las teorías de Fernando. Era mucho más partidario de ir directamente a por Ramírez. Había visto una grabación de cómo violaba a una mujer embarazada. No le quedaba ninguna duda de que podía hacer justicia por su cuenta.

¿Qué me detiene?, se preguntó. Y se dio cuenta de que lo que le detenía era que no quería fallarles a ellos. A sus amigos. A lo largo de su vida les había ido fallando a sus seres más queridos: a sus padres, a su esposa, a su hija. Sus padres estaban muertos y su esposa y su hija no volverían nunca.

—Esperaré a tu esposa, José. Y no te preocupes, si tú estás convencido de lo que tenemos que hacer, estaré contigo. No lo dudes.

El comisario hizo su trabajo con la diligencia propia de su larga experiencia. Tranquilizó a Arancha por teléfono y la recibió en la puerta de la habitación cuando, al poco tiempo, llegó al hospital. No tiene ningún órgano afectado, le explicó, no ha sufrido daños graves, pero los médicos consideran oportuno tenerle un día o dos en observación.

—José, te dejo en las mejores manos. Mañana por la mañana vendrán a tomarte declaración, ya lo sabes. Procuraré estar presente.

—Gracias, Alfonso, gracias —le dijo con mirada cómplice.

Hacía mucho tiempo que José y Arancha no estaban solos. Gracias a su hija habían llegado a ser una auténtica familia, pero ya no eran una pareja. Ambos se sentían extraños frente a frente en aquella pequeña habitación. Arancha no paraba de hablar.

—Qué susto, Dios mío, menos mal que no te ha pasado nada irreparable. A dónde vamos a ir a parar. Al menos estás en una habitación individual. No me vuelvo a quejar del precio del seguro. Vete tú a saber dónde te habrían metido si hubieras ido a la Seguridad Social.

Al poco rato llegó la cena y, por primera vez en mucho tiempo, José sintió el cariño de su esposa. Ella le dio la sopa con paciencia, ¿está muy caliente?, y le cortó en pedacitos el filete de pechuga de pollo.

—Estás muy dolorido, deja que yo te dé de cenar, no hagas esfuerzos, ¡qué ojo se te ha puesto!, ya me doy cuenta de que no puedes abrir casi la boca con ese labio partido.

Llenó con sus frascos y cremas de belleza la repisa y el armarito de aquel escueto cuarto de baño.

—¡A ver si traen más perchas, que no tengo dónde colgar la ropa!

A José le hizo gracia la entidad del desembarco de su esposa en aquella pequeña habitación de hospital. Así es ella, pensó.

* * *

Y mientras eso sucedía, en otra esquina de ese mismo tiempo, mientras Arancha se miraba ante el espejo del baño vestida con su camisón de hilo,

mientras José sentía su cariño por primera vez desde hacía años, mientras un criminal se sentía acorralado y acogotaba de miedo a su esposa con su sola mirada, justo entonces, al mismo tiempo que el comisario Alfonso limpiaba pensativo su pistola en el salón de su piso, entonces, justo entonces, un anciano tomaba un autobús desde un lejano lugar de Extremadura, portando en su equipaje una escopeta de caza.

* * *

El invierno estaba siendo especialmente duro aquel año, pero el padre de Miranda no dejó de levantarse ningún día antes del alba para recorrer en silencio los senderos del bosque. No solía dispararle a nada, ni llevaba perro. La escopeta era más una costumbre que un instrumento de caza. Cuando el sol ya despuntaba entero encendía una fogata en un claro y allí, muy de mañana, almorzaba al cabo de la larga caminata. La bota, el tocino, jamón y pan. Fue en ese mismo claro del bosque donde había visto llegar hacía unos años a un Fernando enfermo. No había vuelto a saber de él.

Aquel día también sintió llegar a alguien y miró hacia el lugar de la espesura desde donde venía el ruido de matas pisadas y ramas rotas. Se sorprendió mucho. Era él, el hombre que había destrozado la vida de su hija.

Aquel anciano recordaba a su hija todos los días. La recordaba pequeña y feliz, persiguiendo a las gallinas en el corral, iniciando una excursión con un palo en la mano, hablándole a aquel perro que compartió su infancia. Recordaba sus ojos de niña, su ilusión de niña. Recordaba su risa, su inocencia. Hubo un tiempo en el que estrechaba fuerte la escopeta pensando en quitarse la vida. Ya no. Quizás porque ya estaba muerto.

Pepe iba acompañado de otro hombre. A ese no lo había visto nunca. Era un hombre grande, vestido con una pelliza y un gorro de piel, y portaba una escopeta al hombro. Llevaban con ellos un perro de caza, un pointer.

—¿Qué tal, Antonio, cómo estás? Hace mucho que no nos vemos —dijo Pepe con arrogancia, acercándose con su compañero a la fogata del anciano —. Vienes siempre por aquí, ¿no? Nosotros llevamos dando batidas desde muy temprano y no hemos visto nada, no hay mucha caza este año, por lo visto. ¿Se te ha comido la lengua el gato? Bueno, bueno, Antonio. Hace mucho que no nos vemos, pero fíjate lo poco que me cuesta a mí volver un día al pueblo a pegar cuatro tiros.

El padre de Miranda se levantó de la piedra grande que le servía de asiento y tomó la escopeta del suelo. El hombre que acompañaba a Pepe se descolgó la suya del hombro y le miró a los ojos, pero no le encontró la mirada porque ya les daba la espalda tomando el sendero.

—Es mejor olvidar, Antonio —le gritó Pepe—, las cosas pasadas hay que dejarlas estar. No remuevas el pasado, te lo digo amistosamente. No

quiero tener que volver, ¡me oyes!

Y aquel anciano siguió caminando sin volver la vista atrás, caminando por el mismo sendero que le llevaba hasta aquel claro todos los días. Se oyó un tiro. Pero ni entonces se volvió. Siguió andando, apretando los dientes.

El tiro había sido al aire. Con la escopeta humeante, aquel hombre miró a Pepe preguntando. Este negó con la cabeza.

—Con esto ya tiene bastante —dijo—. Recoge el cartucho, hacía mucho que no se disparaba esta escopeta, ya no salgo nunca de caza.

El padre de Miranda continuó yendo a diario al bosque, y paraba a almorzar en el mismo claro. Quizás buscaba la muerte. Transcurrieron algunos meses. La pena, que ya había tomado su vida hacía años, se removió en su seno con una nueva intensidad. Apenas comía, y pasaba horas sin levantar la mirada del lugar fijo en el que la hubiera posado al sentarse en la mesa de la cocina, donde mataba casi todas las tardes.

En una vieja agenda conservaba un teléfono de Fernando. ¿Por qué se hacen algunas cosas en la vida? Llamó. Le contestó su hermana. Hablaron largamente. No sabía que Fernando hubiera muerto. Tuvo que sentarse para seguir conversando. La hermana le contó algunas cosas, cosas que ella había llegado a saber. Su hermano nunca había olvidado a Miranda. Fernando había cambiado mucho. Quizás era debido a la enfermedad, pero vivía obsesionado con el recuerdo de Miranda. Se metió en algunos líos, parece que con un antiguo novio de Miranda.

—En fin. Cosas pasadas. Mejor dejarlo ahí, Antonio. A Miranda la quisimos mucho. Esto es enormemente triste. Yo estoy arrasada por la tristeza. Fernando no pudo superar la muerte de tu hija; quién lo hubiera dicho. Era muy sensible, demasiado sensible, no pudo con la vida que le tocó vivir.

El viejo siguió mucho tiempo allí sentado, en la silla del salón que había al lado de la mesita del teléfono. Sacó de su bolsillo un sobre doblado, una carta breve que le había llegado hacía un tiempo por correo y que llevaba siempre consigo. Abrió el sobre y sacó el papel sobado que tenía dentro. Había escritas bien pocas líneas.

Querido Antonio:

Te escribo para decirte algo que sé que te alegrará. Tienes una nieta sana y feliz. Es el vivo retrato de Miranda. Eres abuelo.

Debes alegrarte por ello.

Te recuerdo con mucho cariño.

Tu yerno, Fernando.

* * *

La habitación de José en el hospital estaba llena de gente; sus padres, los de Arancha, sus hermanos. El médico había pasado a las 10 de la mañana. Si todo seguía como hasta entonces, al día siguiente podría abandonar el hospital.

Serían más o menos las doce del mediodía cuando se abrió paso el comisario Alfonso entre el pequeño tumulto de familiares.

—¿Cómo estás, José? —le preguntó—. ¿Va todo bien?

—Hola, Alfonso, sí, todo va bien —contestó José con una sonrisa todo lo ancha que permitían sus labios cortados—. Te voy a presentar a mis padres…

—José, han venido del juzgado para tomarte declaración —le dijo el comisario acercándose mucho a él para que los demás no pudieran oírle—, están esperando fuera. Si te parece, me llevo a tu familia al pasillo, no creo que convenga que escuchen lo que vas a declarar.

Alfonso saludó a Arancha, a su madre (tratándola de usted y con el título de «señora»), se presentó a los padres de José y a sus hermanos y, haciendo valer la *auctoritas* del título de comisario, fue sacándolos a todos al pasillo. Será un minuto, explicaba, José tiene que hacer una declaración sobre lo sucedido, una formalidad necesaria.

Y ya a solas en la habitación, con la oficial de juzgado y una secretaria, José hizo su declaración. Afirmó saber quién estaba detrás del intento de asesinato. Estaba seguro de que el móvil del asalto no había sido el robo, sino tratar de detener sus denuncias de violación contra José Manuel Ramírez, del cual podía dar todos los datos, dirección, DNI y número de teléfono.

—Se trata de una larga historia que no tengo ningún inconveniente en relatar. En todo caso, quiero manifestar que con esta declaración presento denuncia formal por intento de asesinato contra el señor José Manuel Ramírez.

Sorprendida por el sesgo que tomaba el asunto, la oficial del juzgado suspendió la declaración. Mire, señor Monreal, esto excede lo que yo puedo atender razonablemente. Creo que será mejor que usted preste su declaración directamente ante el juez correspondiente. Yo esperaba un trámite más habitual, disculpe. De vuelta en el juzgado me encargo de que pueda declarar lo antes posible. ¿Cuándo está previsto que le den el alta?

La familia volvió a entrar en la habitación. Arancha había ido a buscar a la niña al colegio. La pobre había luchado con todas sus fuerzas por ir a ver aquella mañana a su papá, que estaba malito. Al final, los abuelos habían capitulado: si aceptas ir al colegio te iremos a buscar antes de comer para que veas a papá. De este modo, la pequeña Valentina lograba entrar en la habitación del hospital aquel mediodía. Tenía una expresión desconcertada y ansiosa, y nada más ver a José trepó a su cama para abrazarlo.

Alguien, desde la puerta, los miraba. Miraba a un padre con su hija. Un hombre viejo los miraba. Miraba a un padre con su hija. El comisario Alfonso contemplaba a José con todo lo que tenía, con su tesoro de inocencia. Veía a un hombre con lo que él había perdido. Veía a un padre con su hija.

Salió del hospital y fue a buscar su coche. Condujo hasta la calle donde vivía José Manuel Ramírez. Era una bocacalle estrecha y siempre umbría debido a los grandes árboles que la poblaban. El que tuviera una única dirección para el tráfico facilitaba la huida, caso de ser necesario. No había cajeros automáticos ni comercios que pudieran tener cámaras apuntando a la calle. Un colegio de monjas ocupaba muchos metros de la acera de enfrente. No vio ninguna cámara en la puerta de entrada. Dio la vuelta por la avenida y volvió a pasar con el coche de nuevo por aquella calle. Volvió a comprobar que no hubiera cámaras. Como no había bares ni restaurantes en las proximidades, aquella bocacalle debía de ser muy solitaria por la noche. Y los árboles tamizarían la luz de las farolas. Una calle poco transitada y oscura.

Aparcó el coche y regresó andando. Caminó despacio observando los aristocráticos portales de aquellas viejas casas. Quizás hubiera cámara de seguridad en alguno de aquellos portales. En la casa de José Manuel Ramírez no había, eso sí lo sabía. Pero no podía asegurarlo respecto del resto de las fincas. Habría que entrar para comprobarlo. No costaría tanto, podía hacerlo aquella misma tarde aprovechando que ya estaba allí. Donde hubiera portero sería más fácil. Simplemente preguntando. Por si la comunidad de propietarios quisiera instalar ese sistema de seguridad, diría, y se presentaría como comercial de una empresa del ramo.

* * *

Mientras el comisario Alfonso paseaba por aquella calle aquel mediodía, a muy pocos metros de él una mujer se debatía angustiada en una cocina en tinieblas. No podía olvidar el rostro suplicante de su hijo mirándola mientras su padre le abofeteaba, le insultaba, le humillaba. Tenía ya ocho años y se daba cuenta de las cosas. Estaba muy unido a su madre. Era un niño silencioso, en el colegio tenía problemas de integración y también de atención; le costaba mucho superar las asignaturas, pero no por falta de inteligencia, de eso estaba segura, era porque el niño se daba cuenta de todo y sufría mucho. Su padre no soportaba que estuviera siempre cogido a sus faldas. ¡Pero si es un niño! El pequeño de sus dos hijos vivía aún en su mundo, todavía feliz, pero el mayor se daba cuenta de todo.

Llevaba unas grandes gafas y era muy delgado. Aún no coordinaba bien sus movimientos dado que era bastante alto para su edad. A su madre todo eso la enternecía, pero los niños son crueles a veces y en el colegio debía padecer burlas.

Durante años se había sentido sola. Sus padres la habían abandonado con él. Sí. Esa era la verdad. Sí. La habían abandonado. Lo habían hecho. Su marido era el hijo que no tuvieron y hubieran querido. Su madre estaba, incluso, un poco enamorada, a la manera platónica, claro. Bendecía todo lo

que él proponía. Pero es que no le conocían de verdad. No sabían el tipo de bestia que se escondía en casa, que solo se manifestaba verdaderamente cuando estaba con ella, cuando no había nadie más.

Durante años se había sentido sola, pero ya no. Ahora tenía a su hijo y pasaban mucho tiempo hablando, se tenían el uno al otro, él confiaba en ella, la quería con toda la fuerza de sus ocho años, con toda la sinceridad de la infancia. Y ella no estaba dispuesta a dejarle solo, no iba a abandonarle como habían hecho sus padres con ella. Eso jamás.

Comenzó a visitar con más frecuencia el colegio, a hablar con las madres de los otros niños y a conocer a sus hijos. Hola, soy la madre de Pepín, ¿tú eres su amigo, no? ¿Eres su amigo, verdad? Fue varias veces a hablar con la psicóloga del colegio. Es un niño muy introvertido, le dijo, y muy sensible. Es importante que le ayudemos a manejar su sensibilidad para que no se haga daño.

Aquellas frases se le quedaron grabadas como una admonición: debes protegerlo, él te quiere, nadie te quiere ni te querrá jamás como te quiere él. No puedes consentir que sufra por eso, no puedes permitir que sufra por el amor que te profesa. No lo permitas. No lo toleres. No. No.

A Pepe le resultaba insoportable verlo siempre con su madre, abrazado a ella, pegado a ella. Sentía que su hijo le miraba con desprecio, con asco, con miedo. ¡Ese mequetrefe que me debe hasta el agua que bebe! No le gustaba sentir eso, se quitaba con rabia esos pensamientos de la cabeza, pero al verlo ahí, débil y patético entre las faldas de su madre, esos sentimientos le asaltaban de nuevo y un odio que le resultaba familiar le estremecía, ese mismo odio que tantas otras veces le había hecho decir basta.

Hacía años que Concha no veía a José. ¿Qué hacía él en el colegio de sus hijos? Estaba muy cambiado, más gordo. Quizás había tenido un niño y pensaba llevarlo allí.

Pepe había cortado súbitamente aquella relación hacía algunos años. Le dio de ello una explicación un tanto sorprendente: se había dado cuenta de que querían aprovecharse de él; Arancha y su madre pretendían ponerlo a trabajar para ellas, y es que no lo consideraban un igual, no lo trataban como se debe tratar a un socio. Y él no estaba dispuesto a tolerar que lo menospreciasen.

Concha había dejado de preguntar por ellos porque notaba que a Pepe le incomodaba. Y así habían pasado, ¿cuántos años? Y, de pronto, ¡qué casualidad!, ¡ahí estaba José!, lo tenía a unos veinte metros, estaba hablando con la psicóloga del colegio. Pero al ir acercándose notó algo raro, era como si discutiesen, la psicóloga se alejaba de él yendo hacia la puerta del colegio, él la seguía y, en ese momento, salió de la portería el señor Miguel cerrando el paso a José y, con gestos y aspavientos, parecía decirle que abandonara el centro. Qué extraño todo.

Esperó a una distancia prudencial. Vio cómo José salía del recinto y se dirigía hacia un coche aparcado sobre la acera. Cuando se hubo marchado, entró en el colegio. Hola, Miguel, saludó. Oye, ¿qué pasaba con ese señor? Al

portero se le había quedado helada una sonrisa en la cara y no era capaz de responder. La absurda situación se mantuvo unos segundos hasta que alcanzó a balbucear: voy a buscar a la señora Ana, disculpe, ahora mismo vuelvo.

A los pocos minutos llegaba al vestíbulo la psicóloga que acababa de mantener aquel incidente con José. La esposa de Pepe comenzaba a ponerse nerviosa.

—Hola, Concha, ¿cómo por aquí?, ¿todo bien?

—Sí, sí, Ana, venía solo a mirar jugar a los niños…, bueno, sobre todo a ver jugar a Pepín, ya sabes que me preocupa un poco, me asomo a las rejas del patio y lo miro jugar un rato. Y nada, que al venir andando te he visto con un antiguo amigo y me ha parecido que pasaba algo raro, ¿no?, por eso he entrado.

—Bueno, Concha, pues sí, pasa algo raro, pero me gustaría hablarlo primero con tu marido, la verdad, creo que es lo más prudente.

—Pero ¿no me puedes decir nada? Mira que me estás preocupando —dijo Concha absolutamente consternada.

—Ya hemos escrito a tu marido sobre el asunto, pero no nos ha contestado. Y creo que la situación no es ninguna broma, así que, por favor, dile que venga a la dirección del colegio cuanto antes. Disculpa que no te adelante nada, Concha, lo entenderás en su momento. Podéis venir los dos si a él le parece bien, pero que sea él quien lo decida.

Esa misma noche Concha dejó caer la pregunta. Se armó de valor porque sabía que algo extraño sucedía y le tenía mucho miedo.

—¿A que no sabes a quién he visto esta mañana en el colegio? No he podido hablar con él porque cuando yo llegaba él se metía ya en su coche: pues a José, fíjate qué casualidad. Estaba hablando con Ana, la psicóloga…

Vio cómo le cambiaba la cara, se encolerizó, sus ojos adquirieron esa intensidad negra que conocía bien. Ella luchó por no demostrar su miedo, por aparentar normalidad.

—¿Has hablado con él? —le preguntó Pepe de modo terminante.

—No, no, ya te he dicho que cuando yo llegaba él se marchaba. Está más gordo, o eso me ha parecido.

Concha temblaba por dentro. Él se levantó de la mesa sin decir nada, se fue al dormitorio. Al poco tiempo regresó con el abrigo puesto. Tengo que salir, le dijo.

Hacía unos días que Concha había visto a su marido en el garaje de casa, iba acompañado por un hombre muy corpulento al que no conocía y estaban dentro del cuarto trastero. Ella aparcó el coche en su plaza, una planta más abajo. Subió luego a pie con cierta discreción, sentía que pasaba algo extraño, hacía semanas que Pepe andaba muy nervioso y alterado. Ya se habían ido. Tenía una llave del cuarto trastero. Lo abrió. Lo encontró como siempre, lleno de cachivaches. Y allí estaba. Apoyada en una pared al lado de una estantería metálica. Era la escopeta de caza de Pepe. Hacía mucho que no la veía. Pepe nunca iba ya a cazar, ni siquiera creía que tuviera los papeles en regla.

Recordó aquel domingo en el campo en el que Pepe le enseñó a disparar el arma. En el poste de un tendido eléctrico había una tórtola, un pájaro que parecía mirarles tranquilo. Prueba a darle, le había dicho. Ella apuntó y erró el disparo adrede, y el pájaro huyó. ¡Qué mala puntería!, con lo cerca que estaba, se lamentó Pepe. A ver si a este se le da mejor dentro de unos años. Concha se volvió y vio los ojos aterrados de Pepín que contemplaba la escena escondido detrás de un árbol.

Ver la escopeta le impresionó, fue una revelación. Supo algo sin saberlo. Se quedó paralizada.

—Hola, Ana, soy Concha, la madre de Pepín. Mira, te he telefoneado porque quiero que me digas lo que está pasando. Yo no le voy a contar nada a Pepe, ni siquiera le he dicho que ayer me pediste que le dijera que pasara a veros. Necesito saberlo, Ana, tienes que decirme qué está pasando, por favor. Te lo suplico.

* * *

Arancha estaba en la tienda de su madre. Casi nunca atendía el mostrador, se dedicaba a llamar a los proveedores y a organizar las facturas en un pequeño despacho desde el que se contemplaba toda la sala. Y desde ahí la vio. Le dio un vuelco el corazón. Era ella, Concha. Estaba muy desmejorada, ajada, parecía profundamente triste.

Súbitamente, sus miradas se cruzaron, ambas se miraron durante unos segundos, sin decir nada, Arancha sentada en aquel pequeño despachito al fondo de la tienda; Concha de pie, detenida y sola en mitad de la sala, rodeada de elegantes clientas que compraban carísima bisutería.

* * *

En el salón del pequeño apartamento del comisario Alfonso había colgada una escopeta de caza de esas de antes, con dos cañones de acero negro y culata de madera barnizada. Había sido de su abuelo. La habría debido inutilizar, porque ya tenía las seis armas que como máximo está permitido adscribir a una licencia. Pero inutilizar aquella preciosidad hubiera sido un delito, así que fue a una armería y pidió que le hicieran un favor. Fírmame el documento de inutilización, le dijo a su viejo amigo, sería un crimen estropear semejante joya.

* * *

Aquella noche, en el hospital, José y Arancha volvieron a quedarse solos. Habían esperado ese momento con inopinada ilusión.

—Esta merluza es una porquería —le dijo mientras se la daba poco a poco y él se dejaba querer—. Como no te den el alta mañana le diré a mi madre que nos traiga una cena decente. Tú déjame a mí.

¡Pero cuánto te quiere la pequeña Valentina!, le dijo recordando a la niña subida en la cama del hospital y abrazando a su padre.

Y entonces, de repente, José la miró, miró a su esposa y supo que lo había logrado.

En aquel instante, aquel anochecer en que agonizaba la primavera y se hacía presente el verano, en aquella habitación de hospital, José supo que lo había logrado. Supo que la vida le había deparado una oportunidad a sus cerca de cincuenta mal llevados años. Sintió en su mano esa oportunidad que ya nunca soltaría, agarrada bien fuerte, cosida a su destino.

Por la noche entraron varias veces las enfermeras para cambiarle los goteros y, además, Arancha recurrió a la enfermera de guardia para solicitar otra manta, y un vaso de leche caliente, y una estufa suplementaria porque ella tenía mucho frío.

Por todo ello, la coartada de José era insoslayable.

* * *

A Pepe lo encontró el portero aquella madrugada; estaba muerto, tirado en las escaleras que subían del aparcamiento al patio de la casa. La sangre había ido bajando por los escalones como una cascada, llegando hasta el rellano de la puerta del garaje.

Varios vecinos recordaban haber oído esa noche algo parecido a dos explosiones, pero jamás hubieran imaginado que aquellos estallidos estaban provocados por dos disparos de escopeta. ¡Se escuchan ruidos y estruendos tantas veces…!

Le habían disparado al lado de su coche, sobre las dos de la madrugada, y le habían alcanzado en el vientre las dos veces, con cartuchos de postas para caza mayor. Estos cartuchos están prohibidos hoy en día, porque contienen hasta ocho piezas de plomo que se expanden por el aire, de modo que resultan peligrosos.

Le dispararon de cerca, a menos de dos metros de distancia, y no le robaron nada. Su cartera fue hallada con bastante dinero en el bolsillo interior de su chaqueta, en el coche, cuidadosamente plegada en el asiento del copiloto.

El agresor había huido y, tras ello, la víctima había intentado subir a rastras las escaleras del aparcamiento, al no ser capaz de abrir la puerta del ascensor que iba muy dura y requería el uso de una llave.

Quedaron allí, en el suelo, los dos cartuchos. Eran de color verde y dorado.

Aquella muerte dejó abiertas muchas posibles líneas de investigación, pero el caso quedó abierto, nunca pudo averiguarse quién mató a José Manuel Ramírez.

La responsabilidad de impulsar las pesquisas recayó en el comisario Peláez, el aplicado discípulo del comisario Alfonso.

Lógicamente, la primera sospecha le dirigió a la persona de Fernando, habida cuenta de que hacía pocos meses había acusado a la víctima de haber violado a su esposa. Pero Fernando había muerto, y ello conducía la investigación a un callejón sin salida. Que el comisario Alfonso fuese amigo de Fernando sorprendió mucho a Peláez. Ambos hablaron.

Se siguieron los protocolos habituales. Dadas las acusaciones vertidas sobre la víctima, se investigó a los padres de Miranda. Vivían lejos, en un pueblo de Extremadura, eran gente doliente, dos ancianos. Un agente de la zona interrogó al padre sobre lo sucedido. ¿Ha muerto?, le preguntó aquel viejo al policía que fue a darle la noticia y a hacerle algunas preguntas. Sí, le contestó. Me alegro, dijo él. Es lo mejor que podía pasar.

No se halló indicio alguno que pudiera justificar la imputación de los padres de Miranda.

Otra línea de investigación abierta por el comisario Peláez fue reflexionar sobre la circunstancia de que los dos disparos de la escopeta hubieran impactado en el vientre de la víctima. Ello generaba dos hipótesis de trabajo. La primera, que el agresor fuera una persona que no tuviera pericia en el empleo de armas y hubiera disparado al bulto, sin precisar una zona del cuerpo más idónea para sus posibles intenciones (una pierna, por ejemplo, para lograr la inmovilización de la víctima; o el corazón o la cabeza para producir su muerte instantánea).

En ese caso, el agresor, asustado quizás por el ruido de sus propios disparos y temiendo la llegada de algún vecino o de la policía, habría huido precipitadamente sin ni siquiera llevar a cabo el robo que pretendía.

La segunda hipótesis era que, disparando al vientre, el agresor habría pretendido causar un enorme daño a la víctima, pero no necesariamente su muerte. Desde este punto de vista el homicida debería ser alguien que conociera bien el efecto de las armas de fuego y que no persiguiera específicamente matar, sino llevar a cabo un durísimo ajuste de cuentas.

Un disparo con postas en el vientre y a esa distancia debía producir destrozos de gran envergadura en muy distintos órganos, dejando secuelas graves de por vida y, caso de producirse la muerte, esta vendría precedida de una larga agonía, de varias horas, y muy dolorosa.

Dado que con su acción no se aseguraba la muerte de su víctima, el agresor demostraba no tener miedo a una posible y posterior venganza, o a la acción de la justicia, circunstancias ambas que serían mucho más improbables si la víctima no siguiera con vida.

En todo caso, y aunque el móvil del homicidio fuera el ajuste de cuentas, ello no podía tener como consecuencia que el agresor hubiera de ser necesariamente un experto en el manejo de las armas.

Pasados dos meses tras la comisión del homicidio, las investigaciones no habían conducido a ninguna parte y el comisario Peláez archivaba el caso sin poder poner ningún presunto culpable a disposición del juez instructor.

Pocos días después del homicidio, el comisario Peláez fue personalmente a interrogar a la viuda, una mujer apesadumbrada pero serena, que no se separaba ni un instante de sus hijos. Le abrió la puerta su madre, una anciana de negro que no paraba de llorar con gemidos agudos interminables. Tras la entrevista, ya en el descansillo y mientras esperaba el ascensor, el comisario Peláez pudo escuchar cómo la viuda le decía a su madre al otro lado de la puerta que se acababa de cerrar: «Mañana te vas a tu casa, no quiero que los niños te vean en este estado. Aquí no va a haber más lágrimas».

MADRE E HIJA

Mi madre me lo ha contado tantas veces que ya no sé distinguir entre mis recuerdos y sus historias. Pero creo que sí te recuerdo bien, Fernando. Llegasteis los tres juntos, tú venías en una silla de ruedas porque estabas muy débil y enfermo, pero por nada del mundo habrías aplazado aquella cita.

A mi madre adoptiva le impresionó mucho la noticia de aquel hombre que quería entregarle las cartas que me había escrito, durante años, mi madre primera. Se lo pensó mucho, llevaba meses dándole vueltas. Ella me había ofrecido una vida nueva y le daba miedo que un pasado que me pertenecía, pero que no podía controlar, me trajese la desgracia.

Pero, por encima de su miedo y de su instinto de protección, algo le decía que no podía decir que no al ruego de aquel hombre enfermo que le pedía, simplemente, que aceptase unas cartas. Las cartas de mi madre primera.

—Solo pretendo entregarle en mano las cartas que le escribió a su hija mi esposa, por si usted, algún día, quisiera dárselas a leer.

Mi madre quiso hablar por teléfono con Fernando para explicarle que prefería recibir por correo un paquete con las cartas, pero al escucharle sintió que lo honesto conmigo era decirle que sí, que podían venir. ¿Os viene bien este sábado por la mañana?

Imagino lo que pudo sentir Fernando al oír aquella invitación. O no, quizás no puedo imaginarlo, soy muy joven aún para saber lo que es luchar por la redención. Y mucho más para intuir lo que debe suponer alcanzarla.

Cruzaron la cancela del jardín de casa los tres, el comisario Alfonso empujaba la silla de Fernando y José iba a su lado. ¿Fue así o lo he reinventado de tanto recordarlo? Mi madre nos pidió a papá y a mí que estuviésemos con ella, y gracias a eso os pude ver llegar a los tres, por el caminito de tierra del jardín, entre los arriates que cuidaba mi madre. Fernando no podía hablar porque iba llorando, tan solo pudo levantar las manos para entregar el joyero de mi madre primera con sus cartas.

Quisieron marcharse, pero mi madre no se lo consintió, os quedáis a comer, les dijo.

Recuerdo la mirada de Fernando aquella tarde de verano inolvidable. Quiero creer que la recuerdo verdaderamente y que no es producto mi recuerdo de la historia tantas veces narrada por mi madre. Porque es como si lo viera ahora mismo, sus ojos desvalidos, la tristeza alegre con la que me miraba.

Querida hija mía:

Hoy regreso a casa muy triste tras un largo día de escuela. En el colegio había una niña que, por algún motivo, me recordaba mucho a ti. Corría por el patio inclinándose hacia delante, con la ilusión en la cara, persiguiendo algo que solo ella podía ver. Yo le preguntaba, ¿adónde vas tan corriendo? Y ella me decía, «busco nubes», y se zambullía en el viento dejando caer su cuerpo hacia delante, como si tropezara con obstáculos invisibles.

Su madre estaba muy enferma y sabíamos todos que pronto se iría al cielo. Yo sentía una pena enorme por aquella mujer a la que imaginaba aferrándose a la vida para poder seguir protegiendo a su hija. Supe que su madre se lo dijo, que pronto se iría al cielo, pero que desde allí la defendería de todos los peligros. ¿Y dónde vivirás?, le preguntó la niña. En una nube, una nube que está siempre cerca de ti, pero a la que no puedes ver. Viviré cerca de ti, estaré siempre muy cerca de ti.

Buscándola en el colegio supe hoy que su padre se la ha llevado a su país. Él no es español y sin su esposa se sentía muy solo.

Hija mía, sé que estás bien. Sé que tienes una familia y el futuro por delante. Yo, sin embargo, estoy muy cansada, apenas tengo fuerzas para subirme a una nube que me lleve al cielo. Allí sé que podré descansar y te prometo, te lo prometo, créeme, no te miento: allí no haré otra cosa que mirarte y que protegerte.

Puedes estar tranquila, porque cuando a lo largo de tu vida te enfrentes con dificultades, yo siempre estaré detrás de ti. En esos momentos podrás ser valiente y decidir aquello que verdaderamente consideres que es justo, o que desees de corazón. Porque nada malo podrá pasarte si eres valiente y noble, porque yo estaré a tu lado para protegerte.

En una nube, hija mía, estaré en una nube.

Mamá.

El autor

JOSÉ M.ª PÉREZ COLLADOS *es Catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Girona. Ha sido profesor e investigador en diversas universidades europeas y latinoamericanas y ha publicado diversos ensayos de historia política, poesía y novela. Dirige la* Revista de Cultura Jurídica Ius Fugit *y es director de Ediciones Nuevos Rumbos.*